

ISAAC

3

ASIMOV

Magazine

250 PTAS.
(IVA Incluido)

Guerra tibia
por Frederik Pohl

- Alan Dean Foster
- Martin Gardner
- Sharon Webb



Lectulandia

Desde su aparición en 1977, el Isaac Asimov's Science Fiction Magazine, avalado por el más prestigioso autor del género, ha venido publicando la mejor y más reciente producción de relatos de los nuevos valores de la ciencia ficción, creando un amplísimo e inestimable fondo editorial del que, en estas selecciones, ofrecemos mensualmente lo más destacado.

Esta tercera selección incluye una novela corta de Frederik Pohl situada en un inquietante futuro inmediato, un relato acertijo de Martin Gardner sobre la impredecibilidad del porvenir y narraciones de Jayge Carr, Alan Dean Foster, Jonathan Milos, Stephen Tall y Sharon Webb.

Lectulandia

Alan Dean Foster & Jayge Carr & Jonathan Milos &
Martin Gardner & Sharon Webb & Stephen Tall &
Frederik Pohl

Isaac Asimov Magazine 3

Isaac Asimov Magazine - 3

ePub r1.0

Titivillus 29.04.2019

Título original: *Isaac Asimov's Science Fiction Magazine*

Alan Dean Foster & Jayge Carr & Jonathan Milos & Martin Gardner & Sharon Webb & Stephen Tall & Frederik Pohl, 1986

Traducción: Luis Vigil & Celia Filipetto & Lucía Solavagione

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

PROYECTO SCRIPTORIUM

6.º

ANIVERSARIO

MAS LIBROS, MAS LIBRES



Índice de contenido

Cubierta

Isaac Asimov Magazine 3

Prólogo

El regalo de un hombre inútil

Santuario

Contra reembolso

El estallido del ORÁCULO de Blabbage

Comezón en Bull Run

La cascada de agua fría y caliente

Guerra tibia

I

II

III

IV

V

ASIMOV

Se ha dicho a menudo que la ciencia ficción, con sus frecuentes visiones inquietantes del porvenir, se inscribe en la corriente del pesimismo crítico. Pero lo cierto es que, por lo general, la ciencia ficción no pretende llevar a cabo profecías agoreras (ni de ningún tipo), sino más bien señalar los peligros a que nos exponemos de persistir determinadas tendencias actuales, y en este sentido el adjetivo «alarmante» (en su acepción literal: que da la alarma) es mucho más adecuado que el de «pesimista».

Como género eminentemente especulativo, la ciencia ficción se topa necesaria y constantemente con las contradicciones de nuestra sociedad. Contradicciones que no sólo son alarmantes, sino a menudo también cómicas (o tragicómicas, si se prefiere), lo que explica que el humor rara vez se halle ausente de la ciencia ficción.

No sólo la ciencia ficción humorística propiamente dicha constituye una nutrida e interesantísima vertiente del género, sino que, además, en numerosas narraciones no clasificables como estrictamente humorísticas juega el humor un papel importante.

Tal vez con la única excepción del patético y bellissimo relato de Foster, todas las narraciones de esta selección participan del humor en mayor o menor grado, y constituyen un variado muestrario de las distintas maneras en que la ciencia ficción puede hacernos reír, sonreír... o temblar y reír al mismo tiempo.

Carlo Fabretti

El regalo de un hombre inútil

Alan Dean Foster

El primer encuentro entre un terrestre y los habitantes de un mundo inexplorado ha sido, es y presumiblemente seguirá siendo uno de los temas básicos de la ciencia ficción, y cada vez es más difícil leer una narración de este tipo que resulte realmente sorprendente. En este sentido (y en alguno más) el relato de Foster es una pequeña joya en su género.

Tanto Pearson como la nave estaban acabados.

No lo había imaginado cuando la había alquilado (sin intención de devolverla y sin preocuparse de revisarla previamente, puesto que tanto la tarjeta de crédito que había empleado para pagar el alquiler como la documentación que le identificaba como titular de la misma estaban falsificadas); además, había tenido demasiada prisa como para poder entretenerse en revisiones.

La nave había dado el Salto sin desmontarse; pero cuando había vuelto al espacio normal había descubierto que varios componentes, pequeños pero críticos, habían resultado dañados.

Ahora, todo lo que quedaba de la nave era una columna de humo y metal vaporizado que se elevaba hacia un cielo azul pálido. Ni siquiera tenía ánimos para maldecirla. Sabía lo que era estar acabado y, por lo menos, la nave lo había eyectado... aunque no con la suavidad necesaria para ponerlo a salvo. Estaba vivo, sí, pero esto no era suficiente. Lo único que ahora notaba era un cansancio sin límites, una fatiga que le embargaba el espíritu. Un abotargamiento de su alma misma.

Sorprendentemente, no sentía dolor. Por dentro, Pearson continuaba funcionando. Por fuera, podía mover los ojos y los labios, arrugar la nariz y, con un tremendo esfuerzo, levantar su brazo derecho del llano y arenoso terreno. Su rostro ya no era simplemente una pequeña parte de un todo muy expresivo: era lo único que le quedaba. El aspecto que tenía el resto de su cuerpo, envuelto en los restos de lo que había sido su traje de vuelo, era algo que sólo le cabía imaginarse. Y no quería imaginarlo. Sabía que tenía intacto el brazo derecho, porque podía moverlo; fuera de esto, todo era pura especulación, y, además, mórbida.

Si tenía suerte, mucha suerte, podría usar su brazo derecho para ponerse de costado. No se molestó en realizar aquel esfuerzo. Ya no había ninguna ilusión, desde luego ilusiones no, rondando por la mente de Pearson. Al borde de la muerte, se había convertido en un auténtico realista.

Aquel mundo al que había impuesto su presencia era muy pequeño; de hecho, apenas si era más grande que un asteroide. En silencio, le pidió disculpas por cualquier daño que le hubiera causado con el impacto de su nave al estrellarse. Siempre estaba pidiendo perdón por algún daño que había infligido...

Respiraba, de modo que la delgada atmósfera era menos tenue de lo que parecía. Nadie lo encontraría allí; incluso la policía, que lo había estado buscando, acabaría por abandonar su persecución. Pearson era un criminal de poca monta. De hecho, ni siquiera era un verdadero criminal. Para lograr ese apelativo uno tenía que hacer algo que fuese medianamente dañino. «Criminal» significaba alguien peligroso, amenazador. Y Pearson resultaba simplemente irritante para la sociedad, algo así como un picorcillo.

Bueno, al fin había acabado con el picor: él mismo se había rascado hasta desaparecer, pensó, y le sorprendió descubrir que aún tenía la capacidad y las fuerzas necesarias para reírse.

A pesar de que el hacerlo le hizo perder el conocimiento.

Cuando recobró el sentido estaba empezando a clarear. No tenía ni idea de cuánto duraba el día en aquel minúsculo mundo y, por consiguiente, no podía saber cuánto tiempo había permanecido inconsciente. Podría haber sido un día o una semana, según la forma de medir el tiempo de los humanos. Aunque ya no pensaba en sí mismo como un ser humano: una total parálisis muscular, que sólo había respetado su cara y un brazo, lo había convertido en un cadáver en vida. Le resultaba imposible moverse; ni siquiera podía tender el brazo para tomar los concentrados alimenticios del equipo de supervivencia que quizá llevase aún, o quizá no, sujeto a la pernera del pantalón. No podía

hacer otra cosa que sorber la débil atmósfera que, temporalmente, le estaba manteniendo con vida. Hubiera preferido estallar con la nave.

No obstante, no iba a morirse de hambre; primero se moriría de sed. Un cadáver viviente, Pearson. Un cerebro dentro de una botella. Esto le daba mucho tiempo para reflexionar acerca de su vida.

La verdad era que siempre había sido, más o menos, un cadáver viviente. Nunca había sentido afecto por nadie ni por nada, ni siquiera lo había sentido casi por sí mismo. No habiendo hecho nunca nada bueno y no teniendo los medios para hacer nunca nada realmente malo, se había limitado a merodear por la vida, robando un poco de espacio y aire a los demás.

Mejor me hubiera ido si hubiese sido un árbol, musitó cansinamente. Claro que se preguntó si hubiera sido un buen árbol... Desde luego, no habría podido ser un árbol peor que lo malo que había resultado como hombre. Se vio en su juventud, un chico en cierta manera muy echado hacia adelante. Se contempló a sí mismo dando coba a los criminales más famosos y profesionales, con la esperanza de que lo admitiesen en su mundillo, en su casta, que se hicieran amigos suyos.

No, ni siquiera había sido un buen lameculos. Ni tampoco había sabido comportarse de un modo honrado, el par de ocasiones en que lo había intentado. El mundo normal, el legal, lo había contemplado con el mismo desprecio que le habían mostrado los criminales. Así que vivía en un vacío tenebroso y resbaladizo de su propia invención, sin terminar de funcionar de un modo eficiente en lo mental y apenas sí en lo físico.

Si pudiera... Pero no, se interrumpió a sí mismo; iba a morir. Más valía que, por una vez, se mostrase honesto... aunque sólo fuera consigo mismo. Todas las desgracias que le habían acaecido, él se las había buscado; él solito. Y no eran culpa de los demás, como siempre le había agradado argumentar. Unos pocos (¡los muy desgraciados!) habían tratado de ayudarlo: de algún modo, él siempre había logrado echarlo todo a perder. Bueno, ya que no otra cosa, al menos podría tratar de morir siendo honesto con sus pensamientos.

Había oído decir que morir de sed no era nada agradable.

El sol cayó por el horizonte y ninguna luna se alzó. Claro que no, aquel mundo era demasiado pequeño para poder permitirse tener un satélite. Ya resultaba bastante asombroso que fuera capaz de retener una atmósfera. Sin que realmente le preocupase mucho la respuesta, Pearson se preguntó si habría vida en el excelente y llano terreno que lo rodeaba. Quizá plantas. Había descendido demasiado deprisa y de tan mala manera, que no había

podido emplear tiempo alguno en enterarse de esos detalles. Y, como no era capaz de mover la cabeza, no podía hallar respuesta a sus preguntas.

El aire sopló por encima de Pearson, una fresca brisa nocturna, placentera tras el cálido y neblinoso día. La notó fuerte en el rostro; el resto de los receptores externos de su cuerpo estaban muertos. Era posible que hubiera sufrido graves quemaduras; si así era, no podía reaccionar a ellas. En este aspecto la parálisis era una bendición. Y, no obstante, sabía que otras partes de su cuerpo sí estaban funcionando: podía olerlo.

Cuando el sol se alzó de nuevo ya estaba despierto del todo. Calculó que el día de aquel mundo debía de ser de tres o cuatro horas, seguido de una noche de igual duración. Esta información no le era de ninguna utilidad, pero tales especulaciones le mantenían la mente ocupada. Poco a poco se estaba ajustando a su nueva situación... Se dice que la mente humana puede ajustarse a cualquier cosa.

Al cabo de un tiempo se dio cuenta de que ya no le preocupaba la idea de la muerte. En cierta manera le resultaría un alivio. Ya no más escapar: de los demás, de su pobre yo. Nadie iba a llorar su muerte. Y con su ausencia liberaría a los demás de las molestias de su presencia. Las primeras sensaciones de sed, débiles pero innegables, se apoderaron de su garganta.

Pasaron los cortos días y aparecieron algunas nubes. Nunca había prestado atención a las nubes y bien poca al clima; ahora tenía tiempo y motivos para estudiar ambas cosas. Además, no podía ver otra cosa. Se le ocurrió que podría emplear el brazo que le funcionaba para variar la posición de su cabeza y así cambiar su línea de visión. Pero, cuando lo intentó, descubrió que el brazo no le respondía lo bastante como para llevar a cabo la complicada maniobra.

Extrañas, las emociones que sentía: descubrió que la posibilidad de que se le paralizase el único miembro que aún le obedecía le aterraba mucho más que la segura llegada de su muerte.

Las nubes se seguían acumulando sobre él. Las miraba indiferente. La lluvia podría prolongar su vida algunos días terrestres más, pero al fin acabaría por morir de hambre. Los concentrados del paquete de emergencia de su traje le podrían haber mantenido con vida durante meses, quizá más de lo normal, vista su total ausencia de actividad física; pero era como si se hubieran vaporizado con la nave: no podía alcanzarlos.

Su mente especuló sobre los posibles métodos de suicidio. Si su brazo le respondía y si hubiera un trozo de metal afilado cerca, un fragmento de su nave, podría cortarse el cuello. Si... si...

Llovió. Suave pero continuamente, durante todo medio día. Su boca abierta recogió la suficiente agua como para saciarle. Las nubes pasaron y se rasgaron y el lejano sol regresó. Notó cómo le secaba el rostro y supuso que estaría haciendo lo mismo con el resto de su cuerpo. Empezó a apreciar, de un modo distinto y más intenso, el milagro de la lluvia y del proceso por el que es transformada en sangre, linfa y células. Era un logro asombroso, anonadante; y él había pasado toda una vida dándolo por supuesto. Se merecía morir.

Estoy poniéndome filosófico, pensó. O deliro.

Cortos días daban paso a cortas noches. Había perdido totalmente la noción del tiempo, cuando lo halló el primer bicho.

Pearson lo notó mucho antes de verlo. Caminaba por encima de su mejilla. Le volvía loco, porque era incapaz de rascarse o de apartarlo de un manotazo. Cruzó su rostro, se detuvo y atisbo dentro de su ojo derecho.

Él parpadeó.

El cosquilleo prosiguió, luego no lo había alejado. Ahora lo tenía en la frente. Tras hacer una pausa allí, caminó hacia su mejilla izquierda, atravesándola, para reiniciar su camino primitivo. Por el rabillo de su ojo izquierdo lo vio, mientras llegaba a su hombro. Era negroazulado y demasiado pequeño para que él pudiera discernir detalles. Desde luego parecía un insecto.

Se detuvo en su hombro, estudiando los alrededores.

Quizá fuera mejor de ese modo, pensó. Sería más rápido si los bichos lo devoraban. Cuando hubiera sangrado lo bastante moriría. Y, si empezaban debajo de su cabeza, no sentiría ningún dolor hasta perder el sentido.

Silenciosamente, animó al insecto. ¡Ánimo, amigo! Tráete a tus tíos y tías, a tus primos y tus sobrinos, y daos un banquete, que Pearson invita. Será toda una bendición.

—No, no podemos hacerlo.

Deliro, supuso él, añadiendo luego:

—¿Por qué no?

—Eres una maravilla. No podemos comernos una maravilla. No somos lo bastante dignos.

—No soy ninguna maravilla —pensó él, insistente—. Soy un desecho, un fracaso, un absoluto fallo de la Naturaleza. Y no sólo eso —concluyó—, sino que además, aquí estoy hablando telepáticamente con un bicho.

—Soy Yirn, miembro del Pueblo —el suave pensamiento le informó—. No sé lo que es un bicho. Dime, maravilla... ¿cómo puede estar viva una cosa

tan grande?

De modo que Pearson se lo dijo: le dio al bicho su nombre y le explicó lo que era la Humanidad, le habló de su triste existencia, que pronto iba a llegar a término, y le contó lo de su parálisis.

—Me entristezco por ti —le dijo al fin Yirn, miembro del Pueblo—. No podemos hacer nada por ayudarte. Somos una pobre tribu, una de tantas, y no se nos permite, según las Leyes, que nos reproduzcamos mucho. Tampoco acabo de comprender esas extrañas cosas que me cuentas acerca del espacio, el tiempo y el tamaño. Ya me cuesta trabajo creer que esa montaña dentro de la que yaces pudiera moverse en otro tiempo. Pero, sin embargo, tú lo afirmas y yo debo creerlo.

Pearson tuvo un repentino y perturbador pensamiento:

—Hey, mira, Yirn. No te creas que soy un dios o algo así. Sólo más grande que tú, eso es todo. En realidad soy mucho menos que tú: ni siquiera supe ser un buen maleante...

—Ese concepto no tiene significado. —Yirn dio la impresión de estar esforzándose en comprenderle—. Eres la cosa más maravillosa de toda la creación.

—Tonterías. Dime... ¿Cómo es que puedo «hablar» contigo, visto que eres mucho más pequeño que yo?

—En el Pueblo tenemos un dicho acerca de que lo que es importante es el tamaño de la inteligencia, no el tamaño del tamaño.

—Sí, creo que tienes razón. Mira, lamento que seáis una tribu tan pobre, Yirn: y agradezco que te dé pena mi estado. Nadie había sentido pena alguna por mí antes... excepto yo mismo. Ya es mucho incluso el que un bicho muestre simpatía por mí.

Se quedó en silencio un rato, contemplando al bicho, que agitaba sus diminutas antenas.

—Me... me gustaría poder hacer algo por ti y por tu tribu —dijo al cabo—, pero ni siquiera puedo ayudarme a mí mismo. Pronto moriré de hambre.

—Te ayudaríamos si pudiésemos —le llegó el pensamiento. Pearson tuvo la sensación de una tristeza fuera de toda proporción con el tamaño de aquel ser—, pero todo lo que pudiésemos reunir no te serviría ni para alimentarte convenientemente durante un solo día.

—Claro. Hay comida en el paquete de emergencia de mi traje, pero... — Se quedó en silencio. Luego dijo—: Yirn, dime si hay unos recipientes metálicos brillantes en la parte inferior de mi cuerpo.

Pasaron unos momentos, mientras el insecto hacía un viaje hasta el promontorio de una rodilla y regresaba.

—Son como tú los describes, Pearson.

—¿Cuántos sois en tu tribu?

—¿En qué estás pensando, Pearson?

A la tribu de Yirn le costó días, días locales, el abrir los cierres de los paquetes del traje. Cuando resultó claro que el Pueblo podía digerir los alimentos humanos, un gran regocijo mental llenó el cerebro de Pearson y se sintió satisfecho.

Fue un Yirn realmente humilde quien luego llegó a comunicarse con él:

—Por primera vez en muchas muchas generaciones, mi tribu tiene suficiente que comer. Nos podremos multiplicar más allá de las restricciones que las Leyes imponen a los desprovistos de alimentos. Uno de los grandes bloques que tú llamas concentrados puede alimentar a la tribu durante largo tiempo. No hemos probado los alimentos naturales que dices que están dentro del paquete mayor que está debajo de tu cuerpo, pero ya lo haremos. Ahora nos podemos convertir en una verdadera tribu, y no temeremos a esas tribus que roban a las más pobres. Y todo gracias a ti, gran Pearson.

—Con Pearson a secas basta, ¿comprendes? Si me vuelves a llamar «gran» te voy a... —hizo una pausa—. No, no haré nada. Incluso aunque pudiese... se acabaron las amenazas. Sólo Pearson, por favor. Y no he hecho nada por vosotros: ha sido tu pueblo el que se ha hecho con los alimentos. Es curioso, es la primera vez que pienso algo bueno de esos condenados concentrados alimenticios.

—Tenemos una sorpresa para ti, Pearson.

Algo se estaba arrastrando con lentitud infinita por su mejilla. Pesaba un poquito, más que el Pueblo. Lo vio al borde de su visión: un pequeño bloque marrón. Docenas de formas negroazuladas lo rodeaban. Podía sentir sus esfuerzos dentro de su mente.

El bloque llegó a sus labios y él los abrió. Algunos de los miembros del Pueblo se sintieron aterrorizados ante la cercanía de aquel abismo, oscuro y sin fondo. Se dieron la vuelta y huyeron. Yirn y otros líderes de la tribu tomaron sus lugares.

El bloque pasó sobre su labio inferior. El Pueblo ejerció un último y monumental esfuerzo. Algunos de sus miembros fallecieron al realizarlo. El bloque cayó al abismo.

Pearson notó cómo le fluía la saliva, pero dudó.

—No sé qué bien me pueda hacer a la larga, Yirn, pero... gracias. Sin embargo, mejor será que te lleves a tu gente de mi cara. Dentro de un momento va a haber un terre... no, un Pearsonmoto.

Cuando se hubieron retirado a un lugar que ofreciera seguridad, empezó a masticar.

A la siguiente mañana llovió. Las gotas tenían el tamaño de las gotas de lluvia de la Tierra y representaban un terrible peligro para la tribu, si la lluvia les cogía a campo abierto. Unas gotas podían matar a alguien del tamaño de Yirn, pero toda la tribu tenía amplio cobijo en el espacio vacío que quedaba bajo el brazo derecho de Pearson. Muchas semanas más tarde, Yirn estaba sentado en la nariz de Pearson, mirando hacia abajo, a los oceánicos ojos.

—Los concentrados no van a durar siempre, y la comida real que hemos hallado en la «mochila» que está bajo tu espalda aún durará menos.

—No te preocupes. Creo que hay un par de zanahorias y un bocadillo que me había preparado: debe de llevar rodajas de tomate, lechuga, y creo que champiñones. Y también unas nueces. Os podéis comer el embutido y el pan; pero reservad algo de pan, quizá os podáis comer el mohó que saldrá.

—No entiendo lo que quieres decirme, Pearson.

—¿Cómo os hacéis con la comida, Yirn? Sois simples recolectores, ¿no?

—Así es.

—Entonces, quiero que toméis las zanahorias, y el tomate y las otras cosas... ya os las describiré... y también quiero ejemplares de cada planta de las que come tu gente.

—¿Y qué harás con todo eso, Pearson?

—Reúne a los ancianos de la tribu. Empezaremos con la idea de la irrigación...

Pearson no era un campesino, pero sabía, de un modo rudimentario, que si plantas, riegas y quitas las malas hierbas, crecerán algunos alimentos. El Pueblo aprendía rápido. La idea que más nueva les resultaba era la de quedarse fijos en un sitio y plantar.

Excavaron una balsa para recoger el agua de la lluvia, al precio de centenares de diminutas vidas. Pero los concentrados le daban grandes energías al Pueblo. Diminutos arroyuelos comenzaron a serpentear desde la balsa, más allá de la protectora masa de Pearson. Cuando dejó de llover, la balsa y los diminutos canales estaban repletos, y comenzaron a usar las minúsculas presas. Luego excavaron otra balsa, y otra.

Algo de la comida humana echó raíces y creció, y algunas de las plantas locales echaron raíces y crecieron. El Pueblo prosperó. Pearson les explicó la

idea de construir estructuras permanentes. El Pueblo nunca había considerado tal idea, porque jamás había imaginado una construcción artificial que les pudiera proteger de la lluvia. Pearson les habló de las tiendas de campaña.

Entonces llegó el día en que se acabaron los concentrados. Pearson había estado esperando esto y la noticia no le causó pavor. Había hecho más, mucho más de lo que imaginara que pudiese hacer en aquellos primeros días solitarios en la vacía arena, tras que la nave se estrellase. Había ayudado, y había sido recompensado con la primera verdadera amistad de toda su vida.

—No importa, Yirn. Me alegra saber que he podido ser de ayuda para ti y para tu pueblo.

—Yirn ha muerto —dijo el bicho—. Yo soy Yurn, uno de sus descendientes, al que le ha sido concedido el honor de hablar contigo.

—¿Yirn ha muerto? Pero si no ha pasado tanto tiempo... ¿o sí? —La idea que tenía Pearson del tiempo transcurrido era muy nebulosa. Pero también era cierto que el período de vida del Pueblo era mucho más corto que el de los humanos—. No importa. Después de todo, la tribu ya tiene suficiente que comer.

—A nosotros sí que nos importa —le repitió Yurn—. Abre la boca, Pearson.

Algo se estaba arrastrando por su mejilla. Se movía bastante deprisa. Pequeñas poleas de madera ayudaban a arrastrarlo y por las poleas corrían largas cuerdas hechas con cabellos de Pearson. Le abrieron camino a través de su barba, a lo que fuese, docenas de miembros del Pueblo usando sus aguzadas mandíbulas.

Cayó en su boca. Tenía hojas y le resultaba vagamente familiar. Era un trozo de espinaca.

—Come, Pearson. Los restos de tu antiguo «bocadillo» han procreado.

Poco después de la tercera cosecha, un trío de ancianos visitó a Pearson. Se sentaron cuidadosamente en la punta de su nariz y lo contemplaron con aire sombrío.

—Las cosechas no marchan bien —dijo uno.

—Describídmelas. —Así lo hicieron y él rebuscó por entre los más polvorientos rincones de su mente los conocimientos, aprendidos en la escuela y olvidados después—. Si tienen toda el agua que necesitan, entonces sólo puede ser una cosa, visto que todas se muestran igualmente afectadas: estáis agotando el suelo de por aquí. Tendréis que ir a plantar a otro lugar.

—Mucha es la distancia que hay entre este lugar y la granja más alejada —le dijo uno de los ancianos—. Ha habido incursiones. Otras tribus están

celosas de nosotros. El Pueblo tiene miedo a plantar muy lejos de ti. Tu presencia les da confianza.

—Entonces hay otra posibilidad.

Se lamió los labios. El Pueblo había encontrado sal para él.

—¿Qué habéis estado haciendo con los excrementos que suelta mi cuerpo? —les preguntó.

—Han sido retirados periódicamente y enterrados, tal como nos dijiste — le contestó uno de los tres—, y hemos ido trayendo tierra y arena limpias para sustituir lo que nos llevamos de la región que hay debajo de tu cuerpo, allá donde humedeces el suelo.

—El terreno de por aquí está quedando agotado —les explicó—. Necesita que se le añada algo llamado abono. Esto es lo que el Pueblo debe hacer...

Muchos años más tarde un nuevo Consejo vino a visitar a Pearson. Esto fue después de la Gran Batalla. Varias tribus, grandes y poderosas, se habían unido para atacar al Pueblo. Lo habían hecho retirarse hasta la montañosa fortaleza llamada Pearson. Y mientras la batalla rugía a su alrededor, los líderes de las tribus atacantes habían encabezado una tremenda carga para tomar posesión del dios montaña, que era como las otras tribus denominaban a Pearson.

Forzando cada uno de los nervios que aún funcionaban en su cuerpo, Pearson había alzado su único brazo válido y, de un manotazo, había aplastado a los líderes del asalto, a sus estados mayores y a centenares de otros atacantes. Aprovechándose de la confusión creada en las filas enemigas, el Pueblo había contraatacado. Los invasores habían sido rechazados con tremendas bajas, y el territorio del Pueblo ya no había vuelto a ser molestado.

Muchos campos cultivados habían sido destruidos. Pero, con amplias dosis del abono suministrado por Pearson, la siguiente cosecha maduró mucho más generosamente que nunca.

Ahora, el nuevo Consejo estaba sentado en el lugar de honor, en la punta de la nariz de Pearson, y miraba a los enormes ojos. Yeen, descendiente de la octava generación en línea directa de Yirn el Legendario, se hallaba en el centro.

—Tenemos un regalo para ti, Pearson. Hace meses nos hablaste de un acontecimiento que tú llamaste «cumpleaños» y hemos discurrecido mucho acerca de su significado y las costumbres que lo rodean. Cavilamos acerca de cuál podría ser un regalo adecuado.

—Me temo que no podré abrirlo si lo habéis envuelto para regalo — bromeó débilmente—. Me lo tendréis que mostrar. Y me gustaría tener algún

regalo que haceros a vosotros por haberme mantenido con vida.

—Tú nos has dado a nosotros mucho más que la vida. Mira a tu izquierda, Pearson.

Movió los ojos. Comenzó a sonar un crujiente y chirriante sonido, que prosiguió mientras él contemplaba el vacío cielo y esperaba. Los pensamientos, cargados de buenos deseos, de millares de miembros del Pueblo lo llenaron.

Lentamente se fue alzando un objeto hasta quedar a su vista. Era un círculo, colocado encima de un perfecto andamio de pequeñas vigas de madera. Era viejo y estaba rascado en algunos lugares, pero aún brillaba: un pequeño espejo de mano, tomado de Dios sabe qué rincón de su mochila o de los bolsillos de su traje. Estaba inclinado en ángulo sobre su pecho y miraba hacia abajo.

Por primera vez en muchos años podía ver el suelo. Antes de que pudiera expresar sus gracias por el maravilloso, increíble regalo que era aquel viejo espejo, sus pensamientos fueron barridos por lo que podía ver.

Pequeñas hileras de campos cultivados se extendían hasta el horizonte.

Ramilletes de diminutas casitas tachonaban los campos, muchas agrupadas en lo que parecían ser pueblos. Puentes suspendidos, hechos con cabellos suyos y jirones de la ropa de su traje, cruzaban un diminuto riachuelo en tres lugares distintos. Al otro lado de lo que a la escala del Pueblo era un gran río, se divisaban los inicios de una pequeña ciudad.

El equipo que manejaba el espejo, mediante un ingenioso sistema de cables y poleas, lo giró. Cerca se encontraba la fábrica en la que, le contaron, se construían vigas de madera y otros artículos a partir de las plantas locales. Grandes tiendas albergaban otras factorías, tiendas hechas con piel curtida, de la que se iba pelando regularmente del cuerpo de Pearson, siempre moreno por el sol. Las herramientas se movían suavemente y vehículos con ruedas llevaban al Pueblo de un lado a otro, en parte gracias a la lubricación lograda con la cera tomada de los oídos de Pearson.

—¿Regalarnos algo a nosotros, Pearson? —exclamó Yeen lleno de retórica—. Nos has dado el mayor de los regalos: nos has dado a ti mismo. Cada día hallamos nuevos usos para la información que nos has suministrado. Y cada día hallamos nuevos usos para lo que tu cuerpo produce.

—Otras tribus, con las que antes luchamos, se han unido a nosotros, para que unidos nos beneficiemos con tus dones —intervino otro—. Estamos convirtiéndonos en eso que tú llamaste nación.

—Cuidado... cuidado con eso... —Pearson murmuró mentalmente, sobrecogido por las palabras del Consejo y las vistas que le ofrecía el espejo—. Una nación significa la aparición de los políticos.

—¿Qué es eso? —dijo de repente uno de los miembros del Consejo, señalando hacia abajo.

—Un nuevo regalo —contestó el pensamiento de su vecino, que también miraba hacia abajo por la gran pendiente de la nariz de Pearson—. ¿Para qué sirve eso, Pearson?

—Para nada —contestó él—. Hace mucho que aprendí, amigos, que las lágrimas no sirven para nada...

Yusec, descendiente de la ciento doce generación en línea directa de Yirn el Legendario, estaba descansando sobre el pecho de Pearson, disfrutando de la sombra suministrada por el bosque de pelos que allí había. Pearson acababa de comer un trozo de un nuevo y maravilloso fruto que el Pueblo había cultivado en una granja lejana y traído hasta allí, especialmente para él. Pearson podía ver a Yusec gracias a uno de los muchos espejos colocados rodeando su cara, todos inclinados para ofrecerle diferentes vistas de los alrededores.

Un grupo de jóvenes estaba haciendo una excursión por el área pélvica y otro estaba visitando el área de la base de su oreja. Otros iban y venían, subían y bajaban, gracias a burdos ascensores y grandes escaleras que le montaban por todos lados. Grupos de escribas estaban cerca, dispuestos a recoger cualquier pensamiento suelto que pudiera tener Pearson. Incluso captaban sus sueños.

—Yusec, el nuevo alimento es muy bueno.

—Los agricultores de esa región estarán complacidos.

Hubo una pausa antes de que Pearson volviese a hablar:

—Yusec, me estoy muriendo.

Asustado, el insecto se alzó sobre sus patas traseras, mirando hacia el farallón que era la barbilla de Pearson.

—¿Qué dices? ¡Pearson no puede morir!

—¡Tonterías, Yusec! ¿De qué color es mi cabello?

—Blanco, Pearson, pero lleva así muchas décadas.

—¿Y son profundas las trincheras de mi cara?

—Sí. Pero no más de lo que eran en tiempos de mi tatarabuelo.

—Lo que significa que ya entonces eran profundas. Me estoy muriendo, Yusec. No sé lo viejo que soy, porque hace ya mucho perdí la noción del tiempo, de mi tiempo; y jamás me tomé la molestia de compararlo con el vuestro. Jamás me importó, y sigue sin importarme. Pero me estoy muriendo.

Hizo una pausa.

—Sin embargo, moriré mucho más feliz de lo que jamás pensé. He movido muchas más cosas desde que me quedé parálítico de las que moví mientras podía caminar. Y esto me hace sentir muy bien.

—No puedes morir, Pearson —repitió Yusec, insistente, mientras mandaba una llamada de emergencia al equipo hospitalario creado hacía muchos años sólo para atender a Pearson.

—Puedo morir y voy a hacerlo. —Un aterrado Yusec notó cómo la muerte se extendía por la mente de Pearson, como si fuera una sombra. No podía imaginarse cómo serían los tiempos sin Pearson—. El equipo médico es bueno. Han aprendido por sí mismos muchas cosas acerca de mí. Pero no pueden hacer nada: voy a morir.

—Pero... ¿qué haremos sin ti?

—Todo lo que hacéis lo hacéis sin mí, Yusec. Yo sólo os he dado consejos y el Pueblo lo ha hecho todo por sí mismo. No me echaréis de menos.

—Te echaremos de menos, Pearson —Yusec se estaba resignando a la tremenda inevitabilidad de la desaparición de Pearson—. Estoy absolutamente consternado.

—Yo también. Es curioso, estaba empezando a disfrutar de esta vida. Oh, bueno...

Sus pensamientos eran ya muy débiles, se estaban yendo como la luz cuando el sol da la vuelta al mundo.

—Sólo una última idea, Yusec.

—¿Sí, Pearson?

—Creí que podríais usar mi cuerpo cuando me hubiera ido: la piel, los huesos y los órganos, pero habéis ido más allá. Esas últimas piezas de bronce que me enseñasteis eran muy buenas. Ya no necesitáis la fábrica Pearson. Es una idea tonta, pero...

Yusec apenas logró captar la última idea de Pearson, antes de que su presencia dejara para siempre al Pueblo.

—¡Son seres inteligentes, Señor! Ya sé que no son mayores que una pestaña, pero tienen carreteras y granjas, fábricas y escuelas, y yo qué sé qué más tienen. ¡Son la primera raza inteligente no humana que encontramos, Señor!

—Tranquilo, Hanforth —dijo el Capitán—. Eso ya puedo verlo por mí mismo.

Estaba en pie, fuera del módulo de aterrizaje. Habían descendido en un gran lago, para evitar aplastar la intrincada metrópoli que parecía cubrir el entero planetoide.

—Desde luego, increíble es la mejor palabra para describirlo. ¿Hay algo acerca de esa vieja nave estrellada?

—No, Señor. Excepto que es muy antigua. Al menos tiene varios cientos de años. Los detectores sólo hallaron fragmentos de la nave. Pero hay otra cosa, Señor, la delegación de los nativos...

—¿Sí?

—Hay algo que quieren que veamos. Dicen que algunas de sus autopistas principales son lo bastante anchas como para que podamos viajar por ellas sin crear problemas. Y las han vaciado de todo tráfico.

—Creo que lo mejor será que nos mostremos corteses, a pesar de que preferiría hacer nuestros estudios desde aquí, en lugar seguro, donde no pudiéramos hacer daño a nadie.

Caminaron durante varias horas. Poco a poco llegaron hasta un lugar, cercano al cráter producido por el impacto de la nave arcaica. Habían visto el objeto alzarse en el lejano horizonte y cada vez podían creérselo menos, a medida que se iban acercando.

Ahora se encontraban junto a su base. Era un obelisco metálico, que se alzaba unos cincuenta metros hacia el cielo azul acuoso, acabando en una lejana y aguzada punta.

—Puedo imaginarme por qué querían que viéramos esto —el Capitán se mostraba incrédulo—. Si lo que deseaban era impresionarnos, lo han conseguido. Una obra de ingeniería como ésta, hecha por un pueblo de su tamaño... es algo imposible de creer.

Frunció el ceño y se alzó de hombros.

—¿Y qué es, Señor? —La cabeza de Hanforth estaba echada hacia atrás para poder mirar la cúspide de aquel obelisco imposible.

—Es curioso... me recuerda algo que he visto antes.

—¿Qué, Señor?

—Un monumento funerario.

Santuario

Jayge Carr

A menudo las religiones son bastante distintas de lo que parecen a primera vista, y a veces ni siquiera son religiones propiamente dichas. Aunque, en última instancia, ¿quién puede decir lo que es una religión propiamente dicha?

Incansable, pacientemente, el Rey del Bosque hace sus rondas, inspeccionando su dominio en busca del menor daño: una rama rota, hojas arrancadas. Probablemente fuera el viento la causa, pero podría ser la señal de la presencia de un invasor. Tras cada falsa alarma (pues los animales han aprendido hace ya mucho a evitar ese bosquecillo y los fuera de la ley son pocos en Vair'tgen), cuidadosamente recoge y entierra el material dañado, para evitarse una innecesaria segunda búsqueda.

Así han sido las cosas en el Bosque de Vair'tgen desde hace más años de los que se puedan recordar; así serán durante más años de los que se podrán numerar. El Rey sin par, en su dominio nunca cambiante, intocable en su Santuario... hasta que un Retador llegue y tenga éxito, venciendo al antiguo Rey y transformándose, a su vez, en el nuevo soberano reinante.

Crispin DeLong estaba huyendo... una vez más. No era culpa suya, realmente no lo era. (Nunca lo era, claro). ¿Cómo podría haber sospechado que la muy tonta de la chica aquella iba a reaccionar así? (Al recuerdo de las gotas de color rojo escarlata, que se iban coagulando en un marrón negruzco,

salpicadas por sus hermosas habitaciones turquesa y aguamarina, se estremeció, herido en su sentido estético).

¿Por qué le había hecho aquello a él?

Siempre la había complacido en sus caprichos, y había escuchado sus eternas protestas de aburrimiento. Algo nuevo, Crispin, algo nuevo. Estoy aburrida, Crispin, aburrida.

Le había dado tal cosa y le había conseguido tal otra.

¡Me aburro, Crispin!

Hasta que ya sólo quedaba una cosa. Le había dicho que era escasa, muy cara, que a él sólo le quedaban unas pocas dosis. (¿Acaso no se lo había advertido?). No era que crease adicción física, él no tonteaba con cosas así. (Era demasiado peligroso, los Tipos Importantes tenían copado aquel terreno).

¡Más, Crispin!

Y cuando se le acabó...

¡Más, Crispin!

Pero ella era una muñequita encantadora (Crispin DeLong tenía un gusto exquisito), y él tenía contactos. (Crispin DeLong siempre tenía contactos). Lo mejor, por lo que pagaban créditos a una escala estrato alta, había sido una pornotáctil. Le había dicho que era porno, porno duro, ¿no? No le había causado ningún daño, en realidad incluso había disfrutado con ello. (Al menos con la mayoría de las cosas, y la habían tenido dopada en las partes peores). De acuerdo, él se había quedado con la mayor parte del dinero, pero ella había tenido aquello que le gustaba, en grandes cantidades, ¿verdad?

Y todo había ido sobre ruedas, hasta un día en que ella le había pedido sentir el táctil. (¿Habría oído algo relativo a sus quejas? Pero siempre le había dicho a ella, desde el principio, que antes o después, nunca dejaba de aburrirle). Cada vez que ella se lo había pedido le había dejado sentirlo un poco, compartiéndolo con ella; pero aquella tarde tenía una cita que no podía romper. (Crispin DeLong a menudo tenía citas que no podía romper). Con una risa condescendiente, había tecleado en la caja fuerte para abrirla, le había lanzado el táctil y se había despedido con un alegre: «Hasta ahora», mientras salía por la puerta.

Al regresar y ver lo que quedaba de ella, y lo que se había clavado en su curvado abdomen... su preciada bayoneta del siglo xx (lo que era añadir el insulto a la injuria), se dio cuenta de que los polizontes jamás se creerían que había sido un suicidio...

Ella aún estaba agonizando cuando él llegó; pero antes de que sus aterrados ojos pudieran acabar de captar toda la terrible escena, se había

estremecido y se había quedado rígida, con ese grácil estiramiento que dejaba tras él sólo un montón de carne muerta...

Y allí estaba él, justo en el momento de la muerte, que había sido en su *suite*, con su bayoneta, y de su mujer (de la que sólo se había quejado ante uno o dos amigos íntimos, cierto... pero los polizontes tenían sus métodos para hacer hablar a la gente).

Sólo tenía unos minutos. Tan pronto como ella hubiera muerto, una luz habría comenzado a parpadear con rapidez en el cuartel de policía más cercano, pues no estaba modificada por una resonancia de hospital. Pero ya sabía lo que debería hacer; tenía un plan de escape preparado (Crispin DeLong siempre tenía un plan de escape preparado).

Vaciar la caja fuerte, salir por la puerta, tranquilo, tranquilo. Un cambio rápido en el limpiador público más cercano y luego, la Jugada Maestra, volver al mismo edificio de apartamentos, a la otra *suite* que tenía con diferente nombre, con diferente identidad. Luego lo divertido. Llamar a los polizontes y pedirles una escolta, pues la otra identidad era de un mensajero portador de Secretos Comerciales. El disfraz no podría engañar a un polizonte *alertado*, pero la escolta le haría pasar sin problemas por los controles del puerto y le llevaría a un saltador alquilado... si es que la alarma no había sonado... y... es el riesgo lo que hace que el corazón palpite.

Una vez más allá de la estrato y ya autorizado para el Salto, debería haber estado a salvo. Pero en esta ocasión (¿habrían logrado los polizontes una parte de su verdadero expediente?) no se habían conformado con la formalidad sin sentido de dar una Alerta a Todos los Planetas (que era demasiado cara como para ser enviada sino a los planetas más cercanos, que acostumbraban a ignorarla). Para estar absolutamente seguro, se había dirigido más allá del cúmulo estelar.

Tres largos Saltos-Largos más tarde, había solicitado una autorización rutinaria de aterrizaje. (Nunca había que llamar la atención más de lo necesario). Y había visto dos estilizados navíos grises saltar fuera de la estrato hacia él, mientras la sirena de su panel de mandos aullaba y una seca voz berreaba por el altavoz. No se había detenido a pensar, se había limitado a golpear los controles. Saltando a ciegas.

Jadeando, secándose el sudor de la frente, atisbo en la pantalla mientras el ordenador empezaba a calcular dónde se hallaba. Para su horror, dos puntos aparecieron en la pantalla, cargando hacia él con impulsión subsalto. Debían de haber centrado su nave, y sólo el microscópico error debido a la emergencia del Salto le daba un tiempo de respiro.

Había aguardado, tenso y atento, hasta que estuvieron casi a distancia de abordaje, esperando dar al navegante automático tiempo para sus cálculos. Quería llegar hasta la Guarida, las estrellas sin ley, en donde se hallaría a salvo, en donde podría comprar una nueva identidad. Pero le acosaban demasiado cerca. Otro rápido y ciego Salto a cualquier lugar. Y, demasiado pronto, dos puntos en la pantalla.

Se había convertido en un mortífero juego del escondite. Salta, trata de localizar dónde estás, intenta calcular un rumbo, descubre los puntos... *Salta*.

Crispin DeLong conocía muy bien el juego de ocultar un garbanzo en uno de tres dedales... pero nunca había hecho de garbanzo. Era un juego con un límite de tiempo... Se estaba quedando sin combustible.

Tras cada Salto comprobaba esperanzado cada planeta a distancia de microsalto, confiando hallar un mundo de alta tecnología al que pudiera bajar con el volador personal y perderse hasta que pudiera comprarse una nueva identidad, un nuevo saltador. Pero los mundos de AT eran escasos, y sus Saltos se producían al azar. No deseaba exiliarse de por vida en algún mundo mugriento y primitivo.

Ni tampoco en un mundo asociado, uno que conociese la existencia de la cultura espacial, pero no formase parte de la misma. No, si tenía que abandonar ese saltador marcado por los polizontes. Los viajes espaciales desde esos mundos eran cosa rara, y resultaba demasiado difícil lograr colarse en uno de esos vuelos. Y... los polizontes podían aterrizar, y tenían sus procedimientos para lograr lo que querían.

Otro mundo asociado. ¡Que la Espiral lo confundiese...! Y el nivel de combustible ya era peligrosamente bajo.

¡Quieto! ¡Un momento! ¡Vair'tgen! ¿No había oído algo respecto a él? Se mordisqueó el labio; el navegante podría acabar el cálculo de un microsalto tan fácil antes de que se le acercasen demasiado. Pero tras un micro... estarían pegados a su cola cuando emergieran. Fuera lo que fuese lo que medio recordaba, más valdría que fuera bueno. ¿Dar otro Salto a ciegas o...? ¡Estaban demasiado cerca! Apretó el mando para el micro.

Estaba quemando estrato con los polizontes pegados a su cola cuando recordó: *una isla con la forma de un trébol de la suerte, de cuatro hojas, la cola del mayor de los continentes apunta hacia ella...*

¡Por la Espiral, qué cerca los tengo! ¡Uno diría que esa chica era la hija del Gran Polizonte!

Isla, isla, ¿dónde estás, isla?

¡Allí!

El saltador no estaba preparado para ser utilizado como un volador, y menos a baja altura. El paso de Crispin produjo una onda de choque que hizo que los árboles se cimbreasen, aplastó los campos de trigo y convirtió en cascotes una pequeña y vieja estructura en la cúspide de una colina. El Rey del Bosque siguió ansioso su ronda, sin comprender el repentino sonido ni la cálida oleada.

Pero Crispin había visto lo que necesitaba: *un largo edificio rectangular y un bosquecillo circular, algo así como una i con su punto, sólo que el círculo está vacío... No hay nada más en aquel extremo de la isla... Y dentro del círculo... Santuario.*

Incluso por la pantalla el edificio parecía increíblemente viejo. (No dedicó ningún pensamiento al anónimo montón de piedra y madera que había al otro lado de la isla). Su edificio colgado al borde de un anillo de piedra, un anfiteatro de gigante, que servía de refugio a lo que se hallaba dentro: una plana arena, en el centro, como si fuera una tarima algo elevada, y un denso anillo de vegetación en derredor. ¡Tenía que ser aquello!

... Es sagrado según sus creencias... Los polizontes no se atreven a violarlo... o a tocar a quien esté dentro... No pueden interferir con las religiones... Santuario...

Podría hacerles burla a los polizontes (¡ya!, ¡ja!) desde un santuario. Y, al cabo de un tiempo, cuando se cansasen y se marcharan, tendría el camino libre hacia la Guarida, en tanto que evitase los mundos de AT mientras saltase. Y el contenido de su caja fuerte le serviría para comprarse una nueva identidad, sobrándole lo bastante como para poder vivir durante mucho tiempo, incluso en un lugar tan caro como Guarida. Santuario...

El descenso era arriesgado: tenía que hacer unos cálculos muy precisos. (¡No había que derrumbar el precioso santuario!). Pero Crispin aterrizó, sin casi sacudidas, prácticamente en el centro del anillo de vegetación. ¡A salvo! (¿Pero no había algo más, otra cosa, que no podía recordar exactamente?).

El aire era respirable; abrió la compuerta y miró en derredor. El círculo parecía extrañamente sólido. Curioso, levitó hacia abajo y se dirigió hacia los árboles más cercanos. Ajá... No tenían troncos; en lugar de éstos y radiando desde un núcleo central, situado a nivel del suelo, surgían una veintena de tallos diferenciados, cargados de follaje, que se curvaban hacia arriba en una bella forma de vaso. En pie junto a uno de ellos, podía ver un anillo exterior de árboles. Estaban dispuestos en círculos concéntricos, con un desfase en su espaciado, por lo que desde una cierta distancia uno veía una masa sólida, pero desde más cerca podía descubrir fáciles caminos por entre las hileras,

pasos por entre los árboles individuales. Crispin entró en el espacio que había entre los dos anillos más internos; contó cinco anillos diferentes.

El Rey del Bosque estaba explorando el anillo exterior, muy al otro lado de la curva de donde se hallaba Crispin; la masa de los árboles apagaba los ruidosos movimientos del recién llegado. Pero cuando el Rey pasó al círculo interior vio el saltador, aguzado y eficiente, brillando bajo la luz del sol.

—¡Hey, apártese de ahí! —Crispin vio algo con el rabillo del ojo. Corrió hacia el centro, apartando descuidadamente las ramas que se interponían a su paso. El Rey del Bosque se volvió y vio al Intruso. Desenvainó su espada. La luz solar se reflejó desde la hoja de la misma a los ojos de Crispin. Recordó el resto:... *Sólo uno puede estar en el bosquecillo, uno y nadie más... Si ya hay alguien allí, hay que ahuyentarlo... o matarlo.*

—De acuerdo —gritó Crispin—. ¡Lárgate, huye, ábrete, quema iones! ¡Ahora me toca a mí!

Hizo un grandilocuente gesto que indicaba «fuera» con su mano izquierda, pues la derecha no la apartaba de la pistolera que llevaba al cinto; la hoja rota que había quedado atrapada en el complicado bordado de sus puños brillaba suavemente. Los ojos del Rey se enfocaron en esa hoja y un brillo iluminó su apagado color gris. Alzando la espada dio un paso hacia Crispin.

—Quieto, amigo, te digo que ahora es mi turno. ¡Lárgate! Mira, no seas estúpido, no quiero tener que quemarte... —El Rey trotó hacia Crispin con paso seguro y la espada en alto.

—¡Lárgate! ¡Escapa! ¡Te digo que me toca a mí el turno! ¡Si das un paso más...! ¡Fuera de aquí! ¡Nooooo!

La energía del llameante era invisible, pero el haz de láser de puntería color naranja no lo era. El Rey del Bosque vio la extraña luz centellear por encima de su cabeza, pero eso no le hizo siquiera aminorar el paso.

Crispin bajó la mira.

El Rey del Bosque cayó desmadejado. El saltador de Crispin brilló por un instante mientras absorbía la mayor parte de la energía, pero en dos de los árboles las hojas se marchitaron a causa de la pequeña cantidad de ésta reflejada por el pulimentado costado del vehículo.

Crispin se acercó y dio una patada a la masa inmóvil.

—Me has obligado a hacerlo —le acusó irritado. Matar a alguien en persona le alteraba el estómago—. Todo ha sido culpa tuya. Te dije que te largaras, te dije que ahora era mi turno.

Naturalmente, el ex Rey del Bosque no le contestó.

—Todo ha sido culpa tuya —murmuró Crispin, dándole a su fallecido oponente una patada final. Ajustó su arma para dispersión en cono amplio y dudó. ¿Para qué malgastar la energía? Después de todo, ¿quién sabía cuántos iban a venir a disputarle aquel precioso santuario? No es que tuviera nada que ocultar: según las normas del lugar, tenía derecho a matar; pero no podía dejar aquella cosa allí, pudriéndose y empezando a oler mal. No quería compartir su santuario con un cadáver maloliente.

Buscó con la mirada. Por allí el suelo parecía bastante blando. Sí, desde luego, allí. Y el saltador tenía un armario de herramientas muy completo.

Ya estaba. Suspiró. Incluso sabiendo el lugar, resultaba difícil distinguir el rectángulo de tierra removida del resto. Si no tuviera aquellos dos árboles de hojas marchitadas (¿por qué estarían así? ¡Mientras no fuera por una enfermedad!) como referencia, uno a cada lado de la tumba, hasta a él le costaría hallarla. Unos pocos días, algo de lluvia y se necesitaría un equipo policial muy sofisticado para hallar aquel punto. Y a los polizontes... ¡Ja, ja!... les estaba prohibido entrar en el bosquecillo.

Lo único que ahora tenía que hacer era esperar. El saltador estaba bien provisto de todo. Y quizá lograrse convencer a una nativa (si es que no tenía todo el cuerpo cubierto de espinas como aquel nativo que había matado, aunque tal vez las espinas pudieran quitarse) para que se viniese al bosquecillo.

Así que eso era todo... simplemente esperar. Eran unos árboles de aspecto curioso. Todos del mismo tipo, todos del mismo tamaño. Había algo raro en las ramas. Valdría la pena echarles una mirada.

Crispin se acercó al árbol más próximo y apartó las hojas para poder estudiar el tronco. Era de color gris plateado, con una superficie lisa y mate, excepto en donde surgían ramas más pequeñas. Le dio un suave tirón, para hacerse idea del tacto. Aquello era muy raro: era demasiado pesado.

Excesivamente pesado. Apartó la mano, sin prestar atención a la miriada de arañazos, casi imperceptibles, que le cubrían la piel. Casi era como... Excitado, rebuscó en el armario de herramientas.

¡Por la mismísima Espiral! ¡Las ramas principales eran de tungsteno, sólidas excepto por los estrechos canales; las pequeñas eran de platino, o germanio, o telurio, o...! ¡Imposible! ¿Pero acaso las ostras (deliciosas aunque feas) no segregaban perlas? ¿Y no hay vegetales acuáticos que concentran el yodo, el bromo y otros minerales en su interior? ¿No había otros casos de animales que depositaban productos químicos y minerales en sus huesos, cascaras o carne?

Aquel lugar debía de valer... No lo podía totalizar, pues su mente no se cansaba de añadir ceros.

—¡Oh, qué maravilla! ¡Qué maravilla! —canturreó, al tiempo que acariciaba la rama más cercana.

Se oyó un crujido en algún lugar del círculo. ¡Alguien estaba robándole sus valiosos árboles! Con el llameante en la mano, se apresuró a ir a investigar.

Nortyn ¡Dan, mayor de las Fuerzas de Seguridad de la UC, apenas si lograba controlar su furia y frustración.

—¿Es que no lo entiende? —resopló por cuarta vez—, es un criminal. Sólo queremos llevárnoslo para su rehabilitación, para que ya no cometa más actos malvados. Y así les protegeremos a ustedes.

El pequeño humanoide de lisa piel azul al que Nortyn llamaba mentalmente el Abad (aunque aquélla no fuera una traducción muy afortunada de su cargo), asintió pacientemente.

—Lo entendemos. Pero ha entrado en el Bosque, así que no podemos permitirles que lo saquen de ahí.

—¡Pero, por la Espiral que nos rodea! Ha matado a su gente: seis en ese edificio que se desplomó y...

—Siete —murmuró el Anciano, que en realidad no era un Abad.

—Siete, entonces, y ese pobre diablo de los bosques, y ese desgraciado que le llevaba comida...

—Sí, a todos éstos ha matado. Pero ha entrado en el Bosque, y...

Nortyn rechinó los dientes audiblemente.

—Ha sido bueno que nos hayan dicho ustedes que tiene comida en ese extraño vehículo suyo. Lamento haber perdido a Uveen antes de saberlo.

—Pues yo lamento que no hayan sido más. ¡Quizá, si hubiera eliminado a bastantes de ustedes, nos dejarían capturar a ese cerdo asesino!

—Oh, no. Nunca. No mientras esté en el Bosque.

—Mire —Nortyn volvió a rechinar los dientes—. Voy a hacer un trato con usted. Sacaremos a DeLong, y mi compañero Frid se quedará en su bosquecillo y lo cuidará hasta que yo les pueda traer otro criminal, uno que esté rehabilitado.

—¡Oh, no! —Había genuino horror en los rasgados ojos, nerviosismo en la cola que azotaba el aire—. ¡Nunca! Usted y su compañero son hombres

valiosos, hombres necesarios. Jamás podría permitir que uno de ustedes pusiera un pie en el Bosque...

—¡Aaargh! —De nuevo, Nortyn luchó por controlarse—. Pero ¿es que no lo entiende, señor? No podemos quedarnos aquí indefinidamente esperando a que DeLong salga de su bosquecillo. Tenemos otros deberes, a los que debemos regresar.

La cola desapareció en el interior de los ropajes largos y de color arena.

—Son ustedes los que no entienden. Venga conmigo, por favor.

Había un largo camino hasta el bosquecillo. Nortyn, que echaba humo, acomodaba sus pasos a los de su acompañante, de piernas más cortas, en hosco silencio. Si no se llevaba a aquel criminal, DeLong, el jefe le cortaría la cabeza y la exhibiría en una bandeja. Además, era *peligroso*. Y no podían permitir que escapase sin castigo...

Una mano de cuatro dedos rozó su brazo.

—Esto ya es lo bastante cerca, guardián de la ley. Más cerca no estaríamos a salvo.

Nortyn alzó la vista, que había mantenido clavada en sus pies. El bosquecillo estaba a unos veinte metros de distancia; era una gigantesca pared curvada, cubierta de hojarasca; sus lisas formas de lira se unían para formar una parte superior tan lineal como si hubiera sido recortada con unas tijeras gigantes.

—Ése es su bosque, ¿eh?

—Sí. Aguardaremos aquí.

—¿Por qué?

—Ya lo verá. No sea impaciente, perseguidor de malvados.

—Humm. —Estudió los árboles; eran bastante vulgares, si se exceptuaba la extraña igualdad de sus tamaños. Hojas verde pálido, ramas marrón oscuro. Y, sin embargo...—. No son como los demás árboles de por aquí, ¿no es cierto? ¿Son de otro lugar, del continente principal... cómo lo llaman, Mortigys?

—Nadie sabe de dónde surgieron. No se sabe que haya nada igual en el resto de nuestro planeta.

—¿Es único? —Nortyn silbó—. ¿Y por eso lo adoran?

Unos ojos rasgados, color amarillo crema, se clavaron en los de él, azules acerados, con una expresión que no podía descifrar.

—¿Adorar? ¿Cree que nosotros...? ¡Chist... ahí llega!

Nortyn apoyó los tres dedos (uno de estos días iba a tener que encontrar tiempo para que le ajustasen una buena prótesis) de su mano derecha sobre la

culata de la pistola.

—No —susurró con fiereza el que no era un Abad—. No nos hará ningún daño si no hablamos en voz alta, ni nos acercamos demasiado.

Nortyn contempló suspicaz a su presa, pero el hombrecillo azul parecía tener razón; era como si DeLong no los viese: estaba con toda su atención puesta en los árboles, examinando cada tronco, cada rama y cada hoja con tremendo interés.

Mientras seguía lentamente su camino por el círculo, Nortyn comenzó a escuchar su débil murmullo y, al cabo, pudo distinguir las palabras:

—Nadie va a coger mis hojas, nadie va a robar mis ramas, nadie va a tocar mis árboles, nadie...

—¿Qué es lo que dice? —preguntó el no Abad.

Nortyn se lo tradujo.

—Entonces, ya está hecho. ¡Qué viva muchos años!

Nortyn frunció el entrecejo.

—Sigo sin entender.

—Es lógico. Vayámonos de aquí. Ahora que sus ojos lo han visto, será más fácil explicárselo.

Nortyn contempló al absorto Crispin, mientras empezaba a concebir una sospecha.

—Quizá me permita devolverle su hospitalidad —dijo, con aire formal.

El no Abad pareció fascinado por el licor que Nortyn y su compañero, Frid Tenbuun, le sirvieron. Era del mismo color ámbar pálido que sus ojos; y, tras un primer sorbito cauto, le dio vueltas y vueltas en la copa, contemplando sus profundidades frías y burbujeantes. Frid había escuchado un rápido resumen de labios de Nortyn y, siendo un hombre tranquilo y paciente, a diferencia de Nortyn que era todo nervio y energía, se contentó con seguir sentado, saboreando su propio trago.

—Me dijo, señor, que nos lo explicaría todo.

—Eso dije. Pero... ¿por dónde empezar? ¿Por un seto de árboles que no se parecen a ningún otro? Unos árboles con el poder de atraer todo lo que necesitan. Usted preguntó si los adorábamos, honorable señor, pero ¿adora uno al maremoto, al tifón, al terremoto? No, más bien uno los evita si le es posible y, de no serlo, trata de reparar la devastación que provocan. Como usted mismo ha visto, los árboles necesitan *a uno*. Sólo al uno, pero al uno lo han de tener. Si no tienen a ese uno, *atraen*. En nuestro pasado, decenas de millares de personas han entrado andando en el mar, hasta ahogarse, cuando

los árboles llamaban. Así que, ahora, nosotros estamos aquí. Para servir al uno; para convertirnos en ese uno, si tal cosa fuera necesaria.

—Cuando no tienen bastantes criminales, claro —intervino Nortyn.

—Tenemos pocos, muy pocos criminales en Vair'tgen. Pero, de vez en cuando, alguien de los otros mundos, como ése al que perseguían, oye una leyenda mal contada y viene hasta aquí.

—Pero —Frid habló por primera vez— ¿por qué sólo criminales? ¿Por qué en ese bosquecillo sólo pueden entrar criminales... o ustedes mismos?

—Porque sólo los criminales están lo bastante desesperados como para hacerlo sin saber lo que hacen y únicamente personas dedicadas son capaces de entrar en él voluntariamente y sabiéndolo. Su amigo vio al criminal al que persiguen, restaurador de la paz. Y en él el cambio apenas si se ha iniciado. Con el tiempo se convertirá en un ser casi sin mente o, mejor dicho, su mente será la mente del Bosque. Será una rama del Bosque, una rama móvil, muy útil. Ni más, ni menos. Sólo necesita al uno, pero a ese uno lo ha de tener.

—«Nadie va a tocar mis árboles» —repitió Nortyn con creciente horror.

—Sí, ahora ya lo entiende. Aquel que entra en el Bosque y es aceptado, pierde su alma. O, si lo prefieren, pierde su mente individual, su personalidad. Únicamente alguien lo bastante desesperado como para querer conservar la vida bajo cualquier circunstancia... o alguien que haya sido educado durante toda su vida en los ideales del autosacrificio... aceptaría entrar ahí. Así que el Bosque es... un santuario.

—Pero —inquirió Nortyn— ¿por qué sólo el uno?

—Quizá sea —hizo un movimiento abriendo los dedos que recordaba un alzarse de hombros— porque sólo pueden controlar al uno, aunque pueden llamar a muchos. Pero siempre ha sido el uno, solamente el uno. Cualquier intruso es un invasor, un destructor potencial de los árboles. El uno lo ataca. Y lo mata... o le matan. Si muere, los árboles buscan a otro, y el vencedor está allí, aguardando. Usualmente ha tocado los árboles. Y ellos deciden. Si es aceptable, se queda. Y pronto comienza a sentir hambre. Los árboles, por instinto o inteligencia, no sé por qué, saben que el uno debe ser alimentado. Y permiten que uno de nosotros se acerque, con comida, para dejarla donde el uno pueda hallarla. Mientras, ellos distraen al uno.

—Pero DeLong mató a ese... Uveen.

—Porque aún no estaba bien controlado. Y... no estaba hambriento.

—Así que están seguros de que nunca saldrá de ahí. Que jamás escapará —dijo Frid.

—Nunca. Es aceptable. Servirá a los árboles hasta que muera de muerte natural o sea muerto por otro parecido a él. Los árboles cuidan al uno. Si no llega ningún otro criminal y lo mata, vivirá una larga, muy larga vida.

—Es cadena perpetua, pobre diablo —murmuró Nortyn.

—Creo que el jefe estará satisfecho —comentó Frid.

Incansable, pacientemente, el Rey del Bosque hace sus rondas, inspeccionando su dominio en busca del menor daño: una rama rota, hojas arrancadas. Probablemente fuera el viento la causa, pero podría ser la señal de la presencia de un invasor. Tras cada falsa alarma (pues los animales han aprendido hace ya mucho a evitar ese bosquecillo y los fuera de la ley son pocos en Vair'tgen), cuidadosamente recoge y entierra el material dañado, para evitarse una innecesaria segunda búsqueda.

Así han sido las cosas en el Bosque de Vair'tgen desde hace más años de los que se puedan recordar; así serán durante más años de los que se puedan numerar. El Rey sin par, en su dominio nunca cambiante, intocable en su Santuario... hasta que un Retador llegue y tenga éxito, venciendo al antiguo Rey y transformándose, a su vez, en el nuevo soberano reinante...

Contra reembolso

Jonathan Milos

Las demoras en las entregas de envíos postales y similares suelen dar lugar a situaciones curiosas... especialmente si la demora es de unos cuantos millones de años.

Salud, gente de RC 7761, también conocido como Tierra.

Bueno, eso es una tontería. No he invertido todo mi tiempo y mi balanza de cambios para atestar mi monitor cerebro con vuestras expresiones idiomáticas, y acabar dirigiéndome a vosotros de ese modo. Ni siquiera a aquellos pocos de vosotros a los que hablo directamente.

Tal vez jamás lleguéis a captar lo que os digo, pues ignoro qué clase de censura tenéis allá abajo; quizá os hayan dicho que sólo existe un contacto con el Consorcio de las Mil Estrellas, pero no os han dicho la verdad. Mantenemos abierta una línea de comunicaciones; aquellos de vosotros que tenéis acceso a ella, la llamáis Videspacial. Interesante expresión. Si os apeteciera hablar del tema, lo lamento, no estáis cualificados. No necesitamos oradores, necesitamos oyentes. Especialmente de Erre... quiero decir, de la Tierra. Ya comprenderéis el porqué.

Me encontraba en una taberna de Ef'tle, mascando las bayas del olvido, una fruta inocente, pero que resulta tóxica si se comen demasiadas. Aunque, la verdad sea dicha, el *chil*, mi licor favorito, también lo es. Y si cada tantas revoluciones no depuro mi cerebro almacenador, no me quedaría sitio para colocar historias, y lo cierto es que me gano bien la vida con ellas. El

Servimed receta pastillas para la resaca producida por las bayas, pero el *chil* sólo se consigue con dinero.

Ahí estaba yo, pues, mascando bayas y tragándome las semillas, con lo que aprovechaba para limpiarme el cuerpo y la mente al mismo tiempo, cuando se me acercó un zhanzherezhino, quiero decir, una zhanzherezhina, y le echó un vistazo a mi plato.

—Honores —dijo.

—Honores a ti —repuse. En ese momento advertí que llevaba puesta una placa del Servirresc y un pendiente de capitán, y que tenía las garras vacías—. Al parecer acabas de aterrizar. ¿Qué bebes? Elige.

—No acabo de aterrizar —zumbó—, y no bebo.

Se trataba de una novedad digna de registrar ahí mismo. Los pilotos zhanzherezhinos son bastante comunes —en todo nos imitan a nosotros, pobres criaturas sin ojos facetados ni giroscopios incorporados a nuestros cráneos— pero una capitana zhanzherezhina recién desembarcada y sobria no sólo no era común, sino que, a mi juicio, era algo imposible.

Aparté el bol de bayas y calenté mis nervios grabadores.

—Transacción cuando tú digas —le anuncié.

—¿Cuánto ofreces por un cuento sobre el mundo RC 7761?

Mordí con fuerza y me lastimé con una semilla de baya que se me había extraviado en la boca. El RC 7761 es un planeta exterior a las Mil, cuyos habitantes, sabios preespaciales, lo denominan Tierra, o Suelo. Sé que una nave del Servirresc había concluido con ellos cierto trato que había despertado a los espíritus gemelos del Rumor y el Secreto; si conseguía descubrir algún hecho, el que fuese, sobre el asunto, bien valía la pena arriesgar mi placa. De modo que me limité a calcular mi balanza de cambios, le resté una octava parte para emergencias y le ofrecí el resto a la zhanzherezhina.

Me lanzó un zumbido y dijo:

—Me basta.

Hubiera jurado que debía bastarle; se trataba del doble de lo que cobraba un capitán como salario de cambio garantizado durante una revolución entera. Pero me limité a decirle:

—Transfiero —y unimos nuestras placas. Clic, zum. Hoy en día resulta tan sencillo gastarse el balance... Pedí una jarra de *chil* con lo que quedaba de mis finanzas, conecté nuestros cerebros y me dispuse a escuchar.

Hace siete millones de revoluciones (dijo la capitana) el Servirresc detectó un fulgor magnético a punto de estallar en el Segmento C de la Galaxia R; el fulgor no revestía una excesiva importancia pero la suficiente como para despertar a la Gran Bestia con criaturas neuronalmente avanzadas. Por eso enviaron al Servirresc para explorar y evacuar si era preciso.

El Servirresc se encontraba entonces, como ahora, sobrecargado, y a nadie se le ocurrió que deberían evacuar nada, de modo que lo único que enviaron fue un ligero crucero científico y un congelador de masas sublumínico del tipo *Obon*, que, dicho sea de paso, no se fabrica desde hace cinco millones de revoluciones. Todo esto me consta, lo he comprobado porque tengo al Servijust en la punta de un ala; pero eso ahora no viene a cuento.

En fin, cuando ese antiguo equipo de Rescate llegó a RC 7761, se encontraron con vida inteligente; no era una tecnociv, pero usaban herramientas, tenían un control limitado del fuego y se agrupaban en aldeas. Se trataba de un buen inicio para recorrer el camino hacia las Mil, y estaba a punto de ser borrado de un plumazo.

Sólo el Matador de la Bestia sabe cómo se comunicaron con los nativos. Por aquella época el metaenlace se encontraba aún en la etapa en que había que freírse el cerebro. Tal vez contaran con algunos telépatas naturales. De todos modos, lograron convencer a los nativos, que denominaban Reeth a su planeta, de que la enorme cosa amarilla y brillante iba a aumentar y a comérselos a todos, a menos que subieran a bordo del pequeño hermano plateado de la luna aparcado en la órbita de su planeta. ¿He comentado ya que aquel sitio tenía una luna? Pues sí, la tenía, y grande, del tamaño de un Puesto de Avanzada de las Mil. De modo que los nativos y parte de su ganado subieron a la nave y quedaron congelados. El Servirresc tuvo que apresurarse para hacerlos entrar antes de que se produjera la tormenta magnética, pero lo lograron, como es normal en ellos.

Tuvieron que buscarles un planeta para reasentarlos. No podían esperar a que se produjese el fulgor para devolverlos a su planeta; el ecosistema habría quedado hecho trizas y jamás se hubieran acostumbrado a él. De modo que hubo que buscarles otro sitio.

Todas las razas se parecen en un punto: son imposibles de conformar. A una le gusta el calor; a otra el frío; a una tercera le hacen falta los ultravioleta para mantener a raya su tensión genética; una cuarta precisa manantiales de ácido caliente...

Y mientras buscaban un lugar adecuado para meter a cincuenta mil reethis congelados se produjo un, bueno, un error burocrático.

Sostengo que ese detalle cae dentro de las responsabilidades del Servicomp, sí, ya sé lo que dice la letra pequeña del contrato del Serviste, pero insisto... bueno, pido disculpas. Continúo.

(La capitana se cubrió los ojos para no ver a un grupo de zhanzherezhinos juerguistas). Lo que ocurrió fue que los archivaron mal.

Se perdieron. Los olvidaron. Durante siete millones de revoluciones, aquel antiguo *Obón* continuó su viaje hacia la nada, con su tripulación a bordo helada pero contenta. Tuvieron suerte de encontrarse en una nave sublumínica: gracias a la dilatación temporal la maquinaria no se desgastó y nadie se descongeló demasiado pronto.

El Servicomp aduce que nunca se les pierde nada, que ellos se limitan a establecer tiempos de acceso largos. Quizá tengan razón. Finalmente lograron encontrar el antiguo congelador de masas. ¿Y adivina a quién escogieron para repatriarlos? A mi nave y a mí, por supuesto. Cien mil tripulaciones en mi haber y...

En fin, que fue idea nuestra conducir a los reethis de vuelta al 7761. La búsqueda de planetas no ha mejorado mucho en siete megarevoluciones, pero sin duda las cosas se habrían estabilizado en aquel lugar después de todo ese tiempo. ¿La evolución? Por supuesto que se habría producido una evolución, pero las Mil duraron, ¿cuánto? ¿Cien millones de revoluciones? Ya sabemos cómo funciona la evolución. Lo sabemos. Como que los zánganos aman a la Reina.

Nos encontramos con un planeta entero que producía ruidos de frecuencia media, eliminaba los desechos de la combustión en la atmósfera a una velocidad increíble —habríamos sido incapaces de respirar ese aire durante una nanorevolución sin caer muertos allí mismo— y con unas estaciones que parecían naves estelares de mantenimiento por toda su superficie. Digo, parecían. Intentamos acoplarnos y bajar en una, pero, que la enredada Bestia la maldiga, se trataba de un hábitat complejo. Imagínate: ¡una ciudad tenía el tamaño de un crucero medio! Y aquella no era siquiera de las más grandes. Nos dirigieron hacia ella, que tampoco contaba con instalaciones, a excepción de una gran zona pavimentada que llevaba el nombre de una deidad tribal.

Este sitio, *Advancedyork*, contaba con un centro de negociaciones intertribales, aparentemente el único en funcionamiento. Después nos enteramos de que contaba con el tribalismo y la demolición por fusión, pero de los generadores de fusión, ni noticia. Así y todo, que la Red los entrampe.

Bajamos en el transbordador, asegurándonos de ir bien dotados de ambientación portátil. Les dijimos para qué habíamos ido, que teníamos una nave cargada con sus antepasados, que acababan de descongelarse, y que se los devolvíamos a cambio de la tarifa acostumbrada.

(La capitana hizo una pausa y se alisó el pelaje. En consideración a mis oyentes, he de decir que la tarifa a la que la capitana hace referencia la negocia el Servirresc con el grupo al que sirven. Solicitan todo aquello que pueden conseguir, y todo queda asentado en el recibo indestructible. Si, y sólo si el recibo por los servicios queda en blanco, el Serviecono reembolsa los gastos al grupo, y nada más. El Servirresc se ha vuelto muy ducho en la negociación de tarifas. Y al fin y al cabo, ¿cuánto os parece que vale que os salven de morir quemados?).

Al menos (prosiguió la zhanzherezina), nuestra Enlace intentó hacerles entender ese punto. Si anteriormente dije que ignoraba cómo se comunicaban con los nativos antes del metaenlace, juro que ahora no lo comprendo. En estos momentos, nuestra Enlace se encuentra en el Servimanten. Es de esas que si se encuentra con algo parecido a una mente estrecha, se sube por las paredes.

Por ese motivo, no puedo contarte demasiado sobre lo que ocurrió entre los habitantes. Al parecer, una tribu adujo que no tenía sitio para los reethis porque acostumbraba planear la economía de antemano. Otra tribu manifestó que se quedaría con todo el grupo porque ellos eran la tierra de las calles del metal blando, y la primera tribu los acusó de algo que es una expresión intraducible y se ofreció a pagar la tarifa entera más un diez por ciento extra en vehículos de combate armados de tierra. Ciertas tribus menores indicaron que estaban dispuestas a quedarse con los reethis si con ello lograban hacer que las primeras dos lucharan entre sí. Como comprenderás, esto es lo que una Enlace histórica me contó. Al parecer, incluso existía una especie de leyenda local importante, que hablaba de un diluvio de un fluido moderador de neutrones y no de radiación electromagnética.

Volvimos a subir la tarifa y todo el mundo se pacificó. Al parecer, las tribus jamás forman consejo para hablar de asuntos de comercio, sino que se limitan a discutir las limitaciones del comercio de otras tribus. Entonces resultó que no sabían casi nada del deuterio, y que en ninguna parte contaban con un depósito de este material que mereciese la pena cargar a bordo. Incluso jamás habían oído hablar del *wykoras skansi*. Les preguntamos qué tenían de valioso, y nos citaron unos cuantos metales fácilmente sintetizables.

Le ordené a la Enlace, que ya estaba nerviosísima pero no del todo ida, que explorase a algunos de los nativos para averiguar qué materiales consideraban ellos como valiosos. La primera respuesta fue universal, pero dudo que la novedad fuera a durar. La segunda es difícil de exportar, porque sólo existe un Universo del que uno puede ser el dueño absoluto. Y así, nos encontramos con cosas francamente increíbles. Finalmente, hallamos algo que llamaban «petróleo». Era un material que se aproximaba bestialmente a lo mágico; fueron las palabras de la Enlace. Pobre, supongo que ella no tenía la culpa, al fin y al cabo es una empleada.

La cuestión es que esto del «petróleo» era un tema en el cual no hubo dos portavoces tribales que se pusieran de acuerdo y que lo vieran del mismo modo. Con respecto al valioso metal blando, todos compartían la misma idea —pilas de relucientes lingotes, dorados—, pero aquello del «petróleo» era diferente. Algunos de ellos veían una especie de torres; otros, unos cilindros metálicos; otros, unos campos de arena; otros, enormes embarcaciones de metálica superficie... ¿os dais cuenta de por qué no lográbamos captar la imagen? ¡Que la Reina maldiga al Servicom! Perdón, pido disculpas.

Finalmente, les dijimos que nos llevaríamos una nave cargada de «petróleo». Inmediatamente, todos se pusieron a protestar. Había un pequeño grupo de tribus al que el material los volvía locos. Finalmente, logramos entender algo sobre las fuentes energéticas y la escasez. Fue ahí cuando nos enteramos de que la fusión del material era incontrolada y que carecían de generadores.

Entonces, y que mi maldita boca se pase la eternidad mascando la Red, a mí se me ocurrió sugerirles:

—¿Firmaréis el recibo si al trato agregamos una cápsula d?

Al fin y al cabo, la nave sólo necesitaba dos de las tres cápsulas, y no veas las ganas que tenía ya de largarme de aquel sitio.

Nos llamaban «bes», no sé si te lo dije; se trata del segundo símbolo de su sistema de escritura. Beeés, como el ruido que hacen las alarmas de las esclusas de aire. Quizá lo hicieran porque el sonido guardaba alguna relación con la configuración de nuestra habla. Beeés, ¿acaso hablo yo así?

(La sobriedad le quitaba muchos méritos a la capitana. Le dije que su voz era hermosa, que no se parecía en absoluto a la alarma de una esclusa de aire). Bien. Te diré que durante el descenso observamos una criatura que se parecía a ti, Informador, pero se denominaba «alce».

Finalmente, con la nave cargada de «petróleo», que en definitiva iba metido en unos cilindros metálicos, partimos con la esperanza de no regresar

jamás.

Entonces... entonces... A veces, Informador, tengo la impresión de que estamos todos atrapados en la Red de la Gran Bestia, pero que todavía no hemos llegado a las cuerdas. Cuando nos encontrábamos a unas mil revoluciones luz, sufrimos una avería... Te preguntarás si fue la velocidad de salida de la maniobra, o si se trataba de una recirculación defectuosa. Pues no. La avería se produjo por culpa de una cápsula d, por supuesto, lo que nos dejaba con la potencia reducida a la mitad. Eso nos obligó a reducir a un cuanto superluminoso, de modo que para hacer un viaje de una décima de revolución tardamos una revolución entera.

A medida que avanzábamos con dificultad, uno de los científicos de a bordo sugirió que hiciéramos pruebas con el valiosísimo «petróleo» para descubrir sus características.

Logramos averiguarlo. Habíamos conseguido un recibo, completamente pagado —y para ello habíamos renunciado a nuestro subsidio de gastos del Serviecono— por un cargamento de hidrocarburos líquidos, totalmente sin refinar. ¡Una nave llena de bebidas alcohólicas en bruto!

—¿Qué hicisteis entonces? —inquirí. Era la primera vez que había tenido que impulsar a la Capitana para que continuara el relato.

—¿Qué crees tú que hicimos? Perdón, te pido disculpas. Tu cerebro cognoscitivo no está funcionando. —Dicho lo cual miró con amargura mi jarra de *chil*—. Lo destilamos y nos lo bebimos, claro. Bebimos y bebimos. Debo admitir que no era de mala calidad. Pero ¿puedes imaginarte una revolución entera en el espacio, borracha, con una tripulación en iguales condiciones? Yo, que soy la vida de la Reina, me maravillo de esos terráqueos que viven en un período solar de sólo una décima de revolución, y respiran una atmósfera que emborracharía a cualquier criatura pensante.

«Ahora sabes por qué no me embriago, y quizá no vuelva a embriagarme jamás. Al menos no lo haré hasta que el Servijust encuentre algún fallo legal en ese recibo de pago».

Desconecté nuevamente mis nervios e incliné mis cuernos. La operación de intercambio había sido fructífera.

Y bien, ahora sabéis por qué sois tan pocos los de RC 7761, que muchos conocen con el nombre de Tierra, los que lograréis oír cosas a través de la

Videspacial. ¿Creéis acaso que la Capitana habría narrado esta historia a un terráqueo? Yo os la he referido por completo, no lo olvidéis, tal y como aparece en la edición a Todas las Miles. Cualquier omisión será debida a errores de vuestra gente, del mismo modo que no fue error nuestro el que vosotros decidierais traducir nuestras revoluciones por vuestros «años», o que hayáis calculado mal la edad de los antepasados que os devolvimos asumiendo que os quedabais con un cargamento de cavernícolas o como se llamasen. La Capitana del Servirresc en ningún momento dijo que los reethis fueran humanos, o primates o mamíferos.

Pero alegraos bien, terráqueos. (Otra vez la maldita píldora de las expresiones idiomáticas). Esta noche, salid a dar un paseo por una calle iluminada con la limpia energía de fusión que os dimos como parte del trato, y luego, decidle algo amable a un reethi, nombre que ellos prefieren en lugar del que vosotros les pusisteis cuando los disteis por desaparecidos hace tantos millones de revoluciones, o mejor dicho, decenas de millones de años. Una cosa más: tened por seguro que son mucho más inteligentes que los dinosaurios, que sí fueron eliminados a raíz de aquel fulgor magnético.

No debéis olvidar que en este regateo astuto vosotros salisteis ganando.

El estallido del ORÁCULO de Blabbage

Martín Gardner

¿Se puede construir una máquina capaz de predecir el futuro, aunque sea con un radio de acción muy limitado? ¿Es tan siquiera concebible en el plano teórico una máquina tal? Con su habitual precisión y sentido del humor, el gran maestro contemporáneo de los problemas de ingenio aborda esta fundamental cuestión de hondas implicaciones lógico-filosóficas.

El profesor Charles Blabbage, el más importante experto de Inglaterra en inteligencia artificial, completó finalmente su ORÁCULO, que era un artefacto con las siglas de Ordenador Racional Avanzado Calculador Unitario Local y Omnisciente. Este ordenador era tan potente que podía (según afirmaba Blabbage) predecir con un ciento por ciento de fidelidad cualquier acontecimiento que se fuera a producir en el laboratorio, dentro del período de una hora y para un radio de diez metros alrededor de la consola de mando.

Operaba así: uno le describía a ORÁCULO cualquier acontecimiento que fuera a ocurrir o no en la próxima hora y dentro del espacio delimitado. Si el ordenador predecía que el acontecimiento iba a tener lugar, encendía una luz verde para indicar «sí». Si predecía que el acontecimiento no se iba a producir, encendía una luz roja para indicar «no».

El profesor Blabbage dejó bien claro que era necesario mantener ocultas las luces hasta que la hora hubiera transcurrido, pues, de lo contrario, alguien podría hacer que una predicción resultase errónea, a base de interferir lo que sucediese. Por ejemplo, supongamos que el ordenador predijese «sí» a: «¿Pasará una cucaracha por la pared oeste del laboratorio?». Si alguien viese

encenderse la luz verde, entonces podría montar guardia junto a esa pared, para asegurarse de que ese acontecimiento no fuera a producirse.

La ayudante de Blabbage era la doctora Ada Loveface, una atractiva y joven pelirroja, con un doctorado en Teoría de Conjuntos y Lógica Moderna. El día antes de que Blabbage fuera a demostrar los poderes de ORÁCULO ante un distinguido grupo de visitantes, científicos cibernéticos, gerifaltes militares y jefes gubernamentales, la doctora Loveface se le acercó y le dijo:

—Lamento tener que decirle esto, profesor, pero acabo de demostrar que ORÁCULO no puede funcionar bien en todas las ocasiones. Puedo describirle un acontecimiento que tendrá lugar o no en el laboratorio, dentro del plazo de una hora y del radio de diez metros, de una tal naturaleza que al ordenador le resultará lógicamente imposible predecir si sucederá o no.

Blabbage se negó a creer lo que Ada le decía, hasta que ésta le explicó de qué acontecimiento se trataba. La revelación le resultó tan demoledora, que cayó desmayado y tuvo que ser llevado a un hospital.

¿Cuál era el acontecimiento pensado por la doctora Loveface?

La solución aquí.

Comezón en Bull Run

Sharon Webb

Los autores de ciencia ficción han extrapolado, en versiones espaciales más o menos acertadas, la figura del aventurero, el vagabundo, el pirata, el cazador... En esta línea, y con una intención claramente paródica, Sharon Webb ha creado a la enfermera espacial Terra Tarkington, a la que en esta ocasión vemos implicada en un asunto muy... picante.

Puesto de Avanzada Hospital Satélite
Taurus 14, Promontorio Norte 978675644
Órbita Nath

2 de enero

*Carmelita O'Hare-Mbotu
Enfermera diplomada
Centro Médico Teton
Jackson Hole Summation City
Wyoming 306548760 Tierra Unida, Sol*

Querida Carmie:

Quizá sea la última vez que recibas noticias mías. Estoy definitivamente perdida. Cuando el doctor Brian-Scott y yo estábamos iniciando una ardiente alianza... llegó el apocalipsis.

Es verdad. Cuando me alisté en el Cuerpo de Enfermeras Interestelares, empecé mi vida. Te escribo desde una nave en cuarentena. Aún no se han

producido declaraciones oficiales, pero donde vapor hubo (por usar una frase trillada), un reactor queda.

Acabo de regresar después de disfrutar de un permiso de una semana (tiempo terrestre, no el de Bull Run), y me encontré con que había caído en un nido de pestilencias. Las enfermeras aldebaranas no hacían más que sisear sus comentarios al respecto, pero pasaban todo el tiempo de la lengua estándar a su lengua nativa, de modo que no logré enterarme de los detalles. Pregunté a un ordenanza hiadiano pero se limitó a sacudir la cabeza y a zangolotear la arruga que tiene por nariz. No dijo ni palabra, Carmie, y eso que es un chismoso. Cuando a Glockto le cuesta encontrar palabras, es que la cosa está seria. He podido averiguar que el epidemiólogo jefe, el anciano doctor Kelly-Back, ha enfermado. Se comenta que cogió la plaga de un paciente aurigano. La esposa del doctor Kelly-Back, Olga, la siniestra, será sin duda la siguiente. ¿Y después de Olga, qué? Carmie, me voy a morir. Y todavía ignoro cuáles son los síntomas.

Cuando leas en los periódicos sobre la enfermedad que diezmó el Puesto de Avanzada Nath, piensa en mí. Carmie, y llora.

Destruidamente tuya,
TERRA

Puesto de Avanzada Hospital Satélite
Taurus 14, Promontorio Norte 978675644
Órbita Nath

2 de enero

Gladiola Tarkington
Submarítimo 45
Ciudad del Petróleo
Golfo de México 233433111 Tierra Unida, Sol

Querida mamá:

Aquí todo marcha bien, pero es muy aburrido. Acabo de regresar después del permiso de una semana. Me temo que he sido terriblemente extravagante,

me pasé toda la semana en las Híades IV y me compré calzones de abrigo. En la nave no puedo utilizarlos, porque los calzones hiadianos sólo sirven para cuando hay cuarenta grados bajo cero, pero me serán muy útiles en la Tierra, si alguna vez llego a ir. No te preocupes por la plaga.

Un abrazo,
TERRA

Puesto de Avanzada Hospital Satélite
Taurus 14, Promontorio Norte 978675644
Órbita Nath

5 de enero

Carmelita O'Hare-Mbotu
Enfermera diplomada
Centro Médico Teton
Jackson Hole Summation City
Wyoming 306548760 Tierra Unida, Sol

Querida Carmie:

Te dije que iba a morirme, pero es mucho peor que eso. Mucho peor. Me despellejaré viva, víctima de un hongo insidioso y maligno.

Aún no tenemos noticias oficiales, pero ello es debido a que las noticias oficiales han de venir del doctor Kelly-Back, y el pobre está hecho una piltrafa. A pesar de ello, sigue trabajando y atendiendo a los enfermos; pero se le va la cabeza y no pone todo el corazón en lo que está haciendo. Carmie, deberías verlo. Tiene que usar guantes gruesos para no arrancarse la piel a tiras. Olga me ha comentado que por las noches ha de sujetarle las manos, porque si no lo hiciera, por la mañana, su marido se despertaría sin la mayor parte de su epidermis. Carmie, tiene una mirada horrible. Como enloquecida. Y suspira y gime mucho.

No existe una cura conocida, Carmie. Ninguna. Y se trata de una enfermedad definitivamente contagiosa. Esta misma mañana me encontré con Olga justo cuando se untaba la punta de la nariz con un anestésico local, pero

me confesó que no le hacía demasiado efecto. Para colmo de males, Glockto, el ordenanza, entró en ese momento y le rogó que le diera un poco de anestesia para su arruga.

Carmie, es tan deprimente que estoy al borde de la catatonia. Justo cuando el doctor Brian-Scott y yo estábamos empezando una relación satisfactoria, sobreviene el desastre. Moriremos en la flor de la vida.

Sé que si él enferma primero, estaré a su lado. Pero ¿y si enfermo antes yo? ¿Seguirá queriéndome si me despellejo toda? Dicen que la belleza es algo superficial, que sólo llega a flor de piel, pero es mentira, Carmie.

Sólo hay una solución. Tengo que pensar en el modo de que salgamos de este cacharro.

Tu amiga, la maquinadora,
TERRA

Puesto de Avanzada Hospital Satélite
Taurus 14, Promontorio Norte 978675644
Órbita Nath

7 de enero

Gladiola Tarkington
Submarítimo 45
Ciudad del Petróleo
Golfo de México 233433111 Tierra Unida, Sol

Querida mamá:

No estoy enferma. Jamás he dicho que lo estuviera. No veo por qué tienes que preocuparte, me encuentro estupendamente.

Los calzones hiadianos no son infecciosos. Las únicas infecciones que cogemos aquí, nos las contagian los pacientes.

He solicitado que me transfieran, pero me dijeron que era imposible hasta que a Olga Kelly-Back no le volviera a crecer la piel.

Tu hija que te quiere,

Puesto de Avanzada Hospital Satélite
Taurus 14, Promontorio Norte 978675644
Órbita Nath

9 de enero

Carmelita O'Hare-Mbotu
Enfermera diplomada
Centro Médico Teton
Jackson Hole Summation City
Wyoming 306548760 Tierra Unida, Sol

Querida Carmie:

Pues bien, no me concedieron la transferencia para abandonar este ataúd de latón, pero los he fastidiado de todos modos. Me ofrecí como voluntaria para una misión especial en las Pléyades II. El doctor Brian-Scott también irá. Al parecer, una de las Madres de las Pléyades II está enferma. Su producción de huevos descendió a cero, y debemos averiguar por qué. De cualquier forma, la población de las Pléyades II se encuentra en declive, pero la verdad es que no pueden permitirse el lujo de perder una Madre. Parece que se trata de un caso interesante; sin duda, algo mejor que el prurito terminal.

Olga es una masa de excoriaciones, y mejor que no te describa el estado del pobre doctor Kelly-Back. Temo de veras por su cordura, Carmie. Está tan quisquilloso que resulta imposible permanecer a su lado. Y eso si te encuentras con fuerzas para intentarlo.

Creímos que los aldebaranos eran inmunes, pero esta mañana al doctor Qotemire se le cayó una escama de la cola durante una operación de cirugía. Quedó terriblemente afectado por este hecho, y la enfermera aldebarana que lo asistía se tornó de un azul tan pálido que creí que se desmayaría. Abandonaré este cacharro justo a tiempo, Carmie. Una cosa es ver la enfermedad en humanos y hiadianos, pero otra muy diferente es contemplar la defoliación del doctor Qotemire. Creo que no podría soportarlo. Ya resulta bastante difícil mirar al doctor Qotemire cuando está sano.

TERRA

P.D.: ¿Qué te parece este itinerario? Mañana tomamos el transbordador que va a las Híades IV y luego el expreso a las Pléyades II. Nuestro puerto de entrada es el Siete Hermanas, el único Domo del Placer en años luz. Pasaremos la noche en el Kublai Kan y luego iremos a ver a nuestra paciente.

Como siempre, tuya,
TERRA

Puesto de Avanzada Hospital Satélite
Taurus 14, Promontorio Norte 978675644
Órbita Nath

9 de enero

Gladiola Tarkington
Submarítimo 45
Ciudad del Petróleo
Golfo de México 233433111 Tierra Unida, Sol

Querida mamá:

Tengo la piel bien. Te preocupas demasiado. Y me preocupa que te preocupes por mí.

No me dejan volver a casa, mamá. Nos envían al doctor Brian-Scott y a mí a las Pléyades II a examinar a una paciente. Pero no te preocupes. Probablemente lo que se dice del Domo del Placer de Siete Hermanas es falso.

Besos,
TERRA

Expreso Pléyades II
Tramo 17° 800880008

10 de enero

Carmelita O'Hare-Mbotu
Enfermera diplomada
Centro Médico Teton
Jackson Hole Summation City
Wyoming 306548760 Tierra Unida, Sol

Querida Carmie:

La vida es sombría. Para mí no existen amaneceres brillantes. No hay un fulgor rosado. El doctor Brian-Scott ha sido atacado por el hongo.

Durante todo el trayecto en el transbordador no cesó de retorcerse, y ahora empieza a rascarse. Justo cuando nuestro amor comienza a florecer, ya ves, cortado de raíz (para utilizar una expresión trillada), de la forma más cruel. No puedo expresarte cómo me siento.

Desoladamente tuya,
TERRA

Domo del Placer
Pléyades II 456765453 Pléyades

11 de enero

Gladiola Tarkington
Submarítimo 45
Ciudad del Petróleo
Golfo de México 233433111 Tierra Unida, Sol

Querida mamá:

No deberías ponerte tan nerviosa por todo. El Domo del Placer es, en realidad, una inmensa nadería. Algo absolutamente manso e inofensivo.

Estoy segura de que la policía nos soltará pronto. Y no te preocupes. Aunque por momentos el doctor Brian-Scott se pone peor, yo sigo muy bien.

Muchos besos y abrazos,
TERRA

Domo del Placer
Pléyades II 456765453 Pléyades

11 de enero

Carmelita O'Hare-Mbotu
Enfermera diplomada
Centro Médico Teton
Jackson Hole Summation City
Wyoming 306548760 Tierra Unida, Sol

Querida Carmie:

Me tienen prisionera en el Domo del Placer de Siete Hermanas. Anoche, cuando llegamos, el doctor Brian-Scott no podía parar de rascarse mientras pasábamos por los trámites aduaneros, y los funcionarios venga a mirarnos de forma rara todo el tiempo. Cuando creí que ya habíamos pasado, se nos acercaron dos seres enormes y nos pusieron bajo arresto. (Digo «seres» porque no sé lo que eran; llevaban unos voluminosos trajes de descontaminación).

Pues bien, nos escoltaron a través de una especie de túnel hasta nuestra celda. Parece una habitación corriente de Floatel, pero que esto no te induzca a engaños, Carmie, en realidad es una celda. Estamos encerrados. En cierto modo nos alimentan y nos cuidan, pero no hemos tenido contacto físico con nadie. Un servosalud entró en la celda y nos tomó muestras.

En un momento en que paró de rascarse, el doctor Brian-Scott llamó a la embajada. Todos fueron muy amables, pero inflexibles. Hemos de quedarnos aquí hasta que obtengamos permiso del Servicio de Salud de Pléyades II.

De modo que ahora estoy prisionera en un agujero pestilente. ¿Quién hubiera dicho que todo acabaría así, Carmie? ¿Te han arrestado alguna vez? ¿Alguna vez pasaste la noche en un Domo del Placer con un hombre atacado por la comezón? Puedes creerme, no es divertido. No es en absoluto divertido.

El servosalud nos dijo que el hongo aurigano no remite ante ningún medicamento conocido en la galaxia civilizada.

Lo que el servosalud no nos dijo fue que todo estímulo placentero empeora las cosas.

¿Sabes lo impotente que se siente una al ver al hombre que ama retorciéndose en una cama de gelatina suplicándote: «Por favor, Terra, haz algo»?

¿Y qué podía hacer yo? El doctor es él.

Desesperadamente tuya,
TERRA

Domo del Placer
Pléyades II 456765453 Pléyades

12 de enero

Querida Carmie:

Nos han soltado. El servosalud acaba de entrar hace unos momentos a comunicárnoslo.

Nos dijo lo siguiente: «Estáis en libertad, podéis abandonar el domo. No intentéis regresar o seréis ejecutados».

¿Te imaginas, Carmie? Vinimos en una misión benéfica y nos tratan de este modo. No veo la hora de largarme de aquí.

El Servicio de Salud de Pléyades II nos informó que podíamos visitar a nuestra paciente fuera del domo. Al parecer, allá fuera hay muchísimos hongos, y los nativos son inmunes a la mayor parte de ellos, incluyendo la variedad aurigana.

Si no fuera una profesional en cuerpo y alma, ni me molestaría en ayudar a la Madre de las Pléyades. Pero como tú ya bien sabrás, querida Carmie, mi dedicación no tiene fin.

Además, no nos queda ningún otro sitio adónde ir. No nos permiten abordar el expreso porque estamos contaminados. Estamos condenados a vagar por la superficie hostil de las Pléyades II, quizá para siempre.

Tuya en estos terribles momentos,
TERRA

Oviporium de la Madre
Ciénaga Malsana
Pléyades II 352344480

13 de enero

Gladiola Tarkington
Submarítimo 45
Ciudad del Petróleo
Golfo de México 233433111 Tierra Unida, Sol

Querida mamá:

Aquí estamos, en el Oviporium. Hemos visto a nuestra paciente, y el doctor Brian-Scott y yo comenzaremos con el tratamiento después del almuerzo, eso si él sigue vivo. Yo me encuentro bien.

Te sorprenderías si te enteraras de las costumbres sexuales de las Pléyades TI. Boquiabierta te quedarías.

Tu maravillada hija,
TERRA

Oviporium de la Madre
Ciénaga Malsana

13 de enero

Carmelita O'Hare-Mbotu
Enfermera diplomada
Centro Médico Teton
Jackson Hole Summation City
Wyoming 306548760 Tierra Unida, Sol

Querida Carmie:

He averiguado por qué lo llaman Domo del Placer. El único placer que se puede llegar a conseguir en este planeta, se encuentra bajo ese domo. En cuanto lo abandonas, afuera llueve todo el tiempo. Todo el tiempo. Todo huele a humedad y a moho.

La Madre de las Pléyades II está enferma. Cuando llegamos, una especie de espasmo la tenía acurrucada como una pelota. Como siempre has llevado una vida protegida, allá en la Tierra, quizá te hayas olvidado de las lecciones de Fisiología Alienígena, Carmie querida. La Madre mide unos tres metros de largo y se parece mucho a un ciempiés. Dejó de poner huevos y, al parecer, tiene muchos dolores. Claro que resulta difícil precisarlo, porque está completamente ciega, sorda y muda.

Al cabo de unos instantes comenzó a retorcerse. Sus criados se asustaron. La rodearon gimoteando y retorciendo las antenas, mientras el doctor Brian-Scott estaba por ahí y se rascaba. Le practicó luego una revisión interna y, entre rascadura y rascadura, anunció: «Creo que se trata de una obstrucción mecánica del ovipositor».

Me pareció interesante, por eso le eché un vistazo a la cola, pero el doctor Brian-Scott me dijo que estaba mirando por el extremo que no era. El ovipositor de la Madre se encuentra justo debajo de la boca. ¿Te imaginas, Carmie?

Entonces, sin dejar de rascarse, el doctor me dijo: «Será mejor que le coloquemos un paño protector».

Comentó que cuando terminase de dilatarle el ovipositor, los huevos comenzarían a salir. «Cuando lo hagan —dijo—, la Madre comenzará a lanzar litros de fluido por los poros laterales para cubrir los huevos».

De manera que tengo que ponerme un traje de plastilina para evitar que el jugo me toque.

Ya te contaré lo que ocurre.

Obstétricamente tuya,
TERRA

Oviporium de la Madre
Ciénaga Malsana
Pléyades II 352344480 Pléyades

14 de enero

Carmelita O'Hare-Mbotu
Enfermera diplomada
Centro Médico Teton
Jackson Hole Summation City
Wyoming 206548760 Tierra Unida, Sol

Querida Carmie:

¡Estoy exaltada! Jamás adivinarías lo que ha ocurrido. Cuando nos pusimos los trajes, el doctor Brian-Scott dilató el ovipositor de la Madre y, efectivamente, los huevos blancos comenzaron a salir en un torrente continuo. La Madre los cogía uno por uno con sus patas anteriores y los hacía rodar por su cuerpo hasta llegar a la cola. Mientras tanto, un fluido marrón no cesaba de manar de las aberturas que tiene en el costado del cuerpo. Cuando los huevos llegaban a la cola, habían adquirido un tono amarronado; estaban completamente cubiertos de fluido.

El pobre doctor Brian-Scott tenía un aspecto abyectamente desdichado dentro de su traje de plastilina. Este hecho no hizo más que exacerbar su estado hasta un extremo insoportable.

Mientras daba vueltas bailando sobre un pie y luego sobre el otro, y no paraba de rascarse con una expresión enloquecida en el rostro, me pregunté por qué la Madre tendría que escupir esa cosa sobre los huevos. El doctor dejó de rascarse y de bailar, y durante la pausa, le dio tiempo para explicarme: «Así se evita que los huevos se pudran. Hay tanta humedad que los hongos destruirían los huevos en un santiamén».

Entonces se me ocurrió la brillante idea. Sugerí: «¿Te parece que ese jugo serviría para paliar los efectos del hongo aurigano?».

Mi sugerencia tuvo en él unas sorprendentes consecuencias. Se quedó inmóvil, como si se hubiera convertido en plexiglás o algo por el estilo. Luego, después de una larguísima pausa, saltó por los aires y comenzó a arrancarse las ropas.

Fue increíble. Ahí estaba, desnudo, con la piel enrojecida por la comezón, delante de todo el mundo. Tendió una mano y comenzó a embadurnarse con esa asquerosa sustancia amarronada y espesa. Mientras lo hacía, lanzaba felices gemidos, sin dejar de embadurnarse. Carmie, prácticamente se abrazó a la Madre.

No puedes imaginarte lo mortificada que me sentí. Por suerte, la Madre está ciega, sorda y muda; de no haber sido así, cualquiera sabe cómo habría reaccionado. Imagino que sus criados habrán pensado que era parte del tratamiento.

Me puse furiosa. Podía haberse matado. Jamás he visto un experimento menos científico; al menos podría haber probado untándose una pequeña parte del cuerpo. Fue una suerte que no se le cayera la poca piel que le quedaba.

Pues bien, al cabo de un rato estaba completamente marrón, igual que los huevos, y tenía en el rostro una sonrisa beatífica.

Cuando vi aquella sonrisa, dejé de sentirme mortificada.

Entonces me dijo (fíjate, recuerdo sus palabras textuales): «Terra, te quiero».

Cuando regresemos nos llevaremos recipientes con el jugo de la Madre para curar la plaga. Las Autoridades Portuarias manifiestan que podemos subir al expreso una vez recibido el tratamiento.

Me siento como *Madame Curie*.

Majestuosamente tuya,
TERRA

Puesto de Avanzada Hospital Satélite
Taurus 14, Promontorio Norte 978675644
Órbita Nath

16 de enero

Gladiola Tarkington

Submarítimo 45

Ciudad del Petróleo

Golfo de México 233433111 Tierra Unida, Sol

Querida mamá:

No hace falta que vengas a verme. Estoy bien. Preferiría que no llamasas al doctor Kelly-Back en estos momentos, todavía sigue débil por lo de la plaga.

Todos recibimos el tratamiento. El doctor Brian-Scott dice que las manchas marrones se van al cabo de unos meses.

Mientras tanto, me pondré a estudiar. En vista de mi interés en las costumbres reproductoras de las Madres de las Pléyades II, el doctor Brian-Scott dice que va a enseñarme los hábitos reproductores más interesantes de toda la galaxia.

Tu solícita hija,

TERRA

Respuesta a El estallido del ORÁCULO de Blabbage

(Viene de aquí)

La doctora Loveface pensó en el siguiente acontecimiento: «ORÁCULO hará su siguiente predicción encendiendo su luz roja». Esto obligaría al ordenador a caer en una contradicción lógica. Si encendía la luz roja para decir «no», la predicción estaría equivocada porque, de hecho, la luz roja se habría encendido. Si encendía la luz verde para decir «sí», esto también estaría equivocado, porque sería la luz verde la que se hubiera encendido, no la roja.

Mientras el profesor Blabbage se estaba recuperando, la doctora Loveface le consultó el acontecimiento a ORÁCULO y le pidió que hiciera una predicción al respecto. Los circuitos del aparato entraron en un ciclo cerrado de sí no, produciendo un sonido zumbante que fue creciendo en intensidad hasta que, de repente, el ordenador estalló en pedazos, destruyendo el trabajo de toda la vida del profesor.

Hay muchas variantes a esta paradoja básica, que muestran que, bajo ciertas condiciones, las predicciones del futuro son, en principio, imposibles. En la actualidad hay mucha literatura sobre estas paradojas de las predicciones, incluidos varios ensayos del famoso filósofo científico británico Karl Popper.

¿Puede pensar usted en otra versión de la paradoja del ordenador, tan simple que se la pueda hacer sufrir a un amigo con sólo una docena de palabras?

Vea la respuesta aquí.

La cascada de agua fría y caliente

Stephen Tall

Alpinista y ecólogo, el veterano escritor Stephen Tall nos ofrece en este relato, más próximo a la fantasía que a la ciencia ficción propiamente dicha, un canto entre poético y humorístico sobre el viejo y siempre vigente tema de la comunión del hombre con la naturaleza.

Hubert vivía cerca de la cascada. En realidad, esta afirmación es demasiado simple para describir los hechos. Para ser más correcto, Hubert había acampado junto a la cascada hacía varios veranos y había llegado a considerar el sitio que ocupaba su cobertizo en el cañón como su propia casa. Le gustaba el ruido del agua; le gustaba el fresco de ese pequeño cañón; le gustaba la soledad. Para Hubert, como veremos, no se trataba de soledad.

Las preocupaciones de Hubert no eran ni profundas ni complejas. Disfrutaba del paisaje que ofrecían las montañas. Le gustaba el aire. La ducha de agua helada que tomaba en la cascada hacía que el desayuno le supiera a gloria. Desde la cumbre, el amanecer se veía mejor; luego, cuando el sol empezaba a quemar, se sentaba debajo de un viejo pino partido por un rayo y derribado por el viento a disfrutar del fresco.

Los vientos que se arremolinaban alrededor de la cara desierta del acantilado corrían debajo del árbol cuando el aire se hacía agobiante. Hubert empezó a creer que podía convocarlos cuando quería. Hasta llegó a reconocer a uno de los vientos. Lo llamó Wilfred. Y una vez que quedó claro que se interesaba por el árbol viejo, azotado y partido, los vientos nunca más volvieron a soplar con fuerza sobre el pino.

De alguna forma, nunca más fue objeto de la furia recia de una tormenta en las montañas.

Sobre la pradera de la tundra florecían millones de florecillas de tallos cortos; y ellas atraieron a las mariposas. Al principio estaban dispersas aquí y allí. Luego empezaron a congregarse y volaban sobre los campos de flores en nubes multicolores. Hubert las encontró interesantes, como todo lo que había en la montaña. Empezó a darles de comer.

Barney, la cascada, era apenas una parte, un segmento del arroyo que a su vez recibía agua de los numerosos hilillos que bajaban de las cumbres heladas de la montaña y de las fuentes subterráneas que salían a borbotones de las rocas. Éstas, a su vez, debían su existencia a la montaña. Sin el agua, la montaña hubiese carecido de vida, hubiese sido estéril. Se necesitaba de todas esas cosas juntas para hacer de aquel lugar lo que era.

Hubert era poeta. Todo el mundo sabe que eso no es gran cosa como trabajo. Poca gente se enriquece con ello. Muchos casi se han muerto de hambre. Quizás hasta se hayan muerto. Pero Hubert no pertenecía a ese tipo de poetas. Para él, la poesía no era tanto un trabajo sino más bien una excusa. Hubert no escribía poesía sino que la vivía. Y un día descubrió que su lugar estaba en ese lado de la montaña.

Pasaba allí sólo los veranos. Nadie sabía dónde pasaba los largos meses invernales y quizás era mejor así. Porque, durante el invierno, Hubert tenía un trabajo, veía la televisión e iba a partidos de fútbol y era como todo el mundo. Pero con la primavera empezaba a mostrarse inquieto. Pensaba cada vez más en la montaña, en el aire puro, en la brisa agradable de los campos helados. En un momento dado, dejaba el trabajo, hacía su equipaje y al poco tiempo, alguien en el pueblo que se encontraba en el valle decía:

—Ya es primavera en la montaña. Hubert ha levantado su cobertizo al lado de la cascada y está sentado allí arriba escribiendo sus benditos versos.

Era algo así como el regreso de las golondrinas a Capistrano.

Los rancheros de la zona habían dejado, hacía mucho tiempo, de usar la ladera de la montaña como lugar de pastoreo. Los pastores lo habían intentado en el pasado pero allí arriba crecía tanta espuela de caballero y astrágalo que las ovejas se morían en vez de engordar. Los carneros de los despeñaderos eran más listos y sobrevivían. Así que la montaña lo tenía todo y Hubert, cada vez más, formaba parte de ella.

Hubert compraba las provisiones en el pueblo. No eran muy distintas de lo que cualquier otra persona hubiese comprado. Tampoco compraba mucho de

golpe porque tenía que subirlo todo a cuestas hasta su campamento. Pero un día su compra llamó la atención.

—¿Por qué —se preguntó el tendero— querrá cinco kilos de azúcar? Medio kilo de té le durará hasta mediados del verano. Seguro que allí no hace tortas. ¿Para qué lo querrá?

—Quizás le guste algo más fuerte que el té —dijo un granjero—. Quizás le guste hacérselo él mismo. Sabes tan bien como yo que no se sienta allí sobre las rocas sólo a escribir poesía.

—Con cinco kilos de azúcar no va a hacer mucho alcohol —dijo el tendero—. Tampoco va a comérselos solo. No, es para otra cosa, seguro.

—No hace mal a nadie, al menos —dijo el granjero—. Se sienta allí arriba y no molesta. Un poco simple, me parece.

—Hubert no es simple —negó el tendero—. Sabe cuándo tiene que irse y cuándo es tiempo de volver. Y tiene dinero. Tampoco necesita mucho, pero cuando quiere algo, lo compra. Y además paga al contado. Nunca pide crédito. Tampoco habla mucho. Compra lo que necesita y se va arriba a la montaña.

Así que, sin querer, sin ni siquiera imaginárselo, Hubert empezó a llamar cada vez más la atención. Cada vez se le hacía más difícil encontrar tiempo y espacio para él mismo; cada vez más difícil concentrarse en lo que le interesaba.

Durante ese verano, la gente empezó a subir la larga cuesta, en especial los domingos. Hubert no se mostró amable con ellos, pero tampoco podía hacer nada. Después de todo, la montaña no era suya. Así que se limitó a sentarse debajo del viejo pino, y cuando alguien aparecía por allí, se quedaba con la mirada perdida en la distancia y luego garabateaba algo en un cuaderno. Cuando alguien lo importunaba con preguntas, Hubert le leía los versos. Para la mayoría, lo que les leía no tenía ni pies ni cabeza. Y eso era lo que Hubert quería.

Pero la gente del lugar no pudo descubrir lo que hacía con el azúcar.

Eso tampoco ayudó a mejorar la imagen de Hubert. Se siguió hablando de él en la tienda del valle.

—Dijiste que no era un simple —le comentó el mismo granjero al tendero—. ¿Sabes para qué quiere el azúcar? ¡Para dárselo a las mariposas!

—Lo creeré cuando me lo cuente alguien que lo haya visto con sus propios ojos —dijo el tendero—, entonces hablaremos.

—Willie Thatcher lo vio. Willie se escondió detrás de unas rocas y lo espío durante medio día. Dice que las mariposas se arremolinaban alrededor

de Hubert como pollos hambrientos. Dice que las llamó y vinieron.

El tendero se quedó pensativo.

—Sea lo que sea Hubert, lo que no se puede negar es que Willie es un tonto —dijo—. Sin embargo, creo que no se puede haber inventado algo así. No es tan listo.

Lo que Willie contaba era lo que había visto. Era cierto que Hubert les daba de comer a las mariposas. Siempre le habían gustado, en especial cuando la tundra estaba toda florecida. Entonces eran numerosas, de todo tipo, revoloteando sobre las altas colinas. La idea se le ocurrió cuando vio tres o cuatro revoloteando sobre el borde de su vaso de té, todavía con azúcar húmedo en el fondo. Las observó sin moverse mientras ellas desenrollaban los largos sifones tubulares y absorbían el dulce líquido.

—Os gusta el dulce, ¿no? —dijo—. Claro que sí. Eso es lo que sacáis de las flores. Bueno, quizás os pueda fabricar un poco.

Disolvió unas cucharadas de azúcar en agua, luego machacó unas campanillas que había allí cerca y las agregó. Vertió la mezcla en varias latas y tapas de tarros.

—Seguro que cada una de vosotras tendrá su gusto favorito —dijo—. En esta mezcla hay para todos los gustos.

Y así diciendo, dispuso los recipientes sobre las rocas y entre las flores.

A las mariposas les gustó el líquido y antes del mediodía se lo habían bebido todo.

Hubert no sabía en qué momento los insectos habían empezado a relacionar la golosina con la cascada, pero al poco tiempo no quedaba ninguna duda de que lo habían hecho. Se duchaba, preparaba su desayuno y hacía una mezcla de néctar. Cuando se iluminaba la vertiente rocosa y el aire se entibiaba, las mariposas venían hacia él desde todos los rincones del prado soleado. Y cada día venían más. Cada día le quedaba menos azúcar. Fue entonces cuando compró los cinco kilos.

Willie estaba en lo cierto cuando dijo que Hubert les hablaba a las mariposas. Si hubiese tenido imaginación suficiente como para entenderlo, se hubiese dado cuenta de que Hubert hablaba con todo. Es más, se hubiese dado cuenta de que Hubert no consideraba que lo suyo fuese un monólogo. Hubert no se limitaba a hablar. Conversaba. Le contestaban.

Estaba la cascada. La cascada, especialmente. Hubert le había hablado a la cascada durante años. Era su más vieja amiga. Fue la primera en contestarle.

Cuando se decidió a instalar su primer cobertizo, Hubert lo puso al lado de la cascada a propósito. Le gustaba el ruido del agua, y la fuente que estaba

debajo era clara y pura. Hubert pensó que de allí salía la mejor agua de toda la montaña.

La cascada fue la ducha de Hubert desde el comienzo. Al principio se lo pensó un poco porque el agua venía directa de las cumbres heladas y si Hubert se hubiese quedado allí debajo más de un minuto se hubiese quedado rígido. No obstante, tenía algo de espartano en su naturaleza y descubrió que entrar y salir de allí corriendo era estimulante. Con los dientes castañeteándole, se secaba con una toalla y corría hasta ponerse al sol para calentarse.

Luego empezó a hablar con la cascada. Para que todo fuese más personal, más humano, ya le había dado el nombre de Barney.

—Barney, eres una cascada maravillosa; se está bien aquí. No acamparía en ningún otro lugar de la montaña. Pero la verdad, eres muy fría. Ya sé que no puedes hacer nada para evitarlo, sabiendo de dónde viene tu agua. Pero no estaría mal si pudieses estar un poco más tibia por las mañanas. Un poco al menos cuando tomo la ducha, ¿qué te parece?

Era una extravagancia que lo divertía y cada mañana cuando alargaba la mano para probar el agua helada, le decía:

—¿Tan fría como siempre, Barney? ¡Vamos! ¡No te costaría nada si quisieras! —Y le gustaba creer que un estremecimiento, una vibración parecía correr por la superficie de la cascada. Luego el agua seguía su curso.

Una mañana tuvo una respuesta más concreta. Estaba de pie, tembloroso, temiendo y al mismo tiempo deseando la ducha, con el brazo extendido para probar el agua, cuando la cascada le hizo una jugarreta. De pronto, la lisa superficie del agua se abrió y una roca, que hasta ese momento permanecía sumergida, transformó el chorro en una fina ducha de agua helada que bañó a Hubert, desnudo. El alarido que le arrancó el repentino remojón helado se hubiese podido ir hasta media montaña abajo, si alguien hubiese estado allí para escucharlo.

Cogió la toalla y se quedó mirando fijamente la superficie, otra vez lisa, del agua. No se veía ninguna señal de lo que hubiese podido provocar semejante ducha.

—¡Diablos, Barney, juraría que lo has hecho a propósito!

La cascada era una lámina brillante que bajaba suavemente. Nada había cambiado.

—Si lo has hecho una vez podrás hacerlo otra —dijo Hubert—. A ver —la conminó—, ¡hazlo otra vez!

Por si acaso, se puso al resguardo. Y, al cabo de un momento, la cascada volvió a hacerlo. Se abrió y, otra vez, el chorro de agua se transformó en una ducha.

—¡Bravo! —gritó Hubert—. ¡Bravo! Ahora si pudieses conseguir que el agua no estuviese tan fría por las mañanas... —Se le escapó una risita— te lo agradecería mucho.

Volvió a pensar en ello por la mañana, una y otra vez, mientras daba de comer a las mariposas. Luego hizo su caminata habitual hasta la cima de la montaña y más tarde, cuando hacía demasiado calor como para no estar a la sombra, volvió a su sitio favorito debajo del pino quemado y arrasado. Era allí donde escribía la mayoría de sus versos. Pensó que podía escribir algo sobre Barney, después de lo que había pasado por la mañana, pero su musa se había tomado el día libre y no pudo producir nada que valiese la pena guardar.

—La poesía, George, es algo que no se puede forzar. Te sale o no te sale.

Cualquiera se hubiese dado la vuelta para buscar a George antes de darse cuenta de que Hubert estaba hablando con el pino.

—Seguro que la mayoría de los versos que escribo aquí no son míos —prosiguió Hubert—. Tú has vivido una vida dura y larga y has visto muchos cambios por estas partes. Hay mucha poesía en tus recuerdos. Sospecho que yo soy el que escribo, pero tú eres el que me dicta. Hasta me siento deshonesto publicando esto con mi nombre, pero no se me ocurre ninguna otra manera de hacerte conocer. Si dijera que mis versos, en realidad, están escritos por George, la gente podría pensar que soy un poco raro.

Hubert se estiró sobre el suave colchón que formaban las agujas del pino y cerró los ojos.

—No, señor, no se puede forzar la poesía —murmuró.

Así que ni siquiera lo intentó. Se puso a dormir la siesta, mientras la sombra se desplazaba siguiendo el movimiento del sol. Muchas de las ramas del viejo George ya estaban casi muertas y el mismo George parecía predestinado a correr la misma suerte. Como había dicho Hubert, George había vivido una vida larga y llena de acontecimientos. Y se estaba por acabar.

Cuando los rayos del sol tocaron el rostro de Hubert, se despertó. Desde las cumbres heladas bajaba un vientecillo fresco. Apenas si agitaba la parte superior de las flores de tallo corto sobre las colinas y miles de mariposas estaban colgadas de las flores alimentándose. Hubert olió el aire fresco con gran placer.

—Gracias, Wilfred —le dijo al viento—. Se puede contar contigo como se puede contar con Barney. Y siempre soplas mejor por las tardes, cuando el sol más calienta. Muy oportuno.

Aun cuando no había gente en la montaña, a Hubert nunca le faltaba compañía y cada día tenía una conversación diferente. De hecho, cada día hablaba con la montaña y tenía razones para creer que lo escuchaba. O al menos tenía razones que lo satisfacían a él. La montaña tenía un nombre bastante común en los mapas, pero Hubert la había rebautizado Mahoma.

—Recuerdo que una vez Mahoma no quiso ir a la montaña —se dijo Hubert—, pero si la montaña se llama Mahoma se acabarían los enredos. Así que si no te importa, te llamaré Mahoma.

Al no notar ninguna oposición, Hubert utilizó a menudo ese nombre y descubrió que le resultaba mucho más familiar que decir simplemente: «la montaña». Mahoma, como Barney y Wilfred, tuvo su parte en las conversaciones de Hubert y hasta fue objeto de un poema. Hubert se lo leyó una tarde y la respuesta le pareció favorable. Si el poema tuvo algo que ver con el hecho de que Hubert se encontrase la moneda, nunca se sabrá, por supuesto. Pero los hechos aparecían sospechosamente relacionados.

Vio el resplandor dorado entre las rocas cuando iba subiendo por el filo del acantilado, montaña arriba. La roca estaba siempre a la intemperie, se partía y de vez en cuando se rompía y caía. Hubert sacó la moneda de la grieta y la examinó con interés.

—¿Y de dónde sale esto?

La acuñación era demasiado tosca como para ser moderna y sin embargo no estaba gastada. Y era pesada. Eso y el color amarillo le dijeron a Hubert lo que tenía en mano.

—Oro. —Hubert estudió con detenimiento la extraña cara de la moneda. Las palabras escritas alrededor del borde no eran inglesas—. Creo que es español. Quizás portugués.

Se quedó pensativo.

—Eso significa que si ha estado aquí durante mucho tiempo, quizás sea una de las monedas que usaban los conquistadores. Quizás el tendero me pueda decir algo.

Pero cuando volvió a pensar en ello, se dijo que quizás hablarle o mostrársela al tendero no fuese una idea tan brillante. El tendero era una buena persona, pero no sería capaz de quedarse callado. Vendía algo más que comida y alojamiento. Hacía correr las noticias. Y nadie se creería que aquella era la única moneda que Hubert había encontrado. Quizás la montaña

se viera invadida de buscadores de tesoros. Evidentemente, a Hubert no le interesaba esa posibilidad.

Así que se guardó la moneda en el bolsillo y decidió que no diría nada. Alguien podría explicárselo más tarde cuando se hubiese alejado de la montaña y hubiese tenido tiempo de inventarse una historia verosímil de cómo se la había encontrado. Volvió a mirar en la grieta, pero no vio ninguna otra moneda. Tampoco había ninguna señal de su procedencia.

Al final, cuando volvió al campamento, le habló a la montaña:

—La verdad, Mahoma, parece ser que sólo tú podrías decirme cómo llegó allí. Éste es uno de esos momentos en que sería muy conveniente que hablaras.

Pero, y no es de sorprender, Mahoma no dijo nada. Yacía enorme e inescrutable al sol de la tarde mientras Wilfred soplabla fresco sobre la colina. Las mariposas se estaban colgando de las hojas y dentro de las grietas para pasar la noche. En el cielo volaba un chotacabras.

Hubert no volvió a pensar en el misterio de la moneda. De hecho, después de unos días se olvidó por completo del asunto. Había quedado en el bolsillo mezclada con otras monedas, una navaja y otras cosas raras que había encontrado en sus caminatas por la montaña. Cuando se le llenaban demasiado los bolsillos, como le pasaba cada diez o quince días, Hubert seleccionaba el contenido y volvía a empezar.

Pero todavía no había vaciado los bolsillos cuando tuvo que hacer un viaje al pueblo a comprar algunas cosas que le faltaban. Entre otras cosas, se compró un cuaderno nuevo y, después de pensarlo un poco, otros cinco kilos de azúcar. Como siempre, empezó a buscar cambio en los bolsillos y optó por vaciar todo el contenido sobre el mostrador. La moneda de oro salió disparada y fue a rodar hasta los pies del tendero, que la levantó y la miró con curiosidad.

—Apuesto a que nunca sabes lo que llevas en los bolsillos —le dijo. — ¿De dónde has sacado esto?

Hubert dudó un momento y se dio cuenta de que el tendero lo había notado. Pero se recuperó inmediatamente.

—Es un amuleto de la buena suerte —dijo alegremente—. La encontré el verano pasado en el sendero que sale al este del pueblo. No sé de dónde pudo haber salido.

—Ya —le dijo el tendero mientras se la devolvía—. Aunque no creo que nadie te dé nada por eso. Parece dinero de juguete.

Terminó de envolverle las compras a Hubert y no le dijo nada más. Pero cuando Hubert se fue, uno de los granjeros dijo:

—Eso no era dinero de juguete. Era una pieza de oro.

El tendero asintió con la cabeza.

—Oro de verdad. Parecía una de las viejas pistolas españolas, pero hacía mucho tiempo que no se veía una de éstas por aquí. Era pesada. Buen oro.

—¿De dónde cree que la ha sacado?

—Ya lo ha oído. Quizás sea como ha dicho. A estos poetas, el dinero no les interesa. Ni siquiera sabe lo que tiene en el bolsillo. Para él era un amuleto de la buena suerte.

Otro de los allí presentes, moreno, sucio y de cara alargada, preguntó:

—Eso de que esta persona sea un poeta quiere decir que es un tonto, ¿no?

El tendero hizo una mueca.

—Por lo general, sí —dijo.

—Pero usted no cree que Hubert sea un tonto —dijo el granjero—. Yo le he oído defenderlo.

—Es cierto —admitió el tendero—, pero también es cierto que a veces hace cosas raras. Ya habéis visto que ha comprado más azúcar. Willie Thatcher dice que les da de comer a las mariposas. Y Willie dice que está siempre hablando cuando no hay nadie por allí arriba.

—Bueno, no es que Willie sea mucho mejor —dijo el granjero—. Es un simple. Sólo quiere llamar la atención.

—Demasiado simple como para inventarse algo por el estilo —dijo el tendero. Ya había expresado esa opinión en otra oportunidad.

Todo podría haber quedado allí, pero no fue así. El moreno tenía un amigote; y unas horas más tarde, si alguien se hubiese molestado en observarlos, los hubiese visto confabular.

—Hace cuatro o cinco años que vive allí arriba —dijo el moreno—. Sólo durante los meses de verano. Y el tendero dice que no es tonto. Así... que sabe algo. Ha estado buscando algo. Pero creo que ahora ya ha abandonado la idea. Esa moneda de oro me dice que ha encontrado lo que buscaba.

—Puede que haya oro allí arriba —dijo el otro hombre. Era pequeño, seco, de nariz larga y ojitos de rata—. También oí decir que los indios sacaban turquesas de allí arriba. Pero sólo un tonto podría creer que la montaña acuña el oro que tiene.

—Sabes lo que quiero decir —dijo el otro hombre impaciente—, ha estado buscando un escondrijo. Alguien ha dejado dinero escondido allí

arriba, quizás hace cien años. El tipo ese encontró un mapa o una carta que le habrá indicado dónde buscar.

—Cuentos —dijo el hombre más bajo—. Esas historias de tesoros son más comunes que los castaños en estas montañas. Pero nunca oí que alguien encontrara dinero español como la pieza de oro que tenía ese tipo.

—Siempre hay una primera vez. Seguro que no estaría mal hacerle una visita. La montaña no es suya. Quizás también nosotros podamos disfrutar de unos días de campamento.

—No me vendría mal el cambio —asintió el pequeño.

—Quizás a él le interese participar en una búsqueda del tesoro a medias con nosotros.

—¿Cómo «a medias»?

—Mitad para mí, mitad para ti y nada para él.

—Me parece bien —dijo el hombre pequeño.

Mientras tanto, Hubert había pasado una semana agradable. Se habían producido nuevos cambios que habían variado su existencia. Cada vez había más mariposas que venían desde las colinas. Había algunas especies que Hubert hubiese jurado que no estaban allí antes. Las veía llegar cada día, subiendo por el arroyo del valle hacia la cascada, siguiendo los vientos que bajaban desde las cumbres. Cada mañana ponía más azúcar con agua. Al mediodía ya había desaparecido.

Y lo mejor de todo: finalmente había llegado a un acuerdo con Barney. Durante casi todo el verano había notado que la ducha ya no le parecía tan fría como antes. Cuando la cascada lo salpicaba juguetona, como solía hacer a menudo, la temperatura era tolerable. Y no obstante sabía que el agua provenía de las cumbres heladas, como siempre.

—Barney —le dijo Hubert—, me parece que empiezas a entenderlo. Cuando me meta debajo del chorro esmérate un poco más. Me bastaría con un poco de agua tibia por unos minutos. Después puedes volver a ser tan fría como siempre. Tampoco es cuestión de molestar a las truchas que viven allí abajo.

Se quedó mirando la cascada mientras se quitaba el pijama. (Si alguien hubiese sabido que dormía con pijama, Hubert se hubiese muerto de vergüenza). Varias veces se había imaginado que un estremecimiento recorría la cascada cuando le hablaba. Esta vez no le cupo la menor duda al respecto. Una vibración corrió de un lado al otro de la suave cortina de agua. Barney lo entendió.

Hubert saltó con confianza debajo de la cascada. Sabía lo que le esperaba. El agua estaba tibia.

—¡Ah, oh! —Hubert se giró para gozar mejor del chorro tibio—. ¿No podrías subir un poco más la temperatura? Para poder quitarme un poco la tierra. —Y no se sorprendió cuando el agua salió casi caliente.

—Muy bien. Ahora, fría como siempre. Eso cierra los poros. Como en la sauna.

Barney hizo lo que le pedían y Hubert saltó de la cascada con un alarido.

—¡Poco a poco! —exclamó temblando—. Me parece que vamos a tener que practicar un poco más.

Pero más tarde, cuando se había secado con la toalla, se dio cuenta de que nunca se había sentido mejor en su vida.

Varios días después llegó el *jeep*, traqueteando por la ladera de la montaña. Hubert siempre bajaba de la montaña siguiendo el arroyo hasta dar con el sendero que pasaba por el centro de un bosque. Pero había también una especie de carretera que no estaba mal hasta entrar en el bosque, y a partir de allí, si tenías un vehículo de cuatro ruedas y ninguna consideración para con el vehículo, se podía subir hasta la pradera alpina. A pesar de todo, nunca había sabido Hubert de alguien que lo intentara antes.

—¡Vaya viajecito! —dijo el conductor del vehículo. Era moreno, de rostro afilado y tenía todo el aspecto de necesitar un baño.

—Pero ha valido la pena —agregó, y trató de mostrarse interesado.

Hubert abandonó la sombra de George, donde había estado echado y se les acercó. Wilfred, como buen amigo, sopló el olor del hombre en otra dirección.

—Podrían haber subido andando —dijo Hubert—. Es más fácil y más rápido.

No le hacía ninguna gracia la idea de tener visitantes. En especial de aquel tipo. Los ojitos de rata del pasajero del *jeep* no le inspiraban ninguna confianza, y en cuanto al conductor, sabía que lo había visto en alguna otra parte. Cuando Wilfred se tomó un descanso y le llegó el olor, enseguida supo dónde.

—Traemos lo necesario para acampar —le explicó el hombre—. Pensamos quedarnos una semana por aquí. Hacer algunas caminatas, un poco de pesca y quizás hasta una búsqueda de tesoros.

Miró a Hubert con detenimiento cuando mencionó lo del tesoro pero Hubert se limitó a sonreírle.

—Hace varios veranos que vengo por aquí, pero nunca he oído hablar de tesoros. Aunque es cierto que aquí existen tesoros para un poeta. El paisaje. Los sonidos. Olores. Eso es lo que yo hago: escribo versos.

—Ya nos lo habían dicho. —Lo dijo el de los ojos de rata—. Supongo que le irán bien los negocios.

—Éste ha sido un buen verano —contestó Hubert, y por dentro se dijo: hasta hoy.

—No le vamos a molestar —dijo el hombre más pequeño—. ¿Dónde acampa usted?

—En el cañón pequeño, un poco más allá, debajo de la cascada. No hace tanto frío por las noches. Está abrigado.

—¿Y no es ruidoso? ¡Con toda esa agua cayendo!

—Ya estoy acostumbrado —dijo Hubert—. Hasta la echaría de menos. Y está bien para bañarse. La cascada es una buena ducha. Pueden acampar un poco más abajo de donde yo estoy.

—Vale —dijo el moreno—, quizás sí; además este mes todavía no me he bañado.

Continuaron hasta la orilla del arroyo, y más tarde, Hubert oyó el ruido de un hacha cuando estaban cortando los palos para la tienda.

—George —dijo Hubert—, seguro que si no fuera porque yo estoy aquí recostado, te usarían de leña para el fuego.

Por supuesto, no esperaba ninguna respuesta; sin embargo, una brisa fragante, que quizás tenía algo que ver con Wilfred aunque viniese de otra dirección, aflojó una de las ramas muertas de George y al caer produjo un ruido seco.

—Me imagino cómo te debes sentir —dijo Hubert.

No volvió a ver a sus vecinos durante el resto del día. Habían montado una tienda de techo remendado y dentro tenían unos sacos de dormir. Después se habían ido a través del prado hasta el acantilado. Se pasaron la tarde buscando algo en el fondo, volviendo las piedras al revés, trabajando mucho más de lo que Hubert sé hubiese podido imaginar. Sacudió la cabeza. Ahora sabía lo que estaban buscando.

Había terminado la cena y las estrellas llevaban horas en el cielo cuando regresaron. Los oyó tropezar y maldecir mientras preparaban el fuego para la comida. ¡Menos mal que habían acampado varios metros más abajo en el arroyo! Había menos probabilidades de que viniesen a visitarlo. Y Hubert prefería el ruido del agua.

No consiguió dormir tan bien como solía, pero no pensó que existiese un peligro inmediato. Estaba seguro de que sí lo habría más adelante, y trató de pensar bajo qué forma aparecería. Cuando rompió el día, ya estaba preparado para la ducha. Sus pensamientos también volaron a una tetera repleta, *bacon* y bizcochos con, quizás, un poco de mantequilla y miel.

La ducha estuvo perfecta. Barney consiguió la temperatura ideal y Hubert se quedó allí debajo mucho más tiempo del que acostumbraba. Cuando salió corriendo después del final helado, vio que tenía compañía. Los vecinos le habían estado mirando.

—Parece hasta divertido —dijo el moreno—. ¿No está fría? Este riachuelo está frío como el hielo.

Hubert se secó con vigor.

—Está muy buena.

El moreno empezó a quitarse la ropa. Hubert no recordaba haber visto nunca antes alguien que estuviera tan sucio por debajo de la ropa. La peste que despedía lo impregnaba todo.

—Barney —murmuró Hubert—, espero que sepas lo que haces.

El hombre alargó un brazo indeciso hacia la cascada.

—Oye, no está nada fría. ¡Nunca lo hubiese pensado!

Se metió con confianza debajo de la sábana de agua, e inmediatamente un alarido de agonía reverberó por todo el cañón y el hombre salió de la cascada como una bala.

—¡Me he quemado vivo! ¡Cómo quema! ¡Dios mío, me muero!

Pareció notar que estaba con agua helada hasta las rodillas; se tiró al suelo y empezó a revolcarse mientras Ojos de Rata lo miraba dando grandes muestras de asombro y Hubert se había girado para que no le vieran la cara. Le pareció que el juicio de Barney había sido correcto.

Después de unos minutos el hombre se acercó temblando. Se le habían formado unas enormes ampollas en los hombros. Tenía el pecho, los brazos y hasta las piernas rojos y descarnados. Miró a Hubert de reojo.

—¡Esa agua estaba hirviendo! ¿Qué le ha hecho?

La mirada de asombro de Hubert no era completamente falsa. Nunca se había imaginado que Barney pudiese llegar a estar tan caliente.

—¿Yo? ¡Está loco! ¿Cómo podría calentar el agua de la cascada? Yo acabo de salir y me pareció que estaba muy bien.

Cruzó la piedra y puso la mano debajo de la cascada. Ojos de Rata lo siguió.

—A mí no me parece que esté caliente —dijo Hubert—. Me parece más bien fría, en todo caso.

Ojos de Rata la probó con un dedo.

—Está helada —dijo—. Helada. Ni loco me metería ahí abajo. Moriría congelado.

El hombre de la cara alargada se tocó las ampollas con cariño.

—¿Y qué creéis que son estas cosas? ¿Helados de fresa?

—Creo —dijo Ojos de Rata— que el problema es que no estás acostumbrado al agua.

El hombre escaldado recogió sus harapos y los dos descendieron por el arroyo hasta el campamento. Hubert oyó los murmullos de sus voces hasta que se acostaron, y una vez el hombre moreno lo miró de una forma que no le pareció muy amistosa. Pero Hubert no entendía cómo podrían relacionarlo con los cambios de temperatura de la cascada. No sabía cómo lo harían, pero seguro que lo harían. A pesar de todo, se sintió satisfecho.

—Muy bien, Barney, muy bien —le dijo.

Y la cascada vibró debajo de su manto de agua clara.

Después del desayuno, que Hubert disfrutó más que nunca, preparó la ración de azúcar de cada mañana y fue a distribuirla. El sol empezaba a calentar el prado alpino. Las mariposas empezaban a despertarse. Wilfred soplaba suavemente a ras de suelo y los insectos se movían en nubes multicolores. Hubert llenó todas las latas y las tapas de los jarros, después pasó media hora rociando el néctar que le había sobrado sobre las flores y sobre las hojas tiernas. Fuera donde fuese, las mariposas revoloteaban a su alrededor, se prendían de sus cabellos, colgaban de su ropa, de sus manos y del borde del cubo con el néctar. Caminaba despacio, erguido, un arco iris de colores, una columna viva de luz.

—Vamos chicos —les dijo Hubert, y luego agregó—: y chicas —pensando en las feministas—, esto es todo por hoy. Nada más hasta mañana. Id por ahí a ganaros un poco la vida. Yo ya no puedo daros más.

Todas las mañanas les decía lo mismo y siempre le respondían. Poco a poco empezaban a alejarse, desparramándose por toda la ladera de la montaña, posándose sobre esta o aquella flor al pasar.

—Mahoma —dijo Hubert—, en el verano siempre llevas vestidos nuevos. Me alegro de poder servirte de ayuda.

Por supuesto, la montaña no le contestó, pero a Hubert le parecía apropiado hacerle algunos comentarios de vez en cuando. Le parecía, por esa extraña forma de pensar que tienen los poetas, que a Mahoma le hacía gracia.

Durante los dos días que siguieron, Hubert casi no vio a sus vecinos. No volvieron a su campamento, y menos aún a bañarse. Daban vueltas por toda la montaña. De vez en cuando los veía allí arriba en las rocas, hurgando en las grietas, entrando y saliendo de las cuevas que iban descubriendo. Hubert sabía que también lo observaban, pero eso tampoco les era más provechoso que dar vueltas por la montaña. Sobre cómo gastaba su tiempo, no había ningún secreto, y tenía la sospecha de que para sus vecinos, su vida no tenía ni pies ni cabeza.

Hubert les daba de comer a las mariposas, se estiraba a la sombra de George y hacía anotaciones en un cuaderno, dormía la siesta mientras Wilfred refrescaba el calor de las rocas con un soplo helado de las cumbres. Y el segundo día, fue precisamente al despertarse de la siesta cuando se encontró con los dos buscadores de tesoros a su lado.

El moreno lo estaba mirando con detenimiento. No era una mirada amistosa. Esa primera impresión quedaba subrayada por un pequeño revólver negro que el individuo blandía en su mano.

—Se nos ha acabado la paciencia —le dijo—. Me parece que ahora tendrá que mostrarnos dónde está escondido.

Hubert pensó que se encontraba en apuros, así que continuó como siempre.

—Si me dijeran de lo que están hablando, quizás podría ayudarles. Y ya puede guardar ese revólver. Yo no llevo armas y ustedes son dos.

—Me gusta tenerlo a mano —dijo el hombre. El escaldado seguía echando la misma peste; después de todo, también seguía con la misma ropa.

—Ya sabe lo que buscamos —dijo el hombre—. Dinero. Dinero antiguo. No somos tontos. Sabemos que ha estado buscando un tesoro por estas rocas. Y sabemos que lo ha encontrado. Ahora está haciendo tiempo hasta que lo pueda sacar sin ser visto.

—Ah —dijo Hubert—. La moneda de oro que vieron en la tienda. —Se quedó pensativo—. Es bastante sospechoso. Pero si hubiese encontrado un escondrijo con dinero, ese dinero sería mío, ¿no? ¿Qué tienen que ver ustedes?

—Somos sus socios —dijo Ojos de Rata—. Lo encontramos juntos. Y su parte se va reduciendo cada minuto.

Hubert suspiró, pero su cerebro estaba funcionando a toda velocidad en busca de una idea salvadora. Se daba cuenta de que la situación era muy peligrosa. Ni la poesía ni una conversación inteligente le servirían de mucho en esta ocasión. Estos individuos no entenderían nada.

—¿Me puedo sentar? Pienso mejor cuando tengo la cabeza más arriba de los talones.

—Piense en dónde está el dinero. Eso no le costará mucho.

Hubert se recostó sobre el tronco de George y empezó a moverse despacio para que el hombre con el revólver no pensase que quería hacer otra cosa.

—Me gustaría saberlo —dijo—. Me ahorraría algunos problemas. Pero la verdad es que he encontrado esa sola moneda. Tengo que admitir que la he encontrado entre las rocas, junto al acantilado. Pienso que alguien la debe de haber perdido, alguien que pasaba. —Se encogió de hombros—. De verdad, no me interesa eso de buscar tesoros.

—Vale, pero nadie se lo cree —dijo el hombre más pequeño—. Ahora tiene la cabeza levantada, pero todavía no ha pensado lo suficiente. Lo que necesita es tiempo.

Había venido preparado. Sacó varios metros de cuerda como la que se usa para atarle las patas a los terneros y le ató las manos por detrás. Lo hizo con habilidad.

Luego con otra cuerda le ató los tobillos, dejándole un poco de cuerda para que pudiese andar apenas.

—Le gusta estar debajo de este árbol, así que aquí se quedará. Pero será mejor que le atemos para que no se vaya a dar vueltas por ahí.

Sacó otra cuerda más gruesa que pasó entre las piernas de Hubert y por encima de un hombro y se la ató con fuerza a la espalda.

En seguida ató el otro extremo de la cuerda alrededor del tronco del viejo pino.

—Así ya se podrá mover bastante. Bastante como para comer un poco de pasto. Porque eso será todo lo que comerá hasta que nos diga dónde está el dinero.

Los ojitos de rata brillaban y Hubert pensó que la comparación no podía haber sido mejor. Y él odiaba las ratas.

—Y otra cosa —dijo el hombre—. No grite. Siuviésemos que amordazarle, ni siquiera podría comer pasto.

—No vale la pena —dijo Hubert—. Nadie me oiría.

—Vale —dijo el hombre moreno—. Mejor para usted.

Se fueron a través de la pradera, pasaron al lado del *jeep* estacionado al borde del arroyo y, cuando bajaron a su campamento, los perdió de vista.

—Bueno, George —dijo Hubert—, creo que estoy en un lío muy gordo. No quiero ni pensar en lo que me estarán haciendo en el campamento, en este preciso momento. Si se te ocurre algo, dímelo.

A George no parecía ocurrírsele nada, porque sus pocas ramas siguieron colgando inertes en el aire todavía quieto de la tarde. Wilfred apenas si se hacía notar. Hubert probó moverse un poco y notó que las cuerdas estaban muy bien anudadas. El hombre más pequeño sabía lo que hacía. Al final Hubert deslizó la espalda contra el tronco del árbol, consiguió sentarse en una posición un tanto incómoda y se puso a pensar.

—Ya entiendo —dijo—. Les diga o no algo del tesoro, ya no aguantan más. Tendrán que irse. Lo interesante sería saber qué es lo que piensan hacer conmigo, Al menos para mí sería interesante. Porque lo cierto es que no podré mostrarles dónde está el oro.

Como no podía hacer otra cosa, Hubert siguió mirándolos. Volvió a ponerse de pie. Y empezó a sentir una corriente extraña que le pasaba por debajo de los pies, como si todas las fuerzas a su alrededor se estuviesen preparando para entrar en acción. Hasta el poco follaje del viejo George parecía haber cobrado vida. Las ramas temblaban y, sin embargo, la brisa era casi imperceptible.

En la ancha banda soleada del prado volaba una nube de mariposas. Hubert notó de repente que todas volaban en la misma dirección. Y cada vez había más mariposas. Se oyó el motor del *jeep* que arrancaba. El vehículo retrocedió, dio media vuelta y se dirigió hacia el viejo pino, con el moreno al volante. Las mariposas empezaron a cubrir todo el parabrisas. Se arremolinaron alrededor de los dos pasajeros, revoloteando y arrastrándose sobre ellos. El conductor sujetaba el volante con una mano y con la otra espantaba los insectos.

—¡Quítamelas de encima! —gritó—. No veo nada. Malditos bichos, ¿qué diablos les pasa?

El nombre más pequeño empezó a dar golpes con la gorra, pero el *jeep* apenas si se movía. Después de todo, esa parte de la montaña y hasta la pradera estaban cubiertas de rocas. Hubiese sido muy fácil averiar el coche. Y ellos querían salir de allí con el *jeep* entero, después de haber arreglado las cuentas con Hubert.

—Si no nos dice nada, ¿qué hacemos?

—Dejarlo donde está —dijo el moreno—. Ya se soltará. Tardará un poco.

—Cuando los ato yo, no pueden soltarse —dijo Ojos de Rata—. Y cuando se muera, a alguien se le podría ocurrir que ha sido un asesinato. —Hizo otro gesto para sacarse de encima las mariposas que volvían a descender sobre el *jeep*.

—Si está muerto no podrá decirle nada a nadie. De todas formas, seguro que se morirá, porque es demasiado tonto como para soltarse. No será culpa nuestra. —El moreno agitó el brazo y aplastó varias mariposas contra el parabrisas—. ¿Qué diablos les sucede a estos bichos?

—Quizás sea él que las manda —dijo el hombre más pequeño—. Les da de comer.

—Eso no tiene sentido. Nadie les puede impartir órdenes a los insectos.

Y a decir verdad, Hubert estaba tan asombrado como ellos cuando vio venir hacia él el *jeep* cubierto de mariposas. Estaban apenas a unos pocos metros de él, cuando toda la montaña pareció temblar. El *jeep* se paró de golpe.

—¡Dios mío! —oyó gritar al conductor—. ¡Es un terremoto!

—¡Sigue adelante! —gritó el otro—. ¡Si conseguimos llegar hasta la carretera podremos salir de aquí!

El *jeep* dio un salto hacia adelante y otra nube de mariposas descendió sobre ellos. La montaña volvió a estremecerse. La tierra hizo un ruido como si se estuviera rajando. Hubert se giró al notar que las cuerdas cedían. El viejo George se movía poco a poco y en su base se estaba abriendo una gran brecha que le arrancaba las viejas raíces debilitadas y le hacía perder esa base que lo había mantenido en pie durante siglos.

—¡Alto! —gritó el hombre—. ¡Cuidado con el árbol!

George se cayó como en cámara lenta. Su enorme tronco golpeó casi con suavidad sobre el camino donde estaba el *jeep*, y luego el estruendo del golpe estalló por todas partes, saltó, se extendió por todas las rocas de la montaña.

Hubert tuvo la certeza de estar muerto. Seguramente los hombres en el *jeep* también pensaron lo mismo, porque ni siquiera se tomaron la molestia de mirarlo. Con la carcasa de George cerrándoles el paso se habían vuelto como locos.

Hubert se dio cuenta de que si hubiese estado muerto no podría haber visto lo que estaba viendo. El golpe lo había dejado aturdido, pero no le dolía nada. Giró hasta quedar sentado y luego se puso de pie. Estaba todavía atado, pero al menos se había librado de la soga que lo sujetaba a George. Hubert salió como pudo de entre los trozos de madera y astillas, arrastrando la soga detrás de él.

El *jeep* había conseguido salir adelante. George había caído en el medio del camino, pero el conductor estaba intentando pasar, con mucha habilidad, entre los escombros y las ramas. El *jeep* saltaba y crujía, pero seguía adelante. Desde esa extraña e incómoda posición, Hubert volvió a admirar al conductor.

Y se dio cuenta de algo más. Las mariposas ya no estaban sobre el *jeep*. Se habían ido. La nube de colores se había alejado. Quizás las únicas que hubiesen quedado eran las aplastadas para cuando el coche llegó al acantilado. Luego, por tercera vez, la montaña volvió a estremecerse.

Por un momento, pareció como si la pradera se moviese horizontalmente y luego se detuvo. El cuerpo caído de George dio media vuelta y Hubert oyó los crujidos que producían las viejas ramas al partirse. Hubert, con los pies atados, tampoco pudo mantener el equilibrio. Unas piedras le pasaron rozando. Otras, enormes, se movían, y toda una parte del acantilado se abrió y cayó hacia abajo.

Hubert lo vio todo. Se quedó inmóvil durante un tiempo, dolorido y atontado. Luego, lentamente, se sentó. No había notado el dolor del dedo roto, aplastado contra una piedra al caer. No podía quitar los ojos incrédulos del espectáculo que acababa de presenciar.

El *jeep* había desaparecido. Allí donde había estado, había ahora un montón de rocas apiladas y el acantilado mostraba una nueva cara a los rayos del sol todavía alto. Después del estruendo que produjeron las rocas al desmoronarse, el silencio que reinaba parecía todavía más sospechoso. Apenas una ligera brisa movía los pétalos de las flores del prado.

Hubert sabía lo que tenía que hacer y lo hizo. Por suerte para él y para esta historia, sabía lo que estaba haciendo. Se recostó sobre su lado derecho y se encogió hasta llegar a una posición fetal. Con las manos atadas a la espalda se fue inclinando hasta tocarse las nalgas, las caderas y luego, con un dolor indescriptible, hizo pasar los pies por el rizo. Era posible. Tenía que conseguirlo.

Ahora tenía las manos delante, pero estaban todavía atadas y muy bien atadas. Lo solucionó muy pronto con los dientes. Y mientras le estaba hincando los dientes, no le quedó ninguna duda de que la sogá había sido usada para atar terneros. Fue sólo cuando se inclinó para soltar las trabas que se dio cuenta de que tenía el dedo roto.

Para cuando se encontró libre y pudo conseguir alguna respuesta de su pobre cuerpo maltratado, el dedo exigía ya atención inmediata. Tendría que ir a que se lo curaran, y eso implicaba bajar por un sendero empinado unos siete kilómetros hasta el pueblo. Pero antes de irse Hubert quiso asegurarse, aunque ya estaba bastante seguro, de que el *jeep* había quedado sepultado debajo de las rocas.

Después de cruzar la pradera y subir por la nueva loma, no le quedó ninguna duda. El *jeep* y los pasajeros yacían enterrados debajo de miles de

toneladas de piedra. No quedaba ninguna prueba de que alguna vez hubiesen existido.

Mientras descendía por los bordes filosos de las piedras recién partidas, Hubert pensaba.

«¿Por qué he de contárselo a alguien? —se preguntaba—. ¿Quién sabe que estaban aquí arriba? ¿Quién los va a echar de menos? Tendrían que venir con máquinas enormes para sacarlos y dudo de que tengan a alguien que les esté llorando. Y no podrían tener una tumba mejor».

Bajó de la loma y rodeó una vieja pila de rocas que, pensó, se habría formado en algún otro terremoto de la historia de la montaña. Éste había vuelto a cambiar su forma. Y cuando un rayo de sol iluminó las grietas, Hubert captó un reflejo dorado. Curioso, trepó un poco para ver.

A pesar del dedo roto, no le costó mucho separar algunas piedras flojas. Allí estaba el oro, en dos bolsas de piel podrida y reventadas. Oro entre las piedras y sobre los huesos allí desparramados. Había dos calaveras. La del hombre mostraba una fractura y las mandíbulas exhibían unos dientes amarillos y careados. La calavera del caballo era grande y fuerte, los dientes nuevos. Y los huesos se mezclaban entre las piedras y las piezas de oro.

—«Casi lo consiguió —se dijo Hubert—. Un viejo con un caballo joven y fuerte».

Se quedó unos minutos mirando las profundidades de la grieta. Le dolía el dedo. Le llevaría mucho tiempo ensanchar la abertura como para poder coger el oro. Podía ver que muchas de las piezas de oro eran como su amuleto.

«Bueno —se dijo—. Soy rico... creo. ¿Soy rico?».

Volvió a mirar los huesos.

«No le sirvió de mucho a él —pensó—, lo haya robado o no. Supongo que lo había robado».

Dirigió la mirada a las nuevas formaciones de piedra.

«Y a ellos les faltó poco, y ya me imagino lo que querían hacer. Pero la suerte de esos dos fue muy parecida a la de este viejo».

Movió la cabeza en señal de negación.

«No sé qué hacer. Quién sabe cuánto tiempo hace que el viejo y el caballo están allí dentro con su pro... y hasta ahora he vivido muy bien sin él. Estos veranos han sido buenos. Si saco eso de ahí dentro, los buscadores de tesoros empezarán a dar vueltas por la montaña. Se acabará la paz. Adiós poesía. Usarán máquinas para mover las piedras. Quizás hasta encuentren el *jeep*. Quizás vuelva a producirse otro alud de piedras... sobre ellos. Algo me dice

que a Mahoma no le hacen mucha gracia esas actividades. Pero creo que me ha regalado el oro».

Hubert olvidó por unos momentos más el dolor casi insoportable del dedo y dirigió la mirada al agradable prado de la montaña, rodeado de las altas cumbres nevadas llenas de despeñaderos. Desde muy lejos le llegó el sonido de la cascada. Wilfred murmuraba en la base del acantilado.

Hubert empezó a empujar las piedras más grandes que podía mover hacia la grieta. En pocos minutos, ningún ojo podría haber notado que allí dentro había algo enterrado.

—Si el tesoro es mío —dijo Hubert—, puedo hacer lo que me apetezca con él.

Empujó la última piedra.

—Mahoma —le dijo—, has jugado fuerte y has ganado. Te agradezco el regalo, pero... no, gracias. Prefiero quedarme sólo con mi amuleto. Y quizás algún día escriba un poema épico sobre el tema.

Dio media vuelta. El dedo le latía de dolor.

—Será mejor que vaya abajo a que me arreglen esto —dijo—. No quiero que se me quede rígido. Me sirve también para escribir.

Una mariposa pasó a su lado, luego volvió y dio una vuelta rápida alrededor de la cabeza de Hubert. Él le hizo una mueca de agradecimiento.

—Hubiese tenido que bajar de todos modos. Ya casi no me queda azúcar.

Segunda respuesta a El estallido del ORÁCULO de Blabbage

(Viene de aquí)

Dígale a su amigo:

—¿Será «no» la siguiente palabra que digas? Contéstame sólo «sí» o «no».

Guerra tibia

Frederik Pohl

En nuestra primera selección publicamos la novela corta de Pohl Marte enmascarado, de la que ésta es una secuela. El gran maestro de la ciencia ficción sociológica lleva a cabo, como es habitual en él, una extrapolación tan próxima y tan verosímil, que uno se pregunta si no se trata más bien de una novela de costumbres...

I

Todo sacerdote tiene alguien con quien confesarse, un rabino tiene a otro rabino incluso un ministro protestante tiene a algún superior en la jerarquía eclesiástica. H. Hornswell Hake no tenía a nadie así. Él era un unitario y estaba tan solo como lo está, en sus responsabilidades de mando, el capitán de un buque. La idea de dar a conocer sus problemas en Beacon Street le hubiese parecido ridícula, si hubiera llegado a ocurrírsele. Y así, sin una esposa o amante habitual, sin padres o familiares cercanos, no estando metido en ningún tipo de terapia psicoanalítica y sin tener siquiera (y de esto se daba cuenta con una cierta preocupación) verdaderos amigos íntimos, no había nadie con quien pudiera hablar.

Y tenía deseos de hablar... ¡Dios, las ganas que tenía de hablar! No es fácil para un hombre descubrir que ha infectado a medio continente. Era algo que le desgarraba la mente. El diario de su propia vida no era algo que tuviera totalmente claro, pero conocía perfectamente algunas partes del mismo. De lo que más seguro estaba era de que su objetivo en este mundo no era enfermar a la gente, sino curarla. Mientras hacía *footing*, se ejercitaba gimnásticamente o trabajaba con las pesas, no dejaba de pensar en ello: en alemanes y daneses

con los ojos enrojecidos y estornudando. Tumbado, se veía como un agente transmisor de enfermedades a escala continental. Y pasaba mucho tiempo tumbado: la enfermedad que Hake había diseminado por la Europa Occidental era algo que en la Agencia llamaban una variedad Tres-X, lo que significaba que tenía un índice de recaídas tan alto, que el enfermo medio podía contar con tener tres rebrotes de la fiebre, las toses y los dolores. Hake había recibido los mejores cuidados médicos y a pesar de ello había sufrido cinco recaídas. Pasó más de un mes antes de que estuviera de nuevo en condiciones de efectuar sus tareas.

Y eso no significaba que hubiera permanecido sin hacer nada, o que se encontrase solo. Cuando tenía un nuevo brote, Alys Brant, Jessie Tunman y media docena más se congregaban a su alrededor, con sopas calientes y atenciones; cuando estaba en pie y en condiciones, Jessie aparecía con cuestiones acerca de la colecta para la moqueta y la siguiente reunión presupuestaria; su director del programa juvenil con planes para el siguiente festival benéfico, el Espectáculo Mágico del Verano, y preocupaciones acerca de qué quinceañeros estaban tomando qué drogas; y Alys Brant llegaba con su propia e incomparable personalidad. Alys sólo había sufrido la más leve de las infecciones de la enfermedad, pero eso había bastado para infundirle una fuerte simpatía hacia Hake y sus reiteradas recaídas, y aquélla era más simpatía de la que Hake creía poder soportar. Así que la mantenía alejada, enviándola a hacer trabajos de investigación en la biblioteca y, para cuando se sintió lo bastante bien como para volver a la iglesia a dar un sermón dominical, ya había decidido lo que quería hacer: como muchos otros ministros religiosos antes que él, iba a tratar de desentrañar sus propios problemas exponiéndoselos a su congregación. Quizá no lo hubiera intentado durante las épocas normales del año religioso, pero en verano los servicios eran muy informales y, habitualmente, sólo asistían a ellos un par de docenas de los miembros más devotos de la congregación.

El tiempo se había tornado muy cálido. Hake caminó muy lentamente hacia la iglesia antes del servicio, andando pausadamente para evitar empezar a sudar o jadear: no deseaba respirar más de aquel aire tan cargado del que le resultase necesario, y con aquel tiempo o hacía sus carreras al alba, cuando aún hacía fresco, o dejaba totalmente de correr. Giró la llave de la puerta de la iglesia y abrió las hojas de par en par.

Era una iglesia vieja y pequeña, pero era la iglesia de Hake. Su ánimo se elevó mientras entraba, estudiaba la gastada moqueta y alineaba las hileras de placas con los nombres que aguardaban la llegada de los miembros de la

congregación. La pintura estaba volviendo a desconcharse en el techo. Hake frunció el ceño. La Agencia había sido muy generosa en suministrarle lujos para su propio uso: el generador eléctrico eólico, el nuevo mobiliario de oficina, grifería para el cuarto de baño que funcionaba a la perfección, incluso una renovación de la cocina, a pesar de que Hake, como buen solterón, casi nunca se preparaba una verdadera comida. Ya era hora de que también dedicasen un poco de dinero a la iglesia. Por lo menos el suficiente para dar una nueva capa de pintura, y quizá para una nueva moqueta, y así poder dejar ya de hacer aquellas molestas colectas. La próxima vez que hablase con Cascarrabias... pero ¿cuándo sería eso? Y quizá... quizá tras el sermón que se disponía a dar ya no volviera a recibir regalos de él. Tal vez fuera una pena, pero siempre sería mejor que vivir con aquel sentimiento de culpabilidad.

—Como la mayoría de vosotros sabéis —comenzó—, estuve varias semanas en Europa el mes pasado, y esto me ha hecho ponerme a pensar en lo que sucede en el mundo. Y no me gusta buena parte de las cosas que he pensado. Miro al mundo, y veo en él una especie de loca carrera en la que el modo de ganar no es correr más deprisa que tu contrincante, sino ponerle la zancadilla. No es una guerra, no. Pero tampoco es la paz, y es algo que está degradando la calidad de la vida de todos, tanto de nosotros como del resto del mundo.

Sólo había unas treinta y cinco personas en la iglesia, sentadas en el suelo en la posición del loto, reclinadas en las colchonetas o correcta y rígidamente sentadas en los bancos que había a los lados de la sala. Todos le estaban escuchando con gran atención... o, si no estaban atentos, al menos mostraban esa educada expresión de aceptación pasiva que había visto desde el púlpito la mayor parte de los domingos por la mañana de su vida.

—Buena parte de lo que sucede es económico —prosiguió—, pues jugamos unos y otros con nuestras respectivas divisas, atacando a la libra esterlina y especulando con el marco alemán, inundando de oro el mercado cuando se reblandece el dólar y comprándolo para acumularlo cuando son los rusos, los sudafricanos o los hindúes los que empiezan a venderlo. Buena parte es mercantil: vendemos trigo por menos de lo que cuesta cultivarlo a países que nos mandan aparatos de televisión a menor precio de lo que cuesta fabricarlos. Y buena parte... —dudó, mirando las palabras que había escrito, como buscando en ellas el valor para ir más allá de ellas—... es psicológico. Censuramos a los españoles porque no les dan la libertad a los vascos, y recriminamos al resto del mundo su interferencia en nuestro propio modo de ocuparnos de los navajos.

Ahora, los ojos se tornaban vidriosos, como había sabido que iba a suceder, pero testarudamente siguió recitando estadísticas y explicando políticas. Incluso Ted Brant, que estaba recostado en una colchoneta, con las rodillas en alto, el brazo posesivamente en torno a los hombros de Alys, la otra mano descansando en la pierna de Sue-Ellen, ya no parecía hostil, sino meramente aburrido, mientras que Alys asentía con la cabeza a cada nuevo punto de la perorata. En realidad no era que mostrase su acuerdo, sólo estaba dando cuenta de su aceptación del uso que estaba haciendo Hake de la información que ella le había conseguido. Él siguió con su catálogo: ayuda a los traidores, apoyo a los disidentes, interferencia de las emisiones de radio y televisión, el pase a otros de la polución propia...

—Esas chimeneas de mil metros de altura —afirmó—, se deshacen de nuestra polución, pero sólo a base de lanzarla lo bastante alta como para que luego caiga sobre Londres o Copenhague.

Alien Haversford ya no tenía los ojos vidriosos. El director de Animalitos y Flores Internacionales estaba escuchándole con una atención total, si bien sin mostrar estar a favor o en contra. Y, sorprendentemente, también Jessie Tunman estaba muy atenta. Hake resumió la moral de su sermón:

—Así pues, he llegado a creer —dijo— que no es bastante no estar en guerra. Se necesita algo más. Se necesita tolerancia y amor por el prójimo. Tenemos que aceptar que aquellos que no están de acuerdo con nosotros quizá estén equivocados, pero no son unos malvados. Tenemos que aceptar la diversidad y promocionar la individualidad. Tenemos que abandonar la suspicacia como sistema de vida, y olvidarnos ya sea de dar el primer golpe, o de vengarnos después de haberlo recibido. Y tenemos que hallar dentro de nosotros mismos las soluciones a los problemas que creamos, en lugar de tratar de hacer que nuestra situación sea algo mejor a base de hacer que la de otro sea algo peor. Y ahora —concluyó—. Ellie Fratkin y Bill Meecham nos deleitarán con uno de sus encantadores duetos para piano y violoncelo.

Sonaron las notas de Schubert, o quizá fueran de Kabalevsky, pues no sabía dónde había metido la nota que había tomado al respecto, y cuando tocaban Bill y Ellie todas las partituras sonaban iguales. Hake se sentó en el borde del estrado y contempló a su congregación. Si se podía decir que tenía una familia, aquélla era su familia. Los conocía por dentro y por fuera... sobre todo por dentro, pues, por ejemplo, sabía que su tío adoptivo Phil no sólo era el Inspector de Hacienda de fría y acerada mirada, sino también aquel amable e hiposo borracho que, durante una de las estancias de Hake en el hospital, cuando era niño, se había presentado con el regalo de una muñeca de

esas que incluso se hacen pipí encima, porque en el momento de ir a comprarle un regalo al hijo adoptivo de su hermana se había olvidado de su sexo. Y el bonachón Teddy Cantrell, sentado como un Buda y moviéndose al ritmo de la música, siempre sería para él el lloroso candidato al suicidio que había prendido fuego al estudio de Hake con una pistola de bengalas, cuando trató de quitarse allí mismo la vida, después de que su esposa lo abandonase. Una de las veces que su esposa lo había abandonado. Y los dos Tonys, los homosexuales, la pareja más estable y más digna de toda la iglesia, que permanecían hombro contra hombro, apoyados en una de las paredes, habían derramado entre lágrimas todo lo que llevaban dentro de sus corazones, mientras le pedían consejo antes de decidirse a hacer pública su relación. ¿A cuántos de ellos les había logrado interesar con lo que acababa de decir? Cuando empezaron a servir el café y los feligreses hicieron corrillos, escuchó sus comentarios:

—Realmente muy elevado —dijo el Tony más alto, y el otro, más joven y regordete, añadió:

—Siempre haces que me sienta bien, Horny.

—Desearía que fueras igual de sincero respecto a otras cosas, Horny —comentó Jessie Tunman.

Y Elinor Fratkin siseó a su oído en el momento en que pudo encontrarlo a solas:

—¡Estoy realmente avergonzada, Horny! ¿Cómo crees que voy a poder calmar a William, después de que te has olvidado de decir que lo que hemos estado tocando era una transcripción suya de algunas partituras de Bach?

—Me encantó el modo en que lo ensamblaste todo —le dijo Alys Brant, acercándose mucho a él, sin que por eso Ted, que ostensiblemente miraba en otra dirección, le soltase la mano—. ¿Cuándo vamos a ir a Nueva York a finalizar la investigación?

—Nos has dado muchas cosas en que pensar —afirmó Teddy Cantrell. Y, justo tras él, apareció Alien Haversford, con los ojos velados: tras apretar rígidamente la mano de Hake, le espetó:

—Desde luego que sí, y querría hablar con usted de esto, largo y tendido; pero no es éste el momento más adecuado.

¿Sonaba aquello a amenaza? ¿O al menos a advertencia? Para bien o para mal, casi fue la única prueba que tuvo de que alguien le había escuchado. Regresó a su casa, pasó el día remoloneando, archivando sermones y preparando informes para la reunión del lunes de la asociación parroquial,

miró un rato la televisión y decidió irse pronto a la cama; y cuando tiró de la cadena del retrete esa noche, éste le habló con la voz de Cascarrabias.

La esencia de la comedia es el derrumbamiento incongruente de las propias expectativas. Hake veía cómo su vida estaba dando un giro hacia lo cómico. Secuestrado por una chica que había tratado de seducirlo para que se fuera con ella a un retrete. ¡Qué divertido! El que hubieran usado auténticas armas no lo hacía menos divertido, sólo convertía aquel humor en puro humor negro. ¿Y hacer temblar a la economía de la Europa Occidental a base de estornudos? ¿Qué podía haber más divertido que aquello? Y ahora, que un retrete le diera órdenes, como en una mala película de agentes secretos... ¡Aquello era hilarante! Al menos se lo parecería, cuando lograra controlar los latidos de su corazón.

Si uno estudiaba detenidamente aquel mueble sanitario no veía nada especialmente raro en él: cuadrado, sólido y casi mayestático en su reluciente cerámica color azul, parecía un artilugio admirablemente pensado para alejar de uno los subproductos excretados con la máxima decencia y rapidez que cupiera desear. Y nada más. Y, de hecho, era justamente aquello, pero también era algo más. La parte inferior del depósito de agua tenía un grosor de diez centímetros. Fuera lo que fuese lo que hubiera dentro, estaba oculto por una capa de cerámica herméticamente cerrada, sin ranuras, pero de una rejilla metálica del tamaño de la palma de una mano que había bajo ese depósito surgía la conocida voz. La cadenita del retrete era de duro plástico negro, artísticamente acabado en mate. No parecía que pudiera estar preparada para reconocer las huellas digitales de Hake... pero lo estaba. Hake experimentó, fascinado: si tiraba de ella agarrándola sólo con la palma de la mano, o con un par de dedos formando una uve, no pasaba nada (excepto que funcionaba el mecanismo y corría el agua). Pero si apoyaba la yema de alguno de sus dedos, como invitaba a hacer el diseño anatómico de la perilla, establecía contacto con el mismísimo Cascarrabias.

Y sólo eran sus huellas dactilares las que podían lograrlo. Lo demostró cuando la complaciente (pero un tanto desconcertada) Jessie Tunman aceptó, a la mañana siguiente, entrar en el nuevo retrete engañada por su treta:

—¿Quieres hacer el favor de tirar de la cadena, Jessie? Quiero saber si se puede escuchar el ruido del agua desde afuera.

Ella lo hizo, sonriendo escéptica y un tanto nerviosa, y él no pudo escuchar ni el sonido del agua ni el de la voz grabada de Cascarrabias. Sólo oyó la voz de la propia Jessie:

—Vamos mejorando nuestra situación, ¿eh, Horny? —Y luego, literalmente huyendo—: Y ahora será mejor que vuelva a la correspondencia.

No era totalmente cierto, eso Hake lo entendía perfectamente, que su vida se estuviera convirtiendo en algo divertido, porque ya llevaba algún tiempo siendo divertida. No hubiera sobrevivido a aquellas terribles décadas en la silla de ruedas si no hubiera sabido encontrarle el lado humorístico. Un fogoso jovencito inválido, amorosamente atendido por las hermosas chicas que los tipos guapos siempre andaban deseando, un entrenador del equipo de fútbol que ni siquiera podía caminar a lo largo del campo, un líder religioso al que ni por un momento le había cabido en la cabeza la posibilidad de que existiese un dios sobrenatural... o de ningún otro tipo, un consejero espiritual que atendía a los pecados y tentaciones de trescientos feligreses, sin haber tenido jamás la oportunidad de experimentar nada de aquello por sí mismo. ¡Oh, sí, era divertido! Tan divertido que uno tenía que reírse de ello, para no echarse a llorar. Tan divertido como lo que le estaba sucediendo ahora a su vida. El que un retrete le hablase era algo ridículo, pero también lo eran la mayor parte de las cosas que habían sucedido en la vida de Hake.

Lo que el retrete le había dicho había sido:

—¡Horny, si no estás solo, vuelve a tirar inmediatamente de la cadena!

Hubo una corta pausa, presumiblemente mientras el retrete concluía que no iban a volver a tirar inmediatamente de su cadena, y luego la voz de Cascarrabias añadió, con tono más amistoso:

—Después de todo, viejo amigo, podrías haber tenido algunas costumbres peculiares de las que no nos hubiésemos enterado. Caso de que así sea, las prácticas en el retrete del otro cuarto de baño. En éste, cuando tires de la cadena recibirás los mensajes que te haya mandado en el ínterin. Hazlo por lo menos tres veces al día: cuando te levantes, hacia el mediodía y antes de irte a la cama. Si no hay ningún mensaje, o cuando se hayan acabado si los hay, escucharás un pitido de cuatro cuatro cero haches. Eso significa que puedes contestar, o dejarme un mensaje si tienes algo que decirme.

Hubo una pausa pero, como Hake no escuchó ningún zumbido de 440 hercios, supuso que Cascarrabias estaba pensando en lo siguiente que iba a decir. Cuando el retrete volvió a hablar, lo hizo con voz tensa y clara:

—Así que ahí van tus instrucciones, Hake. En primer lugar, sigue recuperando fuerzas. En segundo, preséntate mañana por la tarde en AFI para que te hagan un reconocimiento físico... Tú ve allí, que ellos ya saben lo que tienen que hacer. En tercer lugar, tira de la cadena tres veces al día. Lo necesites o no. Y, ¡ah, sí!, ese sermón fue una jugada inteligente, pero no te

pases de la raya. Está muy bien que tu congregación crea que eres un liberal de esos con la cabeza llena de pájaros, pero no vayas tan lejos que acabes por creértelo tú mismo. Estamos muy contentos contigo en este momento, Hake. Hay un buen informe en el *dossier* para tu promoción. No lo eches a perder.

El retrete zumbó y volvió a ser un simple retrete.

Yendo hacia Eatontown al día siguiente, Hake investigó en el interior de su mente y sólo halló un vacío allá donde debería haber estado su sentido moral. Cascarrabias estaba totalmente convencido de que su causa era justa y de que sus órdenes serían obedecidas sin rechistar. ¿Era posible que tuviera razón? ¡Pero desde luego no podía ser justo hacer que enfermase gente que no había causado ningún daño! Desde luego, un hombre como Cascarrabias no podía mostrarse tan seguro de sí mismo y a pesar de ello, estar tan equivocado como a él le parecía. Claro que, desde luego... había demasiados desde luego, y Hake no estaba totalmente seguro de ninguno de ellos. ¿Cómo era posible que todos los demás seres del mundo estuvieran absolutamente convencidos de estar en posesión de la verdad, cuando ninguno de ellos estaba de acuerdo con los demás y, sobre todo, cuando a Hake no le parecía estar en posesión de ninguna certeza? ¿Acaso la solución estaría en preocuparse únicamente de los propios intereses?

Los intereses propios de Hake parecían quedar cubiertos obedeciendo a Cascarrabias, que podía saltarse las leyes y hacer que su efecto no cayese sobre los demás, que podía facilitar nuevos lavabos, que era capaz de equilibrar los presupuestos de quienes le servían. No tenía duda alguna de que, si seguía con Cascarrabias, iba a obtener algunos beneficios notables. Quizá no tuviese que viajar en un maloliente y opresivo taxi de gasógeno como aquél, cuando debiera ir a alguna parte. Un coche eléctrico, uno de sistema inercial, incluso quizá un Buick de gasolina como el que llevaba la persona que le había metido inicialmente en todo aquello... cualquiera de esos vehículos estaba a su alcance.

En AFI no vio a Alien Haversford, sino sólo a una guapa y joven enfermera que tomó sus datos vitales, le dio la espalda mientras se desnudaba y se ponía una bata de algodón, le hizo radiografías de todo el cuerpo, le puso tres indoloras inyecciones neumáticas (¿para qué? ¿Qué plaga iba a difundir ahora, y dónde?), le demostró con la mirada que estaba bien y lo confirmó firmando un informe del que le dio una fotocopia para que se la guardase, antes de decirle que ya podía marcharse. Después de que le hubo estrechado la mano y cuando ya iba camino de la salida, Hake se dio cuenta de algo:

estaba muy excitado sexualmente. Y le habían invitado a hacer algo al respecto y él había declinado la invitación.

Dado que tantas de las mujeres con las que se relacionaban eran para él una especie protegida, que no debía tocarse, y visto que había pasado buena parte de su vida bajo circunstancias en las que el sexo era sólo algo abstracto, Hake se daba perfecta cuenta de que lo era todo, menos un ligón. Ningún otro hombre de New Jersey habría salido de aquella consulta sin probar a ligar, sobre todo vistos los ánimos que le habían dado para intentarlo. Era preciso que pensase en aquello. Borró de su mente todo pensamiento sobre la reunión de aquella tarde con la administración de la escuela, cruzó la Carretera 35 y pidió una cerveza en el bar de un motel que tenía aire acondicionado.

Se dijo a sí mismo que todo formaba parte del mismo paquete. ¿Quién infiernos se creía ser, una especie de santo? ¿Por qué no podía tener algunos vicios? ¿Por qué andaba huyendo de Alys Brant y por qué no podía dejar que Cascarrabias le hiciera la vida un poco más fácil?

Se tomó otra cerveza y después una más. Dado que estaba en perfecto estado de salud, tres cervezas no lo emborracharon, pero sí le hicieron perder el sentido del tiempo. Cuando se decidió a volver para investigar si aquella joven y hermosa enfermera estaba tan interesada como le había parecido, descubrió que ya eran más de las siete y que las puertas estaban cerradas; y no sólo se había saltado la reunión de la escuela, sino que ni siquiera tenía tiempo para pasar por casa, para el tirón de la cadena del mediodía, antes de ir al Espectáculo Mágico del Verano. Mala cosa, pensó Hake, mientras salía a la carretera y llamaba un taxi, pero mañana sería otro día y todo seguiría en su sitio.

El Espectáculo Mágico del Verano era el gran acontecimiento del año para captar fondos con destino a la iglesia. Tenía lugar en un viejo cine de un aparcamiento de carretera cercano a Long Branch. En los días de la energía abundante, el cine había atraído gente de las casas del centro de la ciudad, chicos con las chicas con que salían, jóvenes parejas de casados con sus hijos, jubilados que trataban de matar un día más. Ahora que el flujo estaba volviendo a las ciudades, se habían acabado las gentes que usaban las carreteras para ir a divertirse. El cine malvivía a base de reposiciones de películas famosas, a dólar por cabeza, y programando de vez en cuando un concierto. Ninguna otra cosa atraía la suficiente concurrencia como para poder pagar los costes de mantener el local abierto. La verdad era que lo otro casi tampoco alcanzaba, así que al propietario le encantaba alquilar el local,

una noche al año, a la Iglesia Unitaria. Hake entró en el momento en que el mago, Art el Increíble, estaba preparando sus aparatos.

Alys Brant vio a Hake llegar por el pasillo y agitó los dedos de una mano. Era lo único que podía mover: estaba atada a uno de los aparatos de Art, ensayando para ser «la mujer cortada en dos», y sus manos estaban cruzadas firmemente sobre su pecho para tenerlas lo más lejos posible de la girante y chirriante sierra circular que parecía estar segando su cintura. Cuando Art el Increíble vio a quién estaba saludando, paró la sierra, la alzó apartándola y comenzó a soltar a su ayudante.

—Hola, Horny —dijo—. Ayúdame a meter estos trastos detrás del escenario.

Art tenía el físico de un mago, o al menos de lo que se supone que es un mago: más de un metro noventa de alto y sólo unos sesenta kilos de peso, la cara delgada y los ojos penetrantes. Llevaba el cabello al estilo del General Custer, lacio y flotante, y se dejaba la barba y el bigote; parecía un delgado demonio escandinavo y había practicado para tener una voz que fuera aún más profunda que la de Mefistófeles. Delgado como un palo, era tremendamente fuerte. El aparato pesaba tanto como un piano y, a pesar de que iba sobre ruedas, Hake estaba resoplando para cuando lo hubieron ocultado tras el telón, mientras que Art, asombrosamente, ni siquiera sudaba.

—No me gusta tener que hacer estas cosas yo solo, Horny —comentó, agarrando el artefacto por un extremo y tirando de él unos cuantos centímetros más hacia atrás—. Bueno, supongo que ya estoy preparado.

Alys regresó, muy atractiva con su transparente disfraz de esclava del harén: una blusita y pantalones bombachos de seda artificial.

—Esa sierra siempre me da ganas de hacer pis —dijo confidencialmente. No llevaba sujetador bajo la blusa transparente, como pudo ver Hake... y, desde luego, seguro que en la parte de abajo tampoco llevaba nada, si bien, dada la forma en que le cubrían las gasas, resultaba difícil comprobarlo. Descubrió que aquello le resultaba a un tiempo excitante y molesto. Sus glándulas aún no se habían acabado de resignar a no haber tenido suerte con la enfermera, y cuando Alys comenzó, admirativamente, a reseguir sus pectorales con una mano y su *latissimus dorsi* con la otra, se agitaron con nuevas esperanzas. ¡Las señales que transmitía aquella mujer eran enloquecedoramente contradictorias! Hake formó frases en su mente, tales como: «Si estás tan loca por este cuerpo, querida, ¿dónde te metiste cuando estuvimos en Europa?». Pero, en justicia, tuvo que admitir que las señales que él le había devuelto habían sido igualmente oscuras y contradictorias, porque

sus impulsos y sus reparos le tenían confundido. Escapó cuando el cine empezó a llenarse, ayudado por el hecho de que entre los primeros en llegar se encontraban los otros tres componentes de la familia de Alys: Ted Brant parecía contrariado, Walter Sturgis preocupado y Sue-Ellen, reprobadora. Hake ocupó un asiento en la primera fila, tan alejado de ellos como le resultó posible. Hubiera sido mejor el sentarse cerca, con aire natural, para calmar suspicacias. Pero no se sentía con ánimos.

El espectáculo de Art el Increíble incluía todos los números estándar que Hake recordaba en cualquier otro espectáculo de magia que antes hubiera visto, desde las bolas que desaparecían hasta las palomas vivas que sacaba de la boca de Alys, después de haberla partido en dos. La mitad del auditorio eran niños... y la otra mitad adultos dispuestos a volver a ser niños durante una noche... y se lo tragaron todo. Como siempre. Seis mil dólares de las entradas que irían a parar a los fondos de la iglesia, la gente pasándoselo bien... Hake decidió relajarse y divertirse.

Y, por consiguiente, quedó desprevenido; así que, cuando Art el Increíble comenzó a pedir voluntarios de entre el público para realizar su número más grande y final, Hake se dejó llevar con la marea.

—Y ahora —retumbó el vozarrón del mago—, para llevar a cabo una última demostración del increíble arte de Art el Increíble, voy a intentar llevar a cabo una experiencia de hipnotismo. Aquí tengo a treinta voluntarios, elegidos al azar. Les ruego, señoras y señores, que le digan al distinguido público si han ensayado ustedes, se les ha explicado o les han instruido sobre lo que va a suceder aquí...

Las treinta cabezas negaron con un gesto; la de Hake como las demás.

—Entonces, quiero que todos ustedes dejen caer sus cabezas hacia delante, hasta que la barbilla les toque el pecho. Cierren los ojos. Están comenzando a sentir sueño. Tienen los ojos cerrados y sienten • mucho sueño. Voy a contar al revés desde cinco, y cuando diga cero estarán ustedes dormidos: cinco, cuatro, tres, dos, uno, cero.

Hake no estaba seguro de sentirse con sueño, pero le parecía estar bastante a gusto. Oyó ruidos de movimiento en el escenario y vio por un párpado entreabierto cómo Art dirigía silenciosamente a media docena de voluntarios de vuelta al público; evidentemente habían levantado la cabeza y mostraban que estaban despiertos.

—Bien, ahora el resto de ustedes —retumbó Art—, mantengan los ojos cerrados, pero alcen la cabeza. No abran los ojos hasta que yo diga «ábranlos». Y en ese momento se darán cuenta de lo que está sucediendo,

pero no lo recordarán luego, cuando bajen de este escenario. ¡Ahora, ábranlos!

Si así era como se sentía uno cuando estaba hipnotizado, pensó Hake, entonces no era muy diferente a como se notaba el resto de su vida. No se sentía cambiado, pero se encontró a sí mismo alzando obedientemente un brazo, luego poniéndose en cuclillas y más tarde realizando unos pasos de baile. Era tan fácil hacerlo como oponerse y romper la obediencia, así que, ¿por qué no hacerlo? Sólo cuando Art comenzó a formar parejas, hombre y mujer, para iniciar un vals, notó Hake que desfallecía: aquello le parecía algo amenazador; dio un traspie y Art le hizo una seña para que saliera del escenario. De los treinta iniciales, sólo seis personas siguieron hasta el final. Por algún motivo, a Hake no le sorprendió que una de ellas fuera Alys.

En la fiesta que hubo luego, Art el Increíble estaba barajando cartas para hacerles algunos trucos con los naipes a unos niños. Hake, con una copa en la mano, se acercó a él.

—Nunca antes me habían hipnotizado —empezó, tratando aún de analizar sus propios sentimientos al respecto.

—Tampoco ahora —dijo Art, dando un golpecito al mazo y dejando caer los cuatro ases en las manos de una niña de diez años.

—¿No? Pero... pero si me encontré haciendo cosas, sin que tuviera un verdadero control sobre lo que hacía.

—¿Sí? —Art abrió el mazo en abanico, mostrando las 52 cartas perfectamente ordenadas por palos y números, tras lo que se las guardó—. No sé qué decirte. He hecho ese espectáculo un centenar de veces; si consigo que suficiente gente suba, un par de ellos harán cualquier cosa que les diga... a los demás los pierdo.

Desde detrás de Hake, Jessie Tunman exclamó triunfalmente:

—¡Entonces, es un simple truco!

—Si tú lo dices, Jessie... —Art el Increíble sonrió como un tigre tras su rubia máscara de cabello—. Pero supongo que lo que quieres decir es que, cuando yo lo hago, es un simple truco, mientras que cuando lo hace algún otro es una ciencia, ¿no es así?

—El fenómeno del hipnotismo está perfectamente clasificado en la literatura psicológica —dijo ella muy envarada—. Llega un momento en el que mostrarse escéptico sólo indica una carencia de deseos de aceptar las pruebas, Art.

—Ahora me hablarás de los platillos volantes —dijo él. Ya habían tenido antes esta discusión—. Y me vas a decir que, con todos los avistamientos de

los que tenemos noticia, sólo un lerdo lleno de prejuicios afirmaría que no existen, ¿no?

—No. No iba a decir tal cosa, Art. No es de mi incumbencia lo que creas o dejes de creer. Pero hay cosas que tu tan cacareado racionalismo no puede explicar. Los estudiosos de los ovni ya pasaron por todo esto en los sesenta. Un tipo decía que los ovni eran globos meteorológicos, otro que meteoritos. La gente decía cualquier estupidez que se le ocurría, en lugar de aceptar la realidad de la existencia de visitantes de algún otro lugar del Universo... nubes de polvo, el planeta Venus, incluso gas de los pantanos. ¡Y nadie se atrevía a enfrentarse con los hechos puros y simples!

—¿Y qué hechos son éstos, Jessie querida? —inquirió con suavidad Art.

—¡Me exasperas! —resopló ella.

—No, de veras. Quiero saberlos.

—No te creo —afirmó ella—, pero es algo bien simple... hay una ley que se inventó Sherlock Holmes: «Después de que hayas eliminado lo imposible, la explicación que resta, por improbable que parezca, debe ser correcta». Quizá prefieras creer que cincuenta mil observadores responsables están locos o son unos mentirosos. Para mí, tal cosa es imposible.

Hake dejó su copa.

—Es un tema muy interesante —dijo, y se escapó. No quería entrar en aquella discusión y, de todos modos, la fiesta estaba empezando a mostrar signos de ir a acabarse. Una familia que vivía en Elberon le ofreció llevarle hasta la casa parroquial, de modo que se metió como pudo en la parte de atrás de su coche inercial de dos puertas, con un niño de tres años durmiendo sobre sus rodillas y la gimiente rueda motriz cosquilleando las plantas de los pies desde debajo de las tablas del suelo del coche.

Cuando entró en su dormitorio oyó un ruido en el baño. El retrete estaba emitiendo un débil sonido gimoteante, al tiempo que soltaba un chorrito de agua. Suponiendo correctamente que estaba exigiéndole atención, tiró de la cadena inmediatamente.

—¡No te muevas de ahí, Hake! —ladró enseguida una voz. Pasó un momento y luego la misma voz, la voz de Cascarrabias, con una pequeña diferencia de matiz que le hizo darse cuenta de que ya no era una grabación, sino el hombre hablando en directo, masculló—: ¿Qué infiernos pasa, Hake? ¡No has hecho la conexión para tu mensaje del mediodía!

—Lo lamento, Cascarrabias, pero es que estaba muy atareado.

—¡Nunca más vuelvas a estar tan atareado que no puedas cumplir con tus obligaciones, Hake! No lo olvides. Bien, quiero tenerte mañana en Nueva

York, a las dos de la tarde.

—Pero... tengo obligaciones...

—No. Ya no las tienes. Llama para excusarte. Apunta esta dirección y no faltes. —Cascarrabias deletreó el nombre de lo que sonaba a una agencia de contratación de actores en la Cuarenta Oeste y luego cortó.

Pensativamente, Hake utilizó el retrete para su otro empleo y luego se alzó de hombros. Como le había pasado con Art el Increíble, le parecía tan fácil obedecer aquella orden como rebelarse contra ella. Se puso el pijama y un batín y fue hasta su oficina, para buscar el número de teléfono de Alys.

Para su sorpresa, la luz estaba encendida. Jessie Tunman estaba allí, escribiendo rápidamente en su bloc de taquigrafía.

—Oh, hola Horny. No quería molestarte.

—No me molestas. Tranquila. —Buscó el número de los Brant-Sturgis y apretó los botones adecuados. Le contestaron inmediatamente, y era Alys.

—Hola, Alys. Habla Horny Hake. Me acabo de dar cuenta de que mañana tengo el día libre. Sé que no te aviso con demasiado tiempo, pero ¿te gustaría hacer esas comprobaciones en la biblioteca, conmigo? ¿Puedes? Excelente, Alys. Sí, estaré dispuesto a las nueve, y gracias.

Colgó, complacido con su astucia: al usar a Alys como cobertura, nadie pensaría que iba a la ciudad por alguna razón oculta; como mucho, pensarían que no ocultaba en lo más mínimo su razón oculta. Benevolentemente, le dijo a Jessie:

—¿Cómo es que trabajas hasta tan tarde?

—Simplemente quería tomar nota de algunas cosas que tengo que hacer mañana, Horny. Y, para ser sincera, ahora que tenemos aire acondicionado y todo lo demás... bueno, me gusta estar aquí. En mi habitación hace demasiado calor.

Jessie vivía en lo que había sido un motel playero, ahora más o menos reconvertido en una casa de miniapartamentos. La única ventaja clara que tenía era que resultaba barato.

—Perdona, Horny, no querría meterme en lo que no me importa, pero no he podido evitar escucharte. ¿Vas a ir mañana a la biblioteca? ¿A Nueva York?

—Sí. Me he estado prometiendo a mí mismo, desde hace un par de meses, ir un día... y acabo de decidirme.

—¿Puedo ir con vosotros? Hay... —dudó—. Sé que tú no crees en estas cosas, Horny, pero ha aparecido nuevo material sobre los ovni, y me gustaría leerlo. ¡No os molestaré nada!

Hake contestó:

—Bueno, desde luego me encantaría llevarte, Jessie, pero el coche no es mío.

—Oh, estoy segura de que a Alys no le importará. De hecho —añadió maliciosamente—, apuesto que le encantará tener a una carabina, ¿sabes?, para que Ted y Walter no se sientan molestos. ¡Es maravilloso, Horny! Me voy a casa ahora mismo para poder levantarme pronto y ocuparme de todo, antes de que nos marchemos.

Resultó que a Alys no le importaba, o al menos eso es lo que dijo, y durante todo el camino a Nueva York Jessie Tunman permaneció muy tiesa y contenta en el asiento de la parte de atrás del pequeño coche a gasógeno. Era un viaje de dos horas, con el triciclo casi parándose mientras subían las largas rampas a los puentes y las pocas colinas; pero en llano marchaba animosamente, y en las bajadas casi despegaba del suelo. Mientras zumbaban rampa abajo hacia el Túnel Lincoln, con Alys culebreando por entre los autobuses articulados y los enormes camiones semirremolques, que avanzaban lentamente, Hake se alegró de casi haber llegado, rogando al Cielo porque su suerte se mantuviese durante algunos minutos.

Había hecho un calor húmedo durante todo el camino, y el túnel era una verdadera cámara de gas.

—Subid las ventanillas —jadeó Alys.

No sirvió de nada: para cuando salieron al aire libre, aunque fuera el aire libre del centro de Manhattan, la cabeza de Hake martilleaba y la conducción de Alys se había hecho aún más irregular. Fueron hasta el Village, metieron el triciclo en el garaje de aparcamiento que rodeaba el arco de la Plaza Washington y fueron caminando hacia la biblioteca. Hacía un calor infernal.

Aquel día estaba desarrollándose un drama en la ciudad de Nueva York; mientras se vestía con la televisión puesta, Hake había visto imágenes de un camionero de Great Kills que estaba inclinado sobre la manga de vaciado del camión tanque de gasolina que llevaba, con un soplete encendido en la mano, teniendo como rehén al Rockefeller Center, para exigir la devolución de Staten Island al estado de New Jersey. Rodeado por tiradores expertos de la policía, que no se atrevían a disparar, atontado por los vapores de gas que se escapaban de la válvula abierta, el hombre había estado arengando a veinte personas horrorizadas, escuchado también por millones que le contemplaban desde la seguridad de sus hogares, gracias a los micrófonos parabólicos de las emisoras. Respirando con jadeos el cálido aire, lleno de polución, sintiendo cómo el asfalto caliente se le quedaba pegado a las suelas, evitando las

cagadas de los perros y otras masas de suciedad menos identificables, Hake comprendió por qué el hombre había enloquecido, y por qué cada año un millar de habitantes de la ciudad violaban, asesinaban, se tiraban por las ventanas o se pegaban fuego; era un ambiente como para volver loco a cualquiera, sobre todo con un tiempo como aquél.

Y cuando hubieron atravesado las dobles puertas giratorias de la biblioteca, se encontraron en medio de una dulce y seca primavera. ¡Una sala de la altura de cinco pisos y con un sistema perfecto de aire acondicionado! «Cerdos malgastadores de energía», susurró Hake, pero Alys ya le había puesto la mano sobre el brazo.

—No es sólo para la gente, querido Horny. Es para todos los ordenadores que tienen aquí dentro: se estropearían si no mantuviesen las condiciones climáticas adecuadas. Vamos, hemos de firmar allí y nos asignarán un terminal.

La biblioteca les dio más que eso: les dio una habitación para ellos solos, con tres de sus paredes de cristal, que daba al vestíbulo de cinco pisos de altura por el otro costado, con sillas confortables, una mesa, ceniceros, un termo con agua helada... y aquello que la convertía en realmente útil: un terminal de ordenador. Alys acompañó a Jessie Tunman a su propio cubículo, algunas puertas más allá por el pasillo, luego regresó y cerró la puerta.

—Ahora sí que te tengo, Horny —dijo, acariciándole la mejilla con la palma de la mano. Luego pasó a su lado y se sentó frente al terminal. Con mano experta tecleó su número de identificación, tomado de la ficha que les habían entregado en el mostrador de la bibliotecaria y una serie de códigos—. Para empezar he ordenado una búsqueda en los índices de citas, Horny, de acuerdo con tres cualesquiera de seis o más frases específicas. Tendrás que decirme qué frases quieres que sean. ¿Sabías que eres un hombre muy atractivo, Horny?

Cuando iba a preguntarle qué había querido decir con la primera parte de su disertación, Hake perdió el hilo al tratar de asimilar la aseveración final.

—Alys —dijo—, trata de recordar que soy tu consejero matrimonial, además de, espero, tu amigo.

—Oh, lo recuerdo, Horny, lo recuerdo. Ahora, veamos, el tipo de frases que le demos al ordenador ha de ser en base a los temas que te interesen. Como, por ejemplo —tecleó en la consola—, las cosas de las que hablaste en tu sermón. Así:

En la pantalla del terminal aparecieron estas palabras:

1. Huelgas importantes.

2. Plagas animales y vegetales exóticas.

3. Manipulaciones monetarias.

—¿Lo has entendido? —le preguntó—. ¿Qué más?

—Te podría responder mejor si supiera lo que estás haciendo.

—Perdona, Horny, creía habértelo explicado. Una vez le demos seis u ocho temas, el ordenador selecciona algunas fuentes básicas de cada uno de ellos... por ejemplo, un artículo de diario acerca de la huelga de autobuses en Londres, o la de la policía en Nueva York, y otro acerca de esa vegetación acuática de la que tú me hablaste, etcétera. Luego empieza a buscar obras que citen fuentes de cualquiera de esos tres temas. Si encuentra que alguien ha escrito un libro que incluya material sobre tres al menos de los temas que a ti te interesan, hay muchas posibilidades de que ese libro te interese, ¿no es así? Es curioso, cuando estuvimos en Europa, el modo en que te portabas, siendo el papaíto de todos aquellos mocosos, me volvía totalmente frígida hacia ti. ¿No te diste cuenta?

Medio riéndose, y la mitad de esa risa era para tratar de ocultar su azaramiento, Hake le contestó:

—Dediquémonos a una cosa cada vez, ¿vale? También estoy interesado en modas que impiden que la gente pueda trabajar. ¿Cómo escribirías eso? — Estaba pensando en los *hula-hops*, claro. Y cuando hallaron una frase genérica para eso, y para el terrorismo, y para las ciudades sucias, y para vender los productos más baratos de lo que costaban, y para el esquilmado de los recursos naturales, y dos o tres cosas más, Alys apretó el código «ejecución» y contemplaron cómo la pantalla generaba títulos, rápida como una cremallera que se abre y se cierra, disponiéndolos línea tras línea a lo largo de la pantalla:

AAF, Estudios de los acontecimientos mundiales, monografía, Ofic. Edit. del Gob. de los EEUU.

AAAS, Simposio del cambio social. Actas de la Acad. Americ. de Ciencias Avanzadas.

Aar una das schrecklichkeit von Erde, Der, 8Bde, von E. T. Gründemeister, München.

Abandonando toda razón, por William Reichsleder, Dominical New York Times Mag., XCIV, 22, 83-88.

Abusando del medio ambiente, por C. Franklin Monscutter, NY.

Acá y allá, mis memorias...

—No nos sirve —dijo Alys inclinándose hacia adelante y apretando el botón que detuvo la carrera de títulos por la pantalla—. A este paso podemos quedarnos aquí hasta el invierno y aún no haber acabado con las aes. Me gustan los hombres *muy masculinos*, y por eso a veces no soporto a Walter y Ted... *son tan buenos y educados...*

—¡Alys, maldita sea!

—Bueno, sólo quiero que lo sepas. De modo que esto es lo que vamos a hacer. En primer lugar eliminaré todas las posibilidades en lenguas extranjeras; es algo que ya tenía que haberseme ocurrido antes. Luego, lo prepararé para que busque citas de cinco categorías en lugar de tres. ¿Qué te parece eso?

—Tú eres la experta —contestó Hake—. Pero ¿qué pasaría si lo programases para todas? Quiero decir para las nueve categorías.

—¿Por qué no? —Ella tecleó rápidamente y se recostó en el asiento. No sucedió nada.

—¿No deberías dar la orden para que empiece?

—Ya se la he dado, Horny. Está revisando quizá un millón de obras por segundo, buscando alguna que contenga todas las cosas que tú buscas. No puede haber muchas, ¿sabes? Ahora te muestras muy diferente de como eras cuando estuvimos en Europa.

—Mierda —dijo él, sin apartar la mirada de la pantalla. Pero esto no le resultó muy gratificante. Permanecieron un ratito así sentados, pero en la pantalla no hubo ni un parpadeo.

—Tengo un amigo —dijo Alys pensativa— que tiene un apartamento no muy lejos de aquí. Tengo una llave de la puerta. Siempre hay algo en la nevera, o quizá pueda comprar algo, algún tipo de ensalada preparada y una botella de vino...

—No tengo apetito. Escucha, supongamos que encontramos algo, ¿qué tengo que hacer: leer todo el libro aquí, en la pantalla?

—Si así lo prefieres puedes hacerlo, Horny. O, si quieres un ejemplar para llevarte a casa, hay un botón selector en ese aparato negro de ahí que puede hacerte una copia en microficha. O puedes pedir el libro propiamente dicho por el sistema de interbibliotecas. Habitualmente se tarda una semana en recibirlo. Realmente estoy muy decepcionada.

—Bueno —afirmó él—, no es que no me gustes, Alys, pero...

Ella se echó a reír, afectuosamente.

—¡Oh, Horny! Me refería a que de esta manera no estamos logrando nada. Mira, voy a recortar la búsqueda a seis temas y veremos si nos da un

número de fuentes que resulte manejable...

Y así fue: seis libros, unos quince artículos de diarios y revistas y, ¡bingo!, una disertación de una candidatura a la licenciatura en Ciencias Políticas titulada *Los mecanismos del poder oculto*, una conferencia en la John Hopkins sobre *Las fuerzas externas en el desarrollo nacional*, y tres o cuatro tesis y monografías, todas ellas justo sobre lo que Hake quería.

—Lo que realmente necesito —dijo, contemplando el montón de microfichas que se iban acumulando— es tener uno de estos ordenadores. Voy a pasar un año leyendo todo esto.

Alys se echó hacia atrás, se estiró y bostezó graciosamente, tapándose la boca con el dorso de la mano. Hake apartó la vista de su blusa de campesina de muy abierto escote con puntillas blancas y se acordó de mirar su reloj. Tenía que ir a la cita de Cascarrabias en cuarenta y cinco minutos y, ¿cómo se iba a deshacer de Alys? Era muy bueno tener que hacerse esa pregunta por obligación, porque eso le evitaba tener que recapacitar sobre si realmente deseaba deshacerse de ella o no: en realidad, aquello de una ensalada, vino y un apartamento sonaba realmente apetitoso...

—¡Oh, infiernos! —dijo Alys de mal humor, bajando los brazos—. Ahí está Jessie.

Hake se puso en pie de un salto.

—Entra, entra —dijo, asombrando a Jessie por su cordialidad—. Alys ha estado enseñándome cómo se hace funcionar este aparato y, debo decirlo, ha sido realmente maravilloso. ¿Qué tal te ha ido a ti, Jessie? ¿Necesitas alguna ayuda? Estoy seguro de que Alys puede echarle una mano. En lo que a mí se refiere, tengo que hacer un par de recados. ¿Qué os parece si vuelvo a encontrarme con vosotras aquí en... veamos, a las tres y media? De este modo podríamos evitar lo peor de la hora punta...

El edificio tenía cincuenta pisos de altura y estaba en una manzana de otros más pequeños; el ascensor era de los de alta velocidad y no traqueteaba; en la placa de la puerta de la oficina decía:

SESKYN-PORTEROUS

AGENTES TEATRALES

«ESTAS PUERTAS SE ABREN A LAS ESTRELLAS DEL MAÑANA»

La sala de espera tenía asientos para veinte personas. Todos estaban ocupados. Una docena de otros candidatos a estrellas del mañana estaban en pie, hermosas bailarinas y barbudos cantantes *folk*, nerviosos comediantes y, al menos, unas diez personas que no parecían en absoluto actores. Hake no

tuvo que esperar. Le llevaron inmediatamente a un despacho con enormes ventanales, en donde se encontraba Cascarrabias, sentado tras un pequeño y desnudo escritorio con la parte superior de cristal. Tenía las manos cruzadas a la espalda.

Se alzó y le estrechó la mano en silencio, moviendo la cabeza negativamente mientras Hake le decía hola.

—Un momento —le pidió, caminando hasta las ventanas y conectando un extraño y pequeño artefacto zumbador que traqueteaba irregularmente contra ellas, y poniendo luego en marcha una radio que había tras el escritorio. Lo bastante alto como para ser apenas oído por sobre la música clásica de *rock*, continuó—: Eres puntual y ésa es una buena cualidad. Me han enviado tu examen físico y es excelente, estás en tan buenas condiciones como jamás en tu vida. Ahora, dime, ¿estás preparado para otra misión?

—Bueno —se asombró Hake—, realmente no sé...

—Claro que no sabes, aún no te he explicado nada. Deja antes que te lea algo.

Abrió con llave uno de los cajones del escritorio y sacó una única hoja de papel que había dentro de una carpeta sellada.

—Sujeto: H. Hornswell Hake —leyó—, blablablá, estado físico excelente, blablá, aquí lo tenemos: el sujeto ha demostrado una muy encomiable iniciativa y muchos recursos. Se le ha calificado como superior en el desempeño de sus deberes, y será recomendado para una promoción en la primera oportunidad que se presente.

Dejó caer la hoja en la papelera metálica y la contempló mientras repentinamente estallaba en llamas y se consumía. Removiendo las cenizas, preguntó:

—¿Qué me dices a eso, Hake?

—Supongo que debo darte las gracias. ¿Qué significa eso de una promoción?

—Justo lo que dice. Tú haces un buen trabajo, nosotros te recompensamos. Así de simple. ¿Hay algo que desees?

—Bueno... una nueva moqueta para la iglesia —dijo Hake, recordando—. Quizá un coche pequeñito. Y, ¡ah, sí!, querría tener mi propio terminal de ordenador si no es demasiado pedir...

—Olvídate del ordenador —le dijo Cascarrabias—. Al menos por ahora. El coche, de acuerdo. La moqueta, desde luego. —Tomó nota en la palma de su mano. Estirando el cuello para ver, Hake observó que tenía toda la palma de su mano izquierda cubierta por anotaciones crípticas—. De todos modos

no vas a necesitar nada de eso por el momento: la iglesia la vas a cerrar para el resto del verano, a partir de la semana que viene.

No lo dijo como quien pregunta algo, lo sabía.

—Me cuidaré de que la moqueta esté instalada antes de la reapertura, y tendrás tu coche... bueno, lo eliges tú mismo, el que quieras. Yo ya me ocuparé de las cuestiones financieras. Pero justo ahora te vas a ir de vacaciones a un rancho turístico.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Porque te lo acaban de conceder, como uno de los requisitos que has de cumplir para llevar a cabo correctamente tu ministerio —le explicó Cascarrabias—. De hecho, no vas a estar holgazaneando por la piscina y tratando de ligar con las divorciadas de vacaciones. Es el entrenamiento básico que necesitas para llevar a cabo futuras misiones. Te encantará, al fin y al cabo eres un chalado de esos a los que les gusta estar en forma. Te presentarás en Fuerte Stockton, en Tejas, una semana después del próximo lunes. Para estar allí tres semanas. Llévate tejanos, pantalones cortos, ropa de montaña, llévate todo aquello que creas necesitar para disimular, pero te aseguro que no vas a necesitar demasiado ni las corbatas ni los zapatos para baile. ¿Alguna pregunta?

—Bueno...

Cascarrabias se puso en pie.

—Es bueno que no tengas ninguna pregunta —afirmó—, porque dentro de dos minutos tienes otra cita. Atento al correo para tus billetes o informaciones sobre el viaje... y cuando te enteres de que has ganado esas vacaciones, no te olvides de parecer sorprendido. Entre tanto... *¿Qué infiernos sucede?*

Se oyó un apagado retumbar, como de trueno, más allá de las ventanas, que traquetearon a un ritmo más sombrío que el que les imponían los zumbadores que estaban colocados en su base. Cascarrabias se levantó de un salto para ver, con Hake justo tras él. Al este y al norte, a una docena de manzanas de distancia, pequeñas cosas ennegrecidas estaban volando por los aires, seguidas por una gruesa nube de humo negro festoneada de llamas.

—¡Cristo! —exclamó Hake. Algunas de aquellas cosas negras parecían cuerpos humanos.

Cascarrabias lo miró con los ojos entrecerrados y luego se relajó. Apartó la mano de la solapa, adonde la había llevado súbitamente, y dijo:

—¿Ves contra qué estamos luchando? Apuesto a que ése era el tío del camión de gasolina. Era uno de esos Irredentistas de la New Dorp. Y, ¿sabes?, lo que lo puso en marcha fue el dinero de Madrid. Esos hijos de puta recibirán

su merecido cuando el escarabajo de los frutales que ha desarrollado Haversford se les meta en... Bueno, eso no importa. Límitate a recordar lo que acabas de ver: hará más por mantener tu moral que cincuenta discursos bajo los alambres.

¿Irredentistas de la New Dorp? ¿Escarabajos de los frutales en España? ¿Bajo el alambre? Pero, antes de que Hake pudiera inquirir acerca de cualquiera de aquellas cosas que tanto le confundían, ya estaba de nuevo en la sala de espera, abriéndose camino por entre las actrices debutantes y los bailarines de claqué, con todas las preguntas por responder y especialmente la más acuciante de todas: *¿Qué era lo que había llevado al camionero a hacer aquello?*

II

Cuando Hake bajó del reactor de crucero en Fuerte Stockton, el calor lo envolvió al instante. Ya estaba cubierto de sudor antes de llegar al pie de la escalerilla y jadeó mientras caminaba los veinte metros desde el avión hasta la abertura de la verja marcada «Puerta 1» (no había Puerta 2). Lo recibió una joven negra (de raza negra, que no de color, pues era más bien de un tono chocolate dorado). No hubo ningún intercambio de señales secretas de reconocimiento. Claramente, a ella le habían dado una foto de él, y quizá también las huellas dactilares, el código genético y las impresiones retinianas. También estaba el hecho de que nadie más que él había bajado del reactor.

El caso es que ella se le acercó directamente y le dijo:

—Tú eres Hornswell Hake y yo soy Deena Fairless. Vamos al avión. —Él la siguió sin rechistar. Ella no le preguntó si tenía que recoger algún equipaje que hubiera facturado; sabía que no. Le habían dado instrucciones para que únicamente llevase con él su neceser y artículos personales que no sobrepasasen los cuatro kilogramos, y suponía que habría obedecido. Fairless le señaló el lado del pasajero de lo que parecía uno de los carritos eléctricos que antes se usaban en los campos de golf, y luego se metió en el lado del conductor y lo puso en marcha antes de que Hake se hubiese acabado de acomodar. No tenía techo. El camino hasta el final de la pista auxiliar, en

donde les esperaba un pequeño aparato, sólo duró un par de minutos, pero fue suficiente para que Hake empezara a temer una insolación. Siguió a la mujer hacia arriba, por una escalerilla retráctil, hasta el interior de lo que reconoció como algún tipo de viejo avión militar; no sabía lo bastante del tema como para estar seguro de qué modelo se trataba o cuál era su función, pero le parecía uno de aquellos aparatos artillados de despegue vertical que habían sido tan populares en misiones antiguerrilleras en las antiguas guerras en las junglas.

La guía de Hake también resultó ser la piloto. Comprobó el cinturón de seguridad de su pasajero, habló brevemente por la radio, hizo un chequeo de treinta segundos siguiendo una lista impresa, y lanzó el aparato en una ascensión vertical para la que no empleó en lo más mínimo la pista de despegue. Era un despegue de pura fuerza bruta en un aparato de pura fuerza bruta, y Hake estaba seguro de que el combustible gastado en elevarlos por los aires hubiera bastado para mantener caliente su rectoría durante todo un invierno.

Se fijó en que estaban volando hacia el sur y el oeste... Deena Fairless no se lo dijo, pero él podía calcular bastante bien su posición por la situación del sol. Volaban bajo, justo por debajo de los tres mil metros, y las corrientes térmicas que salían de las mesetas creaban turbulencias. Fairless no hablaba, al menos no con Hake. Hacía algunos comentarios casi inaudibles por la radio y, aunque no oía lo hablado, lo suponía lo suficientemente importante como para evitar todo intento de conversación anodina. Sólo mientras estaban comenzando a subir para pasar por sobre las cimas de una sierra, ella se inclinó hacia él y le preguntó:

—¿Tienes muchos empastes en la dentadura, Hake?

—No. No demasiados.

—Afortunado —comentó ella, mirando por sobre las cimas.

Allá había algo que mirar. No podía identificarlo, ni siquiera estaba seguro de estar viendo lo que veía. Parecía ser como los haces, delgados como lápices, de unos reflectores que se encendiesen y apagasen, teñidos de color: uno rojo, otros dos verdeazulados. Eran muy tenues excepto en algunos puntos altos, donde ensartaban algunos jirones de cirrostratos, y aun allí sólo existían como impresiones de décimas de segundo. Cuando coronaban la cumbre vio lo que le pareció una superficie inclinada, como un entramado de alambre de gallinero, descendiendo por la otra ladera. Pero sólo pudo dar una ojeada y ya estaban cayendo hacia una pequeña pista de aterrizaje, de superficie negra, cercana a un grupo de edificios. Pintadas en el techo de un

almacén bajo y largo se veían las palabras RANCHO HAS-TA-VA. Vio lo que parecía ser una hilera de poco confortables miniapartamentos de motel, un corral en el que una manada de caballos estaba pastando en un extremo, algunos establos. Los caballos ni siquiera alzaron la vista cuando el avión aulló descendiendo hasta detenerse sobre la pista, que era la única indicación visible de que aquel lugar pudiera ser otra cosa que un intento de atracción turística fracasado y ya en decadencia.

—Bienvenido a tu nuevo hogar —dijo Deena Fairless, soltándose el cinturón y cerrando conmutadores—. Esto te va a gustar.

A Hake no le gustó aquello, pero tampoco le disgustó; no tenía ni tiempo ni energía para una emoción así. Levantarse a las 4,45 de la madrugada, correr medio kilómetro antes del desayuno, por entre los soportes del tendido del campo de alambres que había visto allá arriba. Diez minutos para el lavado y luego otra vez fuera. A veces para una hora de instrucción de combate cuerpo a cuerpo, derribándose los unos a los otros sobre montones de arena o matojos de hierba... La hierba era más blanda, pero a veces entre ella se ocultaba una serpiente. Otras veces para gimnasia sueca. Y otras para prácticas de submarinismo: limpieza de la máscara, arrancarse la máscara unos a otros... Ésos eran buenos momentos, pues dadas las restricciones sobre el uso del agua que había en el lugar, las prácticas de submarinismo eran las únicas ocasiones en las que lograban darse un verdadero baño; aunque siempre había un pero: con aquellas restricciones en el consumo del agua, la de la piscina nunca se cambiaba. Luego, algo sedentario para darles media hora de descanso: aprender a usar equipo de interceptación de comunicaciones, aprender lo que había que hacer cuando eran los otros los que le interceptaban las comunicaciones a uno. Cómo hacer reparaciones en el equipo. Charlas politicopatrióticas, una y otra vez. Luego la comida, nada menos que veinte minutos para comer. Y más cosas. Y más y más. Hake había metido una docena de microfichas entre sus «efectos personales», pero nunca supo si había por allí un lector, porque jamás tuvo tiempo para preguntarlo.

Los compañeros de Hake eran tres docenas de personas, la mayoría de nuevos reclutas como él, pero también algunos veteranos que estaban siendo reciclados para nuevos destinos. Era una verdadera muestra de toda la humanidad: chicos hispanos quinceañeros, una deslumbrante rubia californiana de piernas interminables, dos viejos profesores negros, una monja. Todos compartían el mismo dormitorio, colocado al lado de una duna, bajo los alambres. De algún modo, todos soportaban aquel infierno. La única

cosa que parecían tener en común era que tenían poco en común... exceptuando, claro está, el motivo de su presencia allí. Si Hake hubiera dado una mirada por el interior de un autobús que hubiese cogido una mañana y los hubiera visto a todos allí, lo habría considerado el pasaje absolutamente normal de un autobús en los Estados Unidos. Variaban: unos se iban, otros llegaban. La rubia de San Diego fue la primera en marcharse, con gran disgusto para Hake; pero uno o dos días después llegó una morena de Nueva Orleans, así como dos señoras japonesas de mediana edad de Hawaii. Los únicos que no cambiaban eran los instructores: un chico con una sola pierna que enseñaba vigilancia y eliminación de interceptaciones, una mujer pequeña experta en lucha cuerpo a cuerpo y gimnasia, Deena Fairless para submarinismo y reparación de instrumental y todos ellos, por turnos, para las charlas politicopatrióticas. En los primeros diez días bajo los alambres Hake nunca hizo dos veces la misma cosa, y nunca llegó al final de una jornada sin caer, instantáneamente, en un sueño exhausto, sin que se lo impidiera el hambre, el dolor, los picores o el ocasional canturreo enloquecido de los alambres que había encima.

Al final, había resultado que no se había quedado en el rancho Has-Ta-Va más tiempo del necesario para meterle en una camioneta, que había recorrido, dando tumbos, un kilómetro bajo las antenas receptoras de energía que había contemplado desde el aire. Para cuando le habían dejado en destino y le habían entregado dos mudas de ropa interior, diez pares de calcetines y las botas más recias que jamás hubieran calzado sus pies, ya se había dado cuenta de dónde estaba y por qué estaba allí. La base de entrenamiento se encontraba bajo el receptor de microondas que suministraba electricidad a la mayor parte de tres estados.

La energía llegaba del espacio. A treinta y cinco mil kilómetros de altura, justo encima del ecuador, en una órbita geosincrónica, colgaba un generador magnetohidrodinámico, sorbiendo energía eléctrica del plasma, transmutándola en microondas, bombeándola hacia abajo, hasta la red Ok-Tex-Mex. El problema de una órbita «estacionaria» es que sólo puede serlo en algún lugar directamente encima del ecuador, así que la antena receptora debía estar inclinada hacia el sur. Claro que, a 30° de latitud norte, la inclinación no tenía que ser demasiado grande. Y, como valioso efecto secundario, resultaba que todo el terreno que había bajo aquellos alambres era, si no inmune, al menos sí muy resistente a la inspección aérea o por satélite. Parte del mismo era empleado para que pastase ganado, normal o bien los híbridos con tres quintas partes de búfalo, que sobrevivían mejor y

ganaban peso más deprisa, aunque uno tenía que acostumbrarse al sabor dulzón y fuerte de su carne. Otra parte era empleada, al menos a veces, para plantar cosechas irrigadas, soja, alfalfa o algo similar (aunque no este año, con las reservas de agua decreciendo). Y otra parte más era usada por la gente de Cascarrabias, para los fines que había llevado a Hake allí. La Ok-Tex-Mex no era la única enorme antena receptora que captaba la energía MHD para que funcionasen las tostadoras y se encendiesen las luces de las casas de los Estados Unidos: SCALAZ, en el Río Gila, aún manejaba más energía. Otras tres o cuatro eran del mismo tamaño y la nueva en el Golfo de México, frente a Cabo Sable, era muchísimo más grande (cuando no la hacía pedazos alguna tormenta tropical). Pero la Ok-Tex-Mex estaba muy lejos de cualquier otra cosa que no fuera algún que otro rancho. En aquella parte de Tejas, al sur de la cuenca pérmica, nunca había habido demasiadas cosas sobre el suelo como para que atrajesen a nadie; y lo que había habido debajo del suelo hacía ya tiempo que había sido extraído y quemado en los motores de los coches estadounidenses.

Una vez que uno se acostumbraba a un par de cosas, estar bajo los alambres no era tan malo. El canturreo de quince kilómetros cuadrados de antenas, cuando el viento soplaba, resultaba desconcertante. Los postes que sostenían la red siempre se le ponían a uno por delante. Y estaba el pequeño problema causado por la energía de microondas en sí. El ganado que pastaba bajo la red era engordado para la matanza, no para criar... y había dudas acerca del tipo de descendencia que podría haber tenido. ¿Y respecto a la gente que había en el campamento? Al parecer, ése era un tema sobre el que nadie quería hablar.

El transmisor satélite estaba constantemente enfocado sobre un reflector angulado, situado en el centro de la superficie de la antena receptora. Más del noventa y nueve por ciento de las ocasiones permanecía enfocado allí, o no más lejos de allí de lo que podía aceptar la antena receptora. La densidad de energía media del haz era confortablemente baja. Por desgracia, no siempre se mantenía en la media, porque intervenían factores atmosféricos. Las capas del aire podían interrelacionarse formando lentes. Si enfocaban en un sentido, el haz se desparramaba por una superficie mayor de la que la antena receptora admitía y se perdía parte de la energía. Si enfocaba en el otro, aumentaba la densidad de la energía, y era entonces cuando empezaba a importar el llevar empastes o no. Un haz denso le provocaba a uno el más espantoso dolor de muelas que se pudiera imaginar. Para este problema la dirección del campamento ofrecía aspirinas o, si se deseaba, una inmediata extracción a lo

bruto... y nada más. Lo bueno de aquello era que en pocas ocasiones las peores alteraciones del haz duraban más de una hora o dos. Lo que ya era bastante para enloquecer por un tiempo al que sufría aquellos dolores de muelas... y no suficiente para interferir con su entrenamiento.

Lo que aún quedaba de la fragilidad de la convalecencia de Hake desapareció, sudando en las carreras, los ejercicios gimnásticos y el combate cuerpo a cuerpo, que era una disciplina ecléctica que parecía incluir el judo, la *savate*, el boxeo convencional y los golpes más sucios de las peleas barriobajeras. *Eso* no le iba mal. Hake no poseía aquel fuerte cuerpo masculino desde hacía tanto tiempo como para estar acostumbrado a él, así que cuando lanzó por los aires a la guapa de Luisiana y derribó a uno de los profesores, consiguiendo ponerle la rodilla en el cuello, dos segundos después de que ambos le hubieran saltado encima por la espalda, se sintió ronronear de placer. También había clases acerca de cómo fabricar explosivos a base de vaselina y otros ingredientes que se podían comprar en cualquier droguería, y otras sobre cómo utilizar la Caja Azul y la Caja Negra para introducirse en las redes de telecomunicaciones. Éstas tampoco le parecían mal. La tecnología le resultaba fascinante como alumno inconcluso de las enseñanzas del MIT que él era, sobre todo después de estar años sin pensar en aquellas cosas. Le entrenaron en el uso de una gran selección de cámaras electrónicas y micrófonos, y cada uno de los alumnos tenía su turno para utilizar los aparatos para espiar a sus compañeros. Lo más divertido fue cuando la monja logró una grabación, con el telescopio de espionaje, de uno de los quinceañeros masturbándose detrás de unos matorrales. Hake se sintió muy impresionado. No por la habilidad técnica de la monja, sino por la energía del interfecto, llamado Tigrito. Después de un día de instrucción, a Hake no le restaban energías para pensar en el sexo. (Al menos eso le sucedía durante la primera semana; claro que Tigrito ya llevaba allí cuatro). Hake sólo pensaba en el sexo, o dejaba que su mente vagase en otra dirección que no fuera recordar que tenía que escupir en su máscara de submarinismo antes de ponérsela o memorizar la lista de las partes del micrófono telescopio, durante las clases de indoctrinación. Tumbados sobre la escasa hierba, con el sol cayendo a plomo por entre los alambres de encima, escuchaban a Deena, o a Fortnum, o al Capitán Patapalo, sermoneándoles interminablemente sobre el motivo de su estancia allí:

—Los Estados Unidos están amenazados como jamás antes lo habían estado en toda su historia. —Patapalo tamborileaba con los dedos de una mano sobre su extendido miembro artificial, mientras las palabras surgían de

su boca como si él mismo no fuera más que un magnetofón—. Amenazados por un mundo en el que nuestras legítimas fuerzas defensivas están atadas de pies y manos por los acuerdos internacionales y la burocracia. ¿Alguna pregunta? Vale.

No había preguntas. Existían otros puntos de vista, desde luego, pero Hake no sentía la necesidad de airearlos y, además, Mary Jean se había tendido frente a él, con las manos cruzadas tras la cabeza, y le gustaba lo que estaba viendo. Otra charla:

—Según la Constitución y las leyes de nuestro país —el que ahora hablaba era el viejo Fortnum, que permanecía en pie mientras les arengaba e insistía en que ellos mantuvieran una postura de atención—, se nos ha encargado asegurar para nosotros y nuestra descendencia las bendiciones de la democracia, y debemos hacerlo manteniendo a nuestra nación fuerte y segura. ¿Alguna pregunta?

Tampoco había preguntas para Fortnum. Era el único de los instructores que tenía la costumbre de imponer trabajos extra por cualquier falta, y llamar la atención sobre uno mismo acostumbraba a considerarlo una falta.

Deena Fairless era la única que, como conferenciante, lograba mantener la atención de Hake. Para empezar, ni se sentaba ni permanecía quieta, sino que caminaba entre ellos, despertándolos a veces con el pie, cuando el calor de la digestión comenzaba a adormilarlos uno tras otro; además, hablaba de cosas interesantes:

—Por orden presidencial estamos limitados a efectuar operaciones secretas, no letales y únicamente en suelo extranjero. Recordad las tres condiciones: secretas, no letales, en el extranjero. Ahora, si no hay preguntas... —Apenas si hacía una pausa, porque tampoco para ella había preguntas—, voy a explicaros algunas de las cosas que habéis visto por aquí.

Y así fue como Hake se enteró de que el entrenamiento de agentes secretos era una de las varias funciones de aquel complejo. Había una instalación de investigación subterránea, excavada en las profundidades de la ladera, a algunos kilómetros de distancia. Y era de allí de donde salían las gafas de infrarrojos y los botes de goma espuma. Había un lugar al que, eufemísticamente, se le denominaba «de obtención de información». Ninguno de ellos debía, jamás, acercarse por allí. Aunque no era muy probable que ni siquiera lo intentasen, porque siempre estaba vigilado por patrullas con enormes perros guardianes. Deena Fairless no les explicó de quién se obtenía allí la información, pero los estudiantes tenían su propia opinión al respecto, y si alguno de ellos era capturado por los del Otro Lado, suponían que

acabarían en algún local «de obtención de información» situado en algún otro punto de la superficie de la Tierra. Incluso había un pequeño grupo de escritores creativos (ellos eran los que, en realidad, ocupaban las instalaciones del Rancho Has-Ta-Va propiamente dicho), encargados de confeccionar los textos de propaganda psicológica.

Y, cuando Dios quería demostrarles su infinita bondad, se les permitía ver películas. Vieron los más famosos éxitos pasados de la Agencia: las operaciones de falsificación de moneda que provocaron la bancarrota del Banco de Inglaterra y las bajadas artificiales de precios que habían provocado la quiebra de diez mil cultivadores de arroz indios, filipinos e indochinos. Se les dio a entender que aquello era sólo una pequeña parte de las acciones realizadas con éxito por la Agencia. Les mostraban las que habían dejado de ser secretas, aquéllas en las que el Otro Lado, o más a menudo los Otros Lados, sabían lo que había sucedido. Había proyectos mucho más importantes que jamás habían sido detectados. Y se daban cuenta, porque se lo recalcaban día tras día, con insistencia incansable de que aquello era el Proyecto Óptimo: lograr hacer algo que debilitase alguna parte del resto del mundo, Estados Unidos excluidos, sin que jamás fuera descubierto.

Y, naturalmente, al mismo tiempo los Otros Lados estaban haciéndole a los Estados Unidos todo lo que podían. Las plantas acuáticas que estaban saturando hasta el estrangulamiento todos los ríos de corriente lenta en el Noreste; la revuelta del «¡Infiernos, no. No pagaré las tasas de recogida de basuras!» de los inquilinos de las casas de Florida; las huelgas salvajes del campo en California y las de trabajo lento de los camioneros, que, conjuntamente, habían hecho que las frutas y verduras frescas se estuvieran pudriendo en los campos y los almacenes, mientras que los consumidores pagaban el triple de su precio por las conservas vegetales... A todo ello se le había seguido la pista hasta llegar a su origen: la intervención extranjera, que jugaba al mismo juego que la Agencia, pero desde el otro lado del tablero. Y seguían en ello: aún bajo la antena de microondas, a pesar de lo poco que sabía del Suroeste, en el que nunca antes había estado, Hake podía darse cuenta de que la escasa hierba estaba agostándose y muriendo. Según decían, el Otro Lado estaba de nuevo robando nubes, lanzando vapor de bromuro sobre los grandes cúmulos que flotaban sobre el Pacífico y confiscando su lluvia antes de que tuviera la oportunidad de llegar a América.

Quizá las microfichas de Hake pudieran haberle dicho cuándo había empezado el juego, si hubiera tenido tiempo de leerlas. El caso era que, por

muy lejos que atisbase en el futuro, no podía divisar cuándo acabaría todo aquello.

Incluso en el suroeste de Tejas hacía frío a las dos de la madrugada. Un frío sorprendente, doloroso. Por encima, las diez mil estrellas de Tejas hacían guiños a través de los alambres gimoteantes, y el viento del norte que tañía la antena receptora también congelaba a Hake. Y congelaba a Tigrito y a Mary Jean y a la hermana Florian y a las dos señoras hawaianas; todos ellos lo pasaban peor que Hake, que al menos se había criado en New Jersey. Deena Fairless parecía bastante a gusto, pero al fin y al cabo era ella quien los había sacado violentamente de la cama a medianoche para aquel ejercicio de entrenamiento. Ella había tenido tiempo para prepararse para aquella marcha nocturna, poniéndose incluso, Hake casi lo habría jurado, calcetines gruesos de lana y ropa interior termógena.

Mary Jean, apoyada contra el mismo pilar triangular que Hake, se movió sinuosamente hasta él. No suponía que fuese por afecto: ella estaba muy lejos de su Luisiana y lo que andaba buscando era tan sólo un poco de calor. No obstante, lanzó una mirada hacia Deena, que dijo:

—Permaneced despiertos, eso es todo.

Pero el problema de Hake no era que tuviese sueño. Su problema era que, cuando Deena había llegado hasta él con su linterna y le había retorcido el dedo gordo de un pie para despertarlo, había destrozado uno de los mejores sueños eróticos del que tuviera reciente memoria. Y aún no había logrado salir del todo de aquel sueño. Desde luego, Mary Jean no olía como una chica de ensueño, sino más bien como una chica muy real que había sudado de lo lindo y no se había bañado lo suficiente... Pero alguna sinapsis, célula o proceso en su cerebro identificaba, sin posibilidad de error, un yin para su yang, y la persona real que dormitaba contra su hombro se fundió con la persona soñada que había tenido que abandonar de tan mala gana.

—¡He dicho que sigáis despiertos!

—Lo siento, Deena —se excusó Mary Jean, colocándose en una postura más alerta—. ¿Cuándo nos vamos a poner en marcha?

—Cuando lo tengamos claro.

—¿Y cuándo lo tendremos claro?

—Cuando el Tigre vuelva y nos diga que todo está bien. —Deena dudó, y al fin dijo—: Moveos un poco si lo preferís, pero mantened las voces bajas.

Estaban en un arroyo que daba un giro pronunciado justo delante de ellos; muy bien a cubierto de que les viesan, y los alambres que resonaban por encima eran una buena tapadera en lo que al sonido respectaba. En aquel

punto la antena estaba al menos a unos veinte metros por encima de sus cabezas, pero Hake la podía ver como un parpadeante encaje de telas de araña escarlatas, débil pero visible, mientras reflejaba los impulsos de los reflectores de radar de las esquinas. De hecho, resultaba asombroso lo mucho que podía ver a la luz de las estrellas, ahora que sus ojos habían tenido dos horas para adaptarse. Deena Fairless había desenroscado lo que parecía un gran tubo de pasta de dientes, con la cabeza inclinada en profunda concentración, y luego lo había apretado para ponerse en un dedo un poco del contenido.

—¿Qué es eso? —preguntó Beth Hwa, que estaba sentada con las piernas cruzadas y la espina dorsal tiesa y en tensión.

—Esto es lo que le vamos a meter por el culo a una vaca —le contestó Deena. Se produjo el tipo de silencio que sigue a un chiste que no le hace gracia a nadie, hasta que Deena prosiguió—: No es broma. Éste es nuestro trabajo de esta noche. Vamos a ir hasta donde está la manada de los híbridos en tres quintas partes, buscaremos a las novillas y las untaremos con un poco de esto en sus, digamos, partes íntimas. Y no me refiero a sus años, sino a sus vaginas. Pero si no podéis distinguir una cosa de la otra, entonces tendréis que untarles ambas cosas.

El silencio se prolongó, pero cambió de especie: ahora era el silencio que rodea a un grupo de personas que se preguntan si no será que alguien está gastando una broma muy pesada, y de la que ellos son la víctima.

Deena lanzó una risita.

—Es un ensayo —explicó—. Simula una operación real de la que tal vez, o tal vez no, oigáis hablar de nuevo antes de marcharos de aquí.

—¡Vaya operación! —resopló la hermana Florian.

—Oh, tú vas a quedar excusada de esa parte —le dijo Deena—. Tú vas a ser nuestro centinela.

—No necesito que me excusen de nada —dijo airadamente la monja—. Sólo estoy comentando que no me gusta esto.

Una piedrecita cayó por la ladera del arroyo, seguida por Tigrito, que regresaba de su patrulla de reconocimiento.

—No he visto por ninguna parte a los vaqueros —informó—. Hey, tío, déjame un poco de ese calor.

Se sentó pegado a Mary Jean, por el otro lado, y la rodeó con un brazo.

—¿Y qué hay de la manada? ¿La has encontrado?

—Oh, claro, tía. Tranquilos y dormiditos, más o menos a un par de kilómetros.

—Entonces vamos. Tú también. Tigre. En pie, Mary Jean. y. desde este momento, nada de charla. Tigre en cabeza y yo en la cola. Cuando divisemos la manada nos paramos y cada uno de vosotros coge un puñado de esta pasta y comienza a untar.

—¿Y cómo sabremos que es una novilla? De hecho, ¿qué es una novilla?

—Si no sabéis distinguirlas, entonces untáis a todos los bichos. En marcha, Tigre. Poneos todos las gafas.

A través de las gafas de infrarrojos Hake vio el paisaje transformado. Había calor residual en la ladera de la colina, así que caminaban por encima de rocas que brillaban apagadamente; Tigrito, delante de todos, era unas manos y una cabeza brillante moviéndose en derredor de un torso mucho más oscuro, y él alambre de encima era un tachonado de puntos brillantes que oscurecían las estrellas. Ni siquiera podía ver a través los haces de láser rojos y verdeazulados, y cuando apartó la vista del alambre le llevó un tiempo volver a acostumbrarse a la relativa oscuridad. Era una larga y fatigosa escalada colina arriba, y luego otra marcha aún más dura ladera abajo. Allí, la parte superior de una cima había sido rebajada para que no molestase a la antena receptora, y el alambre no estaba más que a unos tres metros sobre el suelo. Todos caminaron sobre el montículo con la cabeza gacha o encorvados, y no se irguieron hasta que estuvieron resbalando hacia abajo por la masa de tierra suelta que las máquinas aplanadoras habían vertido por el otro lado. Decían que tocar la antena receptora no le mataba a uno. Pero nadie quería comprobarlo.

Los híbridos con tres octavas partes de búfalo y cinco octavos de vacuno estaban descansando apaciblemente en la parte baja de la ladera, nada interesados en los humanos que se arrastraban hacia ellos. Aquellos híbridos eran criados tanto por su estupidez como por su carne y su leche, y sus criadores habían tenido mucho éxito en las tres características buscadas. Lo que más les gustaba comer era la flor de la yuca, y por esto, según le habían dicho a Hake, también se llamaba a la yuca «hierba del búfalo». Con esa dieta engordaban hasta alcanzar el tamaño de matadero en tres años.

Deena reunió a sus soldados y, cuando la rodearon, les fue poniendo una sustancia pegajosa y oleaginosa en cada palma, haciéndoles luego una seña en dirección a la manada. Fueron bajando cuidadosamente por la superficie resbaladiza e inestable. Hake resbaló y se cayó, y, mientras se recuperaba, oyó a Tigrito gemir:

—¡Hey, tío! ¡Tú no estabas antes aquí!

Una brillante luz se reflejó en las gafas infrarrojas... Era la linterna de Deena, que iluminó a un hombre con tejanos y sombrero Stetson que apuntaba a Tigrito con un arma de fuego.

—¡Te cacé! —se regodeó el hombre—. Estáis detenidos, todos vosotros. ¡Manos arriba!

Una rabia ciega llenó la mente de Hake. ¡El muy bastardo tenía un arma! Si Hake tuviera otra... No acabó de formular el pensamiento, pero su dedo ya se estaba curvando sobre un inexistente gatillo. Y no era el único que pensaba así: sin dejar de gemir y quejarse, Tigrito se estaba acercando lentamente al hombre y, tras el vaquero, la hermana Florian le estaba echando las manos al cuello. Pero no lo bastante silenciosamente: el hombre medio la oyó y comenzó a girarse, cuando Tigrito se lanzó contra él, derribándolo al suelo. El arma salió volando y el brazo de Tigrito se alzó y cayó.

Y todo terminó. Tigrito se puso de rodillas, aun aferrando el pedrusco que había cogido para darle con él al cráneo del hombre.

—¿He matado a este jodido tío? —preguntó.

Deena se inclinó hacia él, iluminándolo con la linterna.

—No, al menos aún no, fiero. De acuerdo, vamos a lo nuestro. Hermana, quédate aquí y dale una ojeada. ¡Los demás, a por esas vacas!

Lo que más recordaría luego Hake de aquel incidente era un hecho asombroso: había deseado matar al vaquero. Si le hubieran interrogado, teóricamente, sobre aquella posible situación antes de encontrarse metido en ella, habría negado enfáticamente que tal cosa fuera a suceder. ¡Vaya idea tan ridícula! No tenía razón alguna, no tenía nada en contra de aquel hombre. Y en el incidente no había realmente nada en juego. ¡Desde luego, él no era ningún asesino! Pero, cuando llegó el momento, supo que si hubiera tenido un arma, hubiese apretado el gatillo.

En realidad el hombre no había muerto. Se habían dedicado a su cómoda tarea de embadurnar aquello bajo las colas de los animales, y luego habían hecho turnos para llevar al hombre, todavía inconsciente, el largo camino que había bajo el alambre hasta sus barracones. Por lo que Hake sabía, seguía con vida; al menos estaba vivo cuando el camión del Has-Ta-Va se lo había llevado, con una buena conmoción y posiblemente con fractura de cráneo, pero respirando. Los seis se habían mirado unos a otros una vez dentro de su barracón, con las manos, caras y ropa manchadas de pintura verde... no había sido hasta llegar al campamento iluminado cuando habían descubierto lo que Deena les había extendido en las palmas. Cuando Hake se derrumbó en la cama, para dormir los cuarenta y cinco minutos que quedaban hasta el toque

de diana, pensó en que aquel asunto podía traer cola. Y también pensó que ya sabía qué era que le había parecido tan raro en las expresiones de sus camaradas: todos ellos habían estado a punto de sonreír abiertamente.

Pero por la mañana, cuando Fortnum los hizo formar a la luz previa a la aurora, no se dijo ni palabra de aquel incidente. Corrieron el par de kilómetros, engulleron su desayuno, pasaron su horita en el recorrido de obstáculos y se presentaron para la clase de Deena sobre interferencia de ordenadores. Tras diez minutos de preguntas sobre la nomenclatura y características de la máquina, Hake ya no pudo aguantar más:

—Deena —preguntó—. ¿Cómo está ese tipo?

Ella hizo una pausa entre «bit» y «byte» y le contempló pensativamente.

—Se pondrá bien —le contestó al fin.

—¿Estamos metidos en un lío?

—Siempre estaréis metidos en un lío hasta que no os vayáis de este lugar —afirmó ella—. Pero no en ningún lío especial con el que no pueda enfrentarse la Agencia. Estas cosas ya han sucedido otras veces.

Todo el grupo sabía lo que había pasado, y uno de los que no habían participado en el incidente alzó la mano.

—Deena, por favor, ¿qué demonios era lo que estabais haciendo anoche?

Deena miró su reloj.

—Bueno... os diré lo que vamos a hacer. Patapalo se ha marchado con el avión. Fortnum ha ido a buscar suministros. Y yo tengo que hacer un informe. Así que voy a dejaros solitos durante, veamos, noventa minutos. Pero como no es bueno que perdáis el tiempo, os voy a poner dos trabajos, con premios para los vencedores. En primer lugar, veamos si podéis descubrir qué ejercicio era el que hicimos anoche. En segundo lugar, quiero que cada uno de vosotros piense en un proyecto para la Agencia. Serán juzgados según su originalidad, posibilidades prácticas y efectividad, y para que estéis seguros de que el juicio será imparcial, dejaré que sea Fortnum el que los juzgue.

—¿Y cómo podemos descubrir de qué iba el ejercicio? —preguntó Beth Hwa.

—Ése es vuestro problema —dijo amistosamente Deena.

—¿Y cuáles serán los premios? —inquirió Hake.

—Muy fácil: el vencedor en cada una de las categorías será el único no castigado con trabajo extra. Hasta luego; os quedan ochenta y ocho minutos.

Nunca se habían quedado solos antes de la mitad del día, y no estaban muy seguros de cómo enfrentarse con esa novedad. Una docena de miembros del grupo fueron vagando, hasta llegar al borde de la piscina de

submarinismo, Hake incluido, así como la mayoría de los seis que habían participado en el ejercicio. No tenía nada que ver con los problemas a resolver; era más bien una forma de tratar de quitarse los residuos de pintura, así como un modo de despertar esa parte de sus cerebros que, falta de sueño, no deseaba otra cosa que arrastrarse hasta el barracón dormitorio. Se desnudaron hasta quedarse con la ropa interior, válida para todo, y se remojaron en el agua tibia y estancada.

Luego comenzaron a preguntarse sobre todo aquello.

—Quizá estábamos practicando cómo inmovilizar, no sé muy bien, caballería o algo así. Con algo como drogas somníferas.

—¡Mierda, tío! ¿De qué caballería hablas?

—Bueno... quizá caballos de carreras. A veces te dan un anestésico mediante un enema, ¿no?

—O quizá fuera algún tipo de veneno, para matar los suministros de carne de alguien.

—¡Vamos, Beth! ¿Crees que la Agencia iba a mandar a su gente por ahí para darles masajes en el culo a diez o veinte millones de vacas? Espera un momento... Quizá el trabajo real no se haría con pintura sino, qué sé yo... tal vez con miel. Y eso atraería a las moscas, y ellas traerían enfermedades...

Ideas descabelladas. El grupo parecía generar un montón de ellas. Tendidos bajo el sol, con sólo por encima el alambre que no daba sombra, el cerebro de Hake no estaba a la altura de la tarea de discernir si alguna de aquellas ideas era más descabellada o no de lo que ya sabía que había llevado a cabo la Agencia. Sentada a su lado, Mary Jean se inclinó hacia él y le susurró al oído:

—¿Tienes alguna idea mejor? —Él negó con la cabeza—. Entonces, quizá deberíamos empezar a pensar en la otra tarea, quiero decir, empezar a pensar en un verdadero trabajo. Espera un momento, tengo un papel.

Mientras ella estaba buscando en su bolso, Hake se recostó y cerró los ojos, dejando que la charla le entrase por un oído y le saliese por el otro. Algunas de las cosas que habían imaginado como explicaciones para la misión de la noche anterior podían servir, pensaba, como proyectos válidos. Seguían en ello con muchas ganas... como si cada uno de ellos se lo hubiera tomado como un reto personal. ¿Cómo se habían vuelto todos tan belicosos?

—... algún tipo de ácido irritante, para hacer que salgan en estampida...

—... estreñirlos hasta que se hinchen y mueran...

—... les huele mal a los machos. ¡Hey, quizá a los toros no les guste la pintura verde!

—No, espera un momento, Tigrito. Míralo desde otro punto de vista. Imagina que se tratara de algún tipo de producto químico que interfiriese en el coito. Quizá provocase que el toro perdiese, esto, su erección.

La hawaiana se irguió, sentada muy tiesa.

—¡Tengo una idea mejor! —gritó—. ¿Para qué malgastarlo en los toros? Voy a probar con esto para la otra tarea: algún tipo de producto químico que, dándoselo a las mujeres, no sé, quizá poniéndoselo en la comida, las esterilice, o haga que no sean atractivas para los hombres.

—Quizá no tuviera que ser un producto químico, Beth —intervino el profesor negro—. Se le puede dar un soborno a la industria de la moda, para que vuelvan a imponer el miriñaque o la maxifalda, una cosa así.

—¡O mejor aún! ¿Por qué no iniciar un movimiento de vuelta a la religión? Hacer que todas las mujeres se metan monjas.

El profesor dijo, pensativamente:

—¿Sabéis? Esto ya pasó en cierta ocasión, allá en la Edad Media. Tanta gente profesaba el voto de castidad, que los reyes franceses llegaron a estar preocupados por la caída del índice de la natalidad. Sólo que llevaría bastante tiempo para que resultase efectivo: pasarían veinte o treinta años antes de que empezase a ser importante y ¿quién sabe cómo sería el mundo entonces? ¡Ah!... hola, hermana, precisamente estábamos hablando de monjas...

La hermana Florian se sentó; parecía muy complacida consigo misma.

—He oído de lo que estabais hablando —su rostro, habitualmente severo, aparecía conspicuamente divertido.

—De acuerdo, hermana —dijo Tigrito—. ¿Qué pasa? ¿Has imaginado lo que tratábamos de hacer anoche?

—No —dijo ella alegremente—. No lo he imaginado. Lo he *averiguado*. Todos os marchasteis y me dejasteis sola con el ordenador, así que le di la orden de abrir las memorias y le pedí que me buscara todos los proyectos de la Agencia relacionados con las áreas genitales de los grandes mamíferos.

—¡Vamos, hermana! ¿Cómo has podido hacer tal cosa?

—Bueno, preparé un esquema para los genitales de los grandes mamíferos, los agentes biológicos o químicos, los proyectos de la Agencia...

—¡No, no! Me refiero a la orden de abrir las memorias.

Ella sonrió abiertamente.

—Me he fijado en cómo lo hace ella, Tigrito. Teclea la fecha del mes más dos y luego su segundo apellido. Y se abren las memorias. Así que estuve un tiempo investigando y llegué a la gonorrea equina.

—¿La gonorrea equina?

—Hubo una epidemia de eso en América, allá en los años setenta. Ahora hay una nueva cepa que es infecciosa para todos los mamíferos grandes y que, además, es resistente a los antibióticos. Creo que lo que algunos de nosotros vamos a hacer, en algún momento, es infectar a las vacas destinadas a criar, para que ellas infecten a los toros sementales, de modo que así nos carguemos una buena parte de algún programa de crianza de ganado. En algún lugar. Yo opino que en Argentina. ¿O tal vez será en Inglaterra o Australia? Podría ser en cualquier parte. De todos modos —añadió—, lo escribí todo, lo sellé con el reloj marcador y lo dejé sobre la mesa de Deena, así que ya sabéis.

Cruzó las manos sobre su regazo y dedicó a todos una sonrisa.

Pero Hake ya no estaba escuchándola. Una cadena de asociaciones de ideas se había formado en su mente. Monjas. Conventos. Gente afluyendo en gran número a las órdenes religiosas. Un movimiento de vuelta a la religión. Comenzó a escribir rápidamente con el trocito de lápiz que le había dado Mary Jean: «Líderes religiosos como Sun Myung Moon, gurús hindúes, musulmanes negros y otros similares han apartado a un número significativo de personas de la fuerza laboral de los Estados Unidos. Propuesta: que se identifiquen y evalúen los líderes religiosos carismáticos. Aquellos que puedan resultar efectivos pueden ser subvencionados o...».

Recogió sus pies justo a tiempo para que no se los pisase Tigrito cuando, caminando con prisa alrededor de la piscina de buceo, se detuvo frente a él. El joven le dedicó una sonrisa a Mary Jean.

—Hey, empecemos de nuevo donde lo paramos —dijo, dejándose caer entre los dos. Instintivamente, Hake le hizo sitio, mientras el chico agarraba a Mary Jane entre sus brazos.

—Mira lo que haces —le dijo irritado Hake.

—¡Hey, tío! Lo he mirado, llevo mucho tiempo mirándolo, y ahora ya estoy preparado para tocarlo y apretarlo... ¡Joder, tía!

Se desplomó sobre Hake cuando el codo de Mary Jean, tras un recorrido de no más de veinte centímetros, le dio justo debajo de las costillas. Hake le apartó de un empujón.

—¡Que te den por culo. Tigrito! —exclamó Mary Jean.

—Lo mismo digo —añadió Hake. El chico le lanzó una mirada asesina, luego se puso en pie de un salto y se le acercó con los brazos tendidos en posición de ataque.

—Si la chica me dice que me vaya a tomar por culo, está en su derecho —afirmó—. Pero tú no tienes por qué meterte en esto, malparido.

Hake también se había puesto en pie, con sus brazos respondiendo automáticamente al ponerse en posición de defensa; pero dio un paso hacia atrás, indeciso. Se dijo que, en realidad, aquélla no era su pelea. Si acaso, era de Mary Jean, que podía cuidarse de sí misma tan bien como cualquier otro.

—Además eres un jodido cobarde —se burló Tigrito, al tiempo que fintaba una patada hacia la tripa de Hake.

Hake tenía un gran respeto por Tigrito como luchador, y había perdido una docena de enfrentamientos con él en el ritual del combate cuerpo a cuerpo que practicaban en el campo de entrenamiento. Pero en aquel momento la parte de su cerebro que evaluaba y sopesaba no estaba funcionando. Cuando subió el pie de Tigrito, Hake dio un paso hacia un lado y lo agarró; pero mientras Tigrito se desplomaba hacia atrás agarró los brazos de Hake y lo impulsó por encima de su cabeza; Hake se revolvió en pleno aire y le dio un rodillazo al chico en la mandíbula. En diez segundos todo había acabado, con Hake arrodillado sobre el pecho de Tigrito y levantándole la cabeza para estrellársela contra el duro cemento.

—¡Santo cielo! —surgió de detrás la voz de Deena—. Se os deja solos unos minutos y, ¿qué es con lo que una se encuentra? ¡Quieto ahí, asesino! Se acabó la pelea. Todos estáis en la lista de los trabajos de castigo para esta noche.

Cuando finalmente llegó a su cama, hacia medianoche, Hake estaba tan exhausto que ya no podía dormirse. Dio vueltas en la cama un rato y luego se tambaleó hasta la letrina para escribir las postales obligatorias. Una para Jessie Tunman, con un cañón del Río Pecos: *Me lo estoy pasando muy bien, descanso mucho. Hasta pronto.* Una para que la colgasen en el tablero de anuncios de la iglesia: *Os echo mucho de menos a todos, pero regresaré lleno de energía para iniciar el año eclesiástico.* Ésta era de un rebaño de híbridos, con un vaquero en helicóptero conduciéndolo. Se suponía que cada uno de ellos debía enviar tres postales por semana, pero Hake había luchado contra esta disposición y había logrado una reducción del número. Él no tenía tres personas a las que enviar postales. Aparte de la iglesia, no tenía a nadie.

Arrastrándose de vuelta a la cama, se preguntó qué habría pensado la congregación de su belicoso ministro, si lo hubiera visto aquel día, peleándose con un chico barriobajero. Al menos a Alys le habría encantado. Y sería muy agradable tener a Alys encantada, al menos en ciertos momentos, pensó, dándose la vuelta irritado y escuchando perfectamente los ronquiditos de Mary Jean, dos literas más allá. Empezó a contar: llevaba bajo el alambre once días. Le parecían muchos más. No era exactamente la misma persona

que había llegado en vuelo desde Newark. No estaba seguro de qué persona era exactamente, pero, desde luego, el antiguo reverendo Hake no se hubiera peleado por causa de una mujer.

Y llegaron y pasaron el día duodécimo, el decimotercero y el decimocuarto, y todo lo que había más allá del estado de Tejas fue escapando más y más de sus pensamientos. La gente que le importaba era Deena y Tigrito y Beth Hwa y la hermana Florian y Patapalo y Mary Jean, sobre todo Mary Jean. El decimoquinto día se besaron tras el barracón dormitorio. No hubo conversación: simplemente la siguió al otro lado del edificio y cuando ella se giró los brazos de él estaban rodeándola, y durante tres o cuatro minutos sus lenguas estuvieron enloquecidas en la boca del otro; entonces la soltó y ella siguió su camino y él el suyo. El decimosexto día todo el equipo fue dedicado a rociar con defoliante los pastos de los híbridos: los animales recortaban tanto las plantas de yuca que de tanto en tanto tenían que matar las plantas no comestibles para que la yuca tuviera posibilidades de volver a crecer. Para cuando regresaron, Hake había resuelto su problema sexual y también lo había resuelto Mary Jean. Devorando como lobos la cena, aquella noche estuvieron muy juntos en el banco de la mesa, tocándose. Deena parecía divertida. La hermana Florian, tolerante. Tigrito, hosco. Y Beth Hwa, aquella silenciosa mujer de mediana edad, esposa de un comerciante en aguacates de Hilo, paró a Mary Jean cuando ésta salía del comedor y le entregó algo. Mary Jean se lo enseñó a Hake, sonriendo; era un pastillero.

—Por si nos quedásemos cortos —le explicó.

El resto de las tres semanas comenzó a parecerles más atractivo. Pero el decimoséptimo día Fortnum les dijo que el Comité de Vigilancia del Congreso iba a venir para su inspección anual y que sería mejor que todos tuvieran buen aspecto, así que esa noche todo cambió. Patapalo les dio las buenas noches con la noticia de que, al día siguiente, tendría una misión especial para ellos. Y por la mañana se la explicó:

—Esto no es, repito, no es una misión de entrenamiento —canturreó—. Es real. Se os va a dar equipo completo para una estancia prolongada al aire libre y toda la promoción va a participar. Cinco de vosotros irán por avión a Del Rio. Al resto lo llevarán en camión al Parque Nacional de Big Bend. Vamos a llevar a cabo una cacería de espaldas mojadas.

—¿De espaldas mojadas?

—¡Sí, infiernos. Tigrito! Deberías saber lo que es un espalda mojada. Son demasiados los mejicanos que vienen ilegalmente a este país y nos quitan

nuestros trabajos, ¿entendido? Y somos nosotros los que tenemos que detenerlos.

—Un momento —interrumpió Hake—. Tenía entendido que la orden presidencial limitaba nuestras acciones al exterior de los Estados Unidos.

—Mierda, muchacho. *Ellos* vienen del exterior de los Estados Unidos, ¿no es así? Si sigues diciendo cosas como ésa no vas a progresar mucho en la Agencia. Y ahora escuchadme todos: vamos a ir hasta la frontera y nos vamos a hacer amigos de los espaldas mojadas, esos mejicanos que entran ilegalmente en nuestro país. Luego vamos a seguir su pista hacia atrás y descubrir por dónde vienen y a seguirla hacia adelante y ver adónde van. Si alguno de vosotros hace bien las cosas, es posible que lo envíen a St. Louis y Chicago o incluso a Nueva York para descubrir adónde van allí. No vamos a efectuar ninguna acción directa en contra de ellos, eso es cosa de los de Inmigración. Nos vamos a limitar a localizarlos y a conseguir las pruebas. Ése es un buen trabajo, así que no lo estropeéis.

Diez minutos para hacer el equipaje. Se miraron unos a otros, y Tigrito anunció que iba a ir hasta Chicago aunque tuviera que matar para conseguirlo, y la hermana Florian dijo que sospechaba que todo aquello era simplemente un plan para quitárselos de encima mientras el Comité inspeccionaba la instalación, y Hake y Mary trataron de calcular las posibilidades de que los metieran en el mismo camión. O avión. Pero, tal como resultaron las cosas, Hake nunca pudo descubrir las maravillas de la vida de los espaldas mojadas en las grandes ciudades. Justo cuando los camiones estaban a punto de partir, le separaron del resto y le ordenaron que fuese a la oficina del director de entrenamientos, y allí, sentado en la silla de enea en el porche del segundo piso del edificio principal, estaba Cascarrabias, hablando por un teléfono a prueba de escuchas.

—No esperaba verte aquí —dijo Hake.

—Claro que no —comentó Cascarrabias, colgando el teléfono—. Vas a volver a Europa.

—¿Sí? ¿Y por qué? ¿Qué tienes para que propague esta vez, la lepra?

Cascarrabias lo miró pensativamente.

—¿La lepra? Oh, no, Hake. Eso no sería una buena idea. Es difícil infectar a alguien con la lepra. Y el período de incubación es demasiado largo. El trabajo que hiciste el mes pasado, ése sí que fue bueno. ¿Sabías que el absentismo laboral en Alemania subió en un ochenta por ciento durante ese mes? Y, naturalmente, nuestros laboratorios acaban de anunciar que han conseguido dar un gran paso adelante en la inmunización contra esa

enfermedad. Tenemos suficiente fármaco, en este momento, como para sesenta millones de dosis de vacuna. Vamos a venderlas por todo el mundo y conseguiremos un buen fajo de billetes para equilibrar nuestra balanza de pagos. Pero, en cualquier caso, ésa sólo fue tu primera misión, Hake. Realmente no se podía esperar que hicieras algo por propia iniciativa. No. Pero ahora creemos que ya estás preparado para entrar en primera división, y realmente me gustó mucho tu propuesta sobre lo de las religiones.

A Hake le costó un instante recordar el proyecto que había estado pergeñando junto a la piscina de submarinismo, justo antes de su pelea con Tigrito. Lo había entregado y no se había vuelto a hablar de ello.

—No... no pensaba que nadie le hubiera hecho caso.

—Pues sí. ¡Infiernos, Hake! Es una idea fascinante. Si pudiéramos hallar un Sun Myung Moon europeo, o incluso algún buen líder mesiánico... bueno, pues íbamos a apoyarlo hasta las últimas consecuencias. En Europa están apareciendo nuevas sectas, pero lo realmente importante es hallar a alguien con el bastante carisma personal como para hacer una buena tarea de proselitismo. ¿Tienes alguna idea acerca del tipo de persona que deberíamos buscar?

—Bueno... la verdad —respondió Hake, animándose—, es que seguí pensando en ello. Sería bueno hallar a alguien que tuviera un atractivo especial para los obreros industriales. O para los mineros.

—¡Ésa es la idea justa, Hake!

—Naturalmente, necesitareé algún equipo de investigación, para estudiar las religiones que se dedican a hacer proselitismo.

—Seguro que te gustaría hacerlo, Hake, pero no ahora. No tienes tiempo. Debes estar en la autopista dentro de dos horas para coger un autobús. Luego volarás hasta Capri.

—¿Capri? ¿Qué demonios se me ha perdido a mí en Capri?

—Eso es lo que dicen las órdenes —le explicó Cascarrabias—. Allí te recibirá alguien. Cuando llegues te explicarán por qué es ése el sitio al que tienes que ir.

—¡Pero... mis libros para investigar, los voy a necesitar! Y ropa. No voy vestido correctamente para un viaje a Italia.

—Ya se han ocupado de la ropa, Hake. Hay alguien en Long Branch haciéndote una maleta. Hemos... bueno, hemos preparado una carta con tu firma para dársela a tu ama de llaves. La ropa te estará esperando cuando llegues allí.

—¡Pero mi iglesia, mi comunidad, me espera de vuelta la próxima semana! ¿Y qué hay del resto del cursillo de entrenamiento que tenía que hacer aquí?

—Probablemente estés de vuelta dentro de una semana —le informó Cascarrabias—, En lo que se refiere a tu cursillo... bueno, pues acabas de aprobarlo.

III

En autobús hasta Odessa; en avión de hélice hasta Dallas-Fort Worth; en reactor a Roma, con noventa minutos de correr arriba y abajo por las dependencias del aeropuerto para recoger su maleta; el reactor al aeropuerto de Capodichino; en monorraíl hasta la bahía; en vehículo de colchón de aire hasta Capri. Hake había abandonado el Rancho Has-Ta-Va a las dos de la tarde. Catorce horas y ocho husos horarios más tarde estaba rebotando a través de la bahía, a lo que la hora local decía que era mediodía pero que su reloj corporal interior no podía lograr identificar. De lo que sí estaba seguro era de que estaba muy muy cansado, y muy a punto de marearse. No había esperado que un viaje en *hovercraft* fuera tan agitado. Cada cima de ola golpeaba ligeramente contra la parte inferior del vehículo, y su malestar de estómago no se alivió al descender a tierra, pues la terminal del aparato hedía a pescado en descomposición.

Tal como le prometieron, le estaban esperando. Una joven con una camisa de encaje negra y unos tejanos de terciopelo también negro, con las perneras recortadas, se abrió camino a empujones entre los que se ofrecían como guías y los vendedores de recuerdos de Capri y le dijo:

—¿Padre Hake? ¿Sí? Deme el *ticket* para recoger su maleta, por favor. Espéreme en el aparcamiento.

A Hake le parecía familiar, pero en aquella condición precaria en que estaba no podía identificarla. Cuando llegó al aparcamiento iba en un *scooter* eléctrico de tres ruedas, sin ninguna clase de capota, por lo que cualquier intento de conversación era ahogado por el ruido del tráfico. Capri era muy caluroso. Húmedo y caluroso, y neblinoso; el hedor a podrido era de decenas

de millares de pescaditos, del tamaño de un dedo, que flotaban con la tripa al aire en la bahía o quedaban varados en la arena, y que no lograron dejar atrás en todo el camino, a lo largo de una carretera cortada por un precipicio. Luego, en lo alto de un farallón, se encontraron con un hotel de estuco rosa, y dejó de oler a pescado para oler más bien a aceite.

La mujer precedió a Hake a través del vestíbulo hasta llegar a un ascensor, que los llevó hasta el quinto piso. Una pareja de chinos estaba justamente saliendo de una habitación situada frente al ascensor y, evidentemente, tenían problemas con la cerradura. La chica saltó a ayudarlos, cerró la puerta, dio un empujoncito para comprobar que estuviera bien cerrada y les devolvió la llave mientras le daban las gracias; luego metió a Hake en la habitación de al lado.

—Descanse un poco, padre Hake —le aconsejó ella—. Vendré a buscarle por la mañana.

Hake se encontró en una habitación que, más o menos, tenía el tamaño del porche de su casa parroquial en Long Branch: lo bastante larga para que hubieran hecho dos habitaciones con ella y con un balcón que se extendía hacia el sol italiano, para hacerla aún más espaciosa. ¡Cerdos malgastadores! Era mucho más lujosa que todo aquello a lo que siempre había estado acostumbrado Hake. Notó un vago cosquilleo en el lugar en que antes había tenido su conciencia social, al tiempo que otra parte de su mente le decía que, en realidad, en lo que tendría que estar pensando era en la cuestión de las religiones proselitistas. Pero también descubrió que no le resultaba difícil autoconvencerse de que, tras dos semanas bajo el alambre, uno se merecía algo de confort. Se quitó los zapatos, los tiró a un lado y exploró la habitación.

La cama era ovalada y estaba cubierta de terciopelo rojo adornado con borlas. Cuando Hake se sentó en el borde para frotarse los doloridos pies, no ofreció resistencia alguna a su trasero. ¡Era una cama de agua! Acabó con su trasero aproximadamente a la altura de los tobillos y una dura madera bajo la parte posterior de las rodillas, y las olas que volvían del otro extremo del colchón le estuvieron moviendo arriba y abajo durante unos minutos. Junto a la cama se hallaba lo que parecía el panel de instrumentos de un aeroplano con botones, manecillas, controles y reostatos. Algunas de las funciones estaban bien claras: el sol era para la luz, las figuras estilizadas de un mayordomo y una camarera eran para llamar al servicio, el control remoto para el televisor. Otros no se dejaban desentrañar por la investigación de Hake, pero ya habría tiempo para aquello. Encendió la televisión y se recostó

en la ondulante cama, que notaba agradablemente fría bajo su cuerpo, tras el tórrido viaje desde el hoverpuerto.

En ese momento se apagaron las luces y la televisión.

No era sólo cosa de su habitación. También se había apagado el signo luminoso del hotel, una pantalla de cristal líquido que estaba sobre la piscina refractante; y también el dorado panel luminoso que había en el techo de su balcón, que ni a mediodía se apagaba. Era un corte de corriente.

Dado que los cortes de corriente eran un hecho familiar en su vida cotidiana, Hake comenzó inmediatamente a catalogar los problemas que aquello le iba a ocasionar. La falta de calefacción no era ningún problema, la falta de luces de lectura... bueno, aparte el hecho de que era pleno día, de todos modos se caía de sueño. ¿La falta de aire acondicionado? Quizá eso fuera un problema. Abrió los ventanales que daban al balcón, por si acaso. Los ascensores, la televisión y los teléfonos no eran algo que le afectase en ese instante.

Así que, en realidad, no tenía problema alguno. Aquello le parecía como un verdadero regalo del cielo para recuperar el sueño perdido. Se quitó la ropa, apartó el cubrecama de terciopelo y la delgada manta de verano y, al cabo de un instante, ya estaba inconsciente sobre el colchón, tembloroso y deliciosamente frío.

Se despertó con el sonido de una irritada voz gritándole en italiano, y al momento descubrió que el frío ya no le era delicioso.

Era plena noche. Las luces estaban encendidas, tanto en su habitación como fuera. La voz salía de su aparato de televisión, que se había puesto en marcha al tiempo que las luces y el aire acondicionado. La brisa exterior se había tornado fresca, y el acondicionador de aire aún refrescaba más el ambiente. De hecho, se estaba congelando. Tanteó el control del televisor para bajar el volumen y la voz del italiano del *spot* publicitario, que parecía estar muy irritado porque su mujer había puesto queso de la marca equivocada en su pasta, disminuyó hasta convertirse en un airado susurro.

Hake estuvo calculando con su reloj, porque naturalmente el que había junto a la cama no le servía de nada, y llegó a la conclusión de que había dormido mientras las manecillas daban un giro total a la esfera y un poquito más. Parecían ser las dos de la madrugada, hora local. No se sentía descansado, pero estaba despierto y, lo que era peor, temblando de frío. Consiguió apagar el acondicionador de aire y cerrar las ventanas, tras lo que volvió a subirse a la cama, envolviéndose con la delgada manta y el poco flexible cubrecamas. No era suficiente: el agua que tenía debajo chupaba todo

el calor, y no había demasiado en aquella habitación. Aquello no era sorprendente, ¿quién iba a esperar necesitar calefacción en Capri, en pleno verano? Se dijo que pronto su calor corporal haría que la cama le resultase confortable, y para distraerse trató de descifrar lo que estaba sucediendo en la pantalla del televisor.

Parecía estar mostrando una serie ininterrumpida de comerciales: queso, vino, luego un coche deportivo, después la lotería nacional, un desodorante, un afrodisíaco (o quizá sólo fuera un perfume, pero el bulto en la parte delantera de los pantalones del apuesto modelo masculino resultaba claramente explícito), para seguir con lo que parecía un anuncio de propaganda gubernamental. Mostraba a un joven italiano, claramente pasado por efecto de las drogas. Una triste voz en *off*, de barítono, suspiraba: «*Ecco, ragazzo, perché fare così?*». El joven se alzaba de hombros y reía como un tonto. La escena se fundía para pasar a las enormes cavas de una bodega. En el gran subterráneo, unos toneles de vino rodaban majestuosamente cayendo de una cinta transportadora, mientras en el extremo más lejano del local se veía un muelle de carga, con un camión que aguardaba, vacío. El ojo de la cámara hacía un *zoom* hasta centrarse en una horquilla transportadora abandonada, sola en medio de la cava.

Hake no podía entender la dolorida voz en italiano, que seguía hablando en *off*, pero el mensaje resultaba muy claro: el conductor de la horquilla no estaba en su puesto, el vino no estaba siendo cargado en el camión. La deducción de que el conductor ausente era el chico pasota le fue confirmada al instante, cuando la escena pasó a la mañana siguiente. El joven, arrepentido y ya libre del influjo de las drogas, se hallaba con la cabeza gacha frente a un hombre de cabello cano que llevaba una carpeta con clip en las manos. Hake reconoció inmediatamente al hombre: era el mismo, o su doble. Lo había visto un centenar de veces en la televisión estadounidense, jugueteando con sus gafas sobre su escritorio, mientras vendía cualquier cosa, desde neutralizadores de la acidez estomacal hasta un ungüento para las hemorroides. Para cuando se acabó el comercial, el pródigo conductor de la horquilla había recuperado el retraso, los camiones habían sido cargados y emprendían la marcha, y la cinta transportadora seguía llevando su interminable hilera de barriles. *Marihuana sí PCP no*, dijo el amistoso barítono, al tiempo que el mismo mensaje aparecía escrito en la pantalla.

Resultaba interesante, pero Hake seguía helado. Su calor corporal no era suficiente como para enfrentarse a las exigencias impuestas por un refrigerante consistente en mil doscientos litros de agua fría.

Todavía se sentía exhausto, pero aceptó el hecho de que no iba a poder retomar el sueño si no hacía algo al respecto. Se levantó y se vistió. Poco a poco fue sintiéndose menos frío, pero no menos somnoliento. Y cada vez que se recostaba en la cama, a pesar de interponer la ropa, el cubrecama y la manta, podía notar cómo su calor era absorbido por el agua.

No había manera.

Encendió la luz y abrió trabajosamente los ojos. La pequeña bolsa que había traído desde debajo del alambre contenía un suéter, pero dado que ni el suéter ni él mismo habían recibido un buen lavado desde la última vez que lo había llevado puesto, no se sentía muy ansioso de volver a ponérselo. Y en la maleta que el subordinado de Cascarrabias le había preparado en Long Branch no había nada que le fuera de utilidad. De hecho, casi no había nada en ella que pudiera usar. Sin duda la culpa era del propio Hake, por no haberse deshecho de la ropa que ya no le venía bien: el enviado de la Agencia la había llenado con tanto vestuario adecuado para Capri como había hallado en los armarios de Hake, pero desgraciadamente no sabía que sus medidas habían cambiado: los pantalones cortos, las camisetas deportivas y las chaquetas informales que le habían servido cuando era un alfeñique que sólo pesaba 58 kilos y no podía levantarse de su silla de ruedas, no le servían ya, mientras que las pocas ropas más nuevas no eran nada cálidas.

Sin embargo, en tanto que permanecía de pie y se movía sentía el calor suficiente. Y, visto que estaba despierto, podía dedicarse a hacer algo útil.

Entre otras cosas que había traído de debajo del alambre estaban sus microfichas... enmohecidas, con los ángulos ajados, pero sin duda utilizables si conseguía encontrar algo con lo que leerlas. ¿Habría un lector de fichas en el aparato de televisión?

Lo había. Desafortunadamente, las instrucciones barnizadas en la parte superior del aparato estaban en italiano, aunque el mecanismo parecía bastante simple. También descubrió que el aparato de televisión era muchísimo más sofisticado que nada que hubiese hallado en Long Branch. Por ejemplo, tenía algo que era descrito como *Solo per persone mature— film interattivi*. Parecía tener un control manual, pero no logró nada... hasta que descubrió que tenía que alimentar el tragaperras que había a un lado. La rendija era del tamaño exacto para una moneda de *cinquanta lire nuove*, e inmediatamente que hubo insertado la pieza desapareció la imagen del canal televisivo, para ser reemplazada por la de una muchacha oriental, extraordinariamente guapa, que se hallaba reclinada en la pose de la Maja Desnuda.

Técnicamente, aquel mecanismo era asombroso. A base de tanteos, aciertos y equivocaciones, Hake descubrió que el mando manual le dejaba dar una ojeada a todo un catálogo de bellezas desnudas y también de hombres, que otra de las funciones de control le permitía girar a la figura y efectuar un *zoom* de alguna parte específica deseada y que incluso podía llevar dos figuras una al lado de la otra y manipularlas en la posición deseada. Cuando estaba tratando de descubrir si la imagen llegaba a mostrar en verdadero contacto, o si bien se limitaba a efectuar una sobreimpresión fotográfica, se le acabó el tiempo de la moneda y la pantalla se apagó.

Aquello había sido interesante. También había sido algo perturbador. Hake se puso en pie y exploró el resto de las comodidades que le ofrecía la habitación. Bajo el televisor había algo llamado *Servizio*, que resultó ser una pequeña nevera y un bar repleto de *whisky*, vino, zumo de frutas y cerveza. Pensó por un momento en emborracharse lo bastante como para conseguir un cierto calorcillo alcohólico y así poder dormir; pero si hacía eso, se expondría a coger una neumonía. No obstante, no era tan mala idea tomarse una cerveza. Llevándola en la mano, fue a estudiar el cuarto de baño. Descubrió que, si se deseaba, la tapa del retrete podía vibrar. Y el agua de la ducha podía salir en torbellino para dar masaje, como también lo podía hacer, como descubrió, el chorrito del *bidet*. Tras una puertecilla que había junto a la puerta se encontraba una alacena con una cafetera y un calentador de panecillos, y cuando se sentó al borde del siempre gélido colchón para tomarse una taza de café caliente, topó con el pie con algo y descubrió que también se podía hacer que la cama vibrase rítmicamente, apretando aquel botón. Era una habitación realmente llena de ideas.

Sin embargo, no era una habitación para estar solo en ella: todo urgía a estar en compañía y Hake no la tenía.

Lo que era aún peor, una de las chicas de la televisión le había recordado a Mary Jean. Soñadoramente, comenzó a pensar en Mary Jean como un posible sujeto para uno de esos *films interattivi*, y luego pensó en Alys y en Leota, hasta que se dio cuenta de que tenía un problema. Era un problema con el que la mayoría de los hombres se enfrentan, buena parte de ellos muy a menudo; aunque Hake, que había crecido en una silla de ruedas, había aprendido a sublimar aquel problema y a reprimirlo. Pero el nuevo Hake, el Hake musculoso de las pesas y las carreras de tres kilómetros, el Hake preparado para la acción debajo del alambre... ese Hake era una persona distinta, que quería una solución distinta, y no había ninguna a la vista. Echó el resto del café al retrete, se puso la ropa y salió de la habitación.

El largo y silencioso pasillo estaba vacío, con las luces bajas por motivos de economía. Notaba un olor húmedo, mohoso, que no recordaba de antes, y vio una gran mancha semicircular de agua que rodeaba la puerta de la pareja china, que tampoco había visto antes. La dirección del hotel no parecía tener un control muy bueno de la situación. ¿Habría alguien en el vestíbulo del hotel? ¿Quizá una cafetería abierta toda la noche, en la que hallar algo de comer?

El vestíbulo también estaba en silencio y con las luces bajas, pero logró despertar lo suficiente al portero de noche como para que le diese cambio y, en las máquinas tragaperras, logró unas barras de dulce, un *Daily American*, el diario editado en Roma, e incluso otro diario, éste en lengua árabe, que publicaban en Nápoles.

Recordándose a sí mismo que no estaba en Capri en un viaje de placer, sacó la manta y el cobertor de la cama y se pasó la siguiente hora tendido en el suelo, leyendo y comiendo los dulces. Al cabo de una hora más volvió a hacer el viaje de descenso al vestíbulo para lograr algo de cambio en monedas de cincuenta liras y, finalmente, se quedó dormido en el suelo y con la luz encendida.

A las diez le despertó el timbre.

Ahora la habitación estaba intolerablemente caliente y los huesos le dolían de dormir en el suelo, pero se levantó y abrió la puerta. Parecía la chica que había ido a recogerle al hoverpuerto, pero no lo era; era un hombre.

—¿Mario? —supuso.

El chico sonrió.

—Sí, claro, Mario —dijo—. Pero no me reconociste ayer de *signorina*, ¿verdad? Debemos tratar de no dejarnos ver mucho juntos, ¿entiendes? ¡Hake!... ¿qué locuras has estado haciendo?

—¿Cómo? ¡Ah!, te refieres al motivo por el que el cuarto está así. Bueno, tuvimos un fallo de corriente. Y casi me muero por congelación en esa cama.

Las cejas de Mario se enarcaron. Puso en marcha el acondicionador de aire y preguntó:

—¿Y por qué no usaste el calentador del colchón? ¿No sabes que tiene un calentador? ¡Oh, Hake, eres tan ingenuo! Mira, es este mando, lo pones a la temperatura que deseas... a treinta y cinco si lo prefieres, o incluso más.

—¡Oh, diablos! —Ahora que se lo habían explicado, le parecía obvio. Lo puso a cuarenta grados, prometiéndose al menos una siestecilla calentita. Mientras se erguía, vio que Mario se le acercaba con un trabajado brazalete de filigrana de plata—. ¡Hey! ¿Para qué es eso?

Mario se lo colocó en la muñeca, cerrándolo con un clic.

—Para que puedas disfrutar de esa cama con la compañía que hayas elegido, o sin ninguna compañía —le dijo, de buen humor.

—¿Es un indicador de las preferencias sexuales del usuario? Nunca había visto uno así.

—Es una costumbre local —le explicó Mario—. Si uno lo lleva puesto indica que no desea que nadie se le aproxime con fines sexuales. ¿Ves?, yo también llevo uno puesto. Sin esto te iban a tener muy entretenido, y quizá eso llegase a interferir con tus obligaciones. Descubrirás que no se usan demasiado en Capri, porque... ¿para qué otra cosa iba a desear uno venir aquí?

—Bueno... —dudó Hake.

—Oh, no te preocupes. ¡Cuándo no estés de servicio te lo puedes quitar! Bien, y ahora... ¿quieres darte una ducha, o al menos vestirse convenientemente?

—Supongo que sí. ¡Ah!, y no he estado perdiendo el tiempo —comentó Hake—. Logré conseguir un par de diarios anoche y estuve buscando artículos sobre religión.

—Muy loable por tu parte, Hake —comentó Mario, consultando su reloj.

—No había demasiado, pero tuve un golpe de suerte. Encontré un editorial en un diario llamado algo así como *Corriere Islámico di Napoli*, que hablaba de un interesante culto juvenil. Hay un tipo en Taormina...

—Eso es maravilloso, Hake, pero haz el favor de darte una ducha. Tenemos que apresurarnos. Naturalmente querrás un café, ¿no? Entonces podrás contarme todo eso, pero ahora el taxi está esperando, y mi cuenta de gastos... ¡Bueno, ya sabes cómo están siempre las cosas con las cuentas de gastos!

En realidad, Hake no lo sabía: nunca había tenido una cuenta de gastos de la Agencia; pero si lo que Mario daba a entender era que luego iban a revisar las partidas de su cuenta de gastos... le pareció extraño que tuviesen que tomar un taxi para hacer todo el camino hasta Anacapri, para sentarse a tomar el café matutino en un restaurante al aire libre exactamente igual a otros veinticinco por los que habían pasado de camino allí; y más que luego tomaran otro taxi para hacer todo el camino hasta un restaurante que estaba a una manzana del hotel en que se hospedaba Hake, para hacer allí la comida que, según había insistido Mario, era preciso que iniciaran exactamente a las doce en punto. A Hake le estaba pareciendo que Mario no era un agente demasiado eficiente. De hecho, le parecía todo lo contrario. El Mario que

había conocido en Múnich y durante todo el resto del viaje de contagio de la gripe había sido discreto y deferente; éste se parecía a un viajante de comercio charlatán, en pleno viaje de negocios.

Y cuando llegó la comida Mario se limitó a picotearla. Obviamente estaba mucho más interesado en las semidesnudas bailarinas del espectáculo del local que en comer. Repartía el tiempo entre mirarlas, mientras se alzaban sus faldas de campesina para mostrar que debajo no llevaban casi nada, y darle codazos a Hake y mirarle muy excitado a la cara. Hake se sentía claramente incómodo. Mario se había comportado de modo bastante similar en el patio de Anacapri, donde las camareras del bar, en bikini, les habían servido sus *capucemos*. En ninguno de los dos lugares se había mostrado muy interesado por el culto islámico juvenil que Hake había descubierto en el diario en árabe, y sobre el que se había enterado de más detalles haciéndole algunas preguntas discretas al portero de noche del hotel, que era libanes.

A Hake todo aquello le parecía una espantosa pérdida de tiempo, y las cosas no mejoraron. Tras la comida, que Mario casi ni había probado, éste dijo:

—Bueno, quizá convendría que descansaras esta tarde. Iré a buscarte para la cena. Y entonces planearemos nuestras actividades para mañana.

—¿Qué actividades? Mira, Mario, yo he venido aquí con una misión específica, y Cascarrabias me dijo que era de la más alta prioridad.

—¡Ah, Cascarrabias! —dijo Mario al tiempo que se alzaba de hombros displicentemente. Sacó una lima de su bolsillo y empezó a arreglarse las uñas, que ya estaban perfectamente cortadas—. ¿Qué saben en el cuartel general de lo que nos pasa a los agentes que estamos sobre el terreno? Lo estás haciendo muy bien, Hake. No hay ninguna necesidad de que trates de impresionar a la oficina central con tu diligencia. En nuestro oficio es siempre necesario moverse con un conocimiento preciso y de acuerdo con el plan. ¿Con rapidez? Sí, a veces, pero siempre con precaución y precisión.

—Pero...

—¡Silencio! —Mario hizo un gesto al camarero, que llegó con la nota y se lo volvió a llevar junto con una tarjeta de crédito—. Ten la bondad de posponer esta conversación hasta un momento más oportuno.

Tras decir fríamente esto, dejó caer su servilleta... a Hake le pareció que a propósito, inclinándose luego para recogerla. Se oyó un débil pero claro sonido chisporroteante debajo de la mesa, las luces se apagaron y Mario se irguió, masajeándose los dedos.

Hake se le quedó mirando, boquiabierto.

—¿Qué diablos has hecho, Mario...?

—¡Te lo advierto de nuevo, Hake, nada de hablar de esto aquí! ¿Es que no te enseñaron nada en Tejas? —susurró airadamente Mario. Se quedaron en un irritado silencio hasta que regresó el camarero, con la tarjeta en la mano y una expresión de preocupación. Hake no entendía ni palabra de italiano, pero estaba claro lo que decía: debido a aquella inesperada e inoportuna avería eléctrica, el ordenador no podía procesar la tarjeta de crédito.

Mario alzó una mano, con gesto tranquilizador.

—*Chapisco* —dijo—. *Fa niente. Ecco... duecento, trecento, trecento cinquanta, va bene. Ciao.*

—*Grazie, tante grazie. Arrivederla* —le contestó el camarero, agarrando agradecido el montón de liras.

De camino al hotel, por la atestada calle que recorría la corta distancia que les separaba del mismo, Mario explicó:

—Sí, claro que he sido yo. ¿Por qué crees que elegí esa mesa?

Había bajo ella un enchufe, para el aspirador de las mujeres de la limpieza. ¿No te han enseñado que poco a poco se llega lejos?

—Y anoche, en el hotel. ¿También fuiste tú quién hizo aquello? —Claro que lo hice, Hake. Tanto el corte de energía como la inundación. Puse una obstrucción para que no se cerrase aquella puerta y, cuando regresé, dejé abiertos los grifos, justo un chorrillo, con un trozo de toalla metido por la cañería de desagüe. ¿Es que no te explicaron este tipo de cosas?

—¡No, por Cristo! —Hake estuvo un momento pensando en silencio y, ya en las escaleras de entrada al hotel, dijo—: ¿Sabes?, todo esto me parece una pura memez. Sólo estás molestando a la gente, no haces ningún daño significativo.

—¡Ya veo! ¡Y estas memeces no son dignas de que les dediques tus esfuerzos, señor Superespía americano! ¡Vaya una pena! Pues resulta que esto es, exactamente, lo que debemos hacer, en gran o en pequeña escala. La cerilla encendida en el buzón de correos, el teléfono que se deja descolgado, la palanca de paro de emergencia que se tira en el metro a la hora punta. ¡Cada una de las acciones es diminuta, pero todas juntas se convierten en algo grandioso! —Pero yo no acabo de ver...

—Pero, pero, pero —le interrumpió Mario—, siempre hay un pero. No tengo tiempo para explicarte estas cosas tan simples, Hake. Hay muchas cosas por hacer. Entra en el hotel, date un baño en la piscina... puedes quitarte el brazalete y entonces verás lo que es bueno. Yo vendré a buscarte para la

cena... y quizá tenga una sorpresa para ti. Ahora vete, yo prefiero que no me vean en tu hotel.

Cuando se volvieron a encontrar, el humor de Mario había vuelto a cambiar. Conducía el coche de tres ruedas Fiat Idro por las estrechas calles de Capri como si quisiera vengarse de alguien. Tras unos minutos, Hake le preguntó:

—¿Es que no vas a decirme por qué estás tan irritado?

—¿Irritado? ¡No estoy irritado! —restalló Mario por sobre el ruido que hacía el viento. Y luego, pensándose mejor—. Bueno, quizá lo esté; tengo malas noticias: Dieter está en la cárcel.

—Eso es malo —comentó Hake, aunque lo cierto es que aquello no le importaba un pimiento—. ¿Por qué lo han metido?

—¡Por lo habitual, claro está... por hacer su trabajo!

Siguió conduciendo en silencio durante unos minutos y luego, sorprendentemente, su rostro se animó. Hake siguió su mirada para tratar de ver el porqué. Estaban pasando junto a un campo de olivos en el que cuadrillas de trabajadores etíopes estaban cortando árboles, amontonándolos y prendiéndoles fuego. El humo flotaba, molesto, sobre la carretera. De todos modos era una tarde calurosa, y la humareda que salía del escape del Fiat se disipaba inmediatamente en la atmósfera. Los trabajadores brillaban por el sudor. Y Mario parecía complacido.

—Al menos algunas cosas funcionan bien —dijo, crípticamente—. Ahora presta atención, que casi hemos llegado.

Su destino resultó ser una *trattoria* al aire libre, construida al borde de un precipicio. Atravesaron una arcada cubierta de parras, sobre la que se veía un brillante anuncio en cristal líquido que mostraba lo que parecía ser un campesino de la Roma Clásica al que le estaban frotando la cara con un gran pez. El nombre del lugar era *La morte del pescatore*. Mario le lanzó las llaves del Fiat al aparcador y abrió camino, por entre mesas y camareros, hasta una terracita que dominaba el farallón.

Y allí, con una amplia sonrisa, estaba sentado Yosper.

—¡Bien, Hake! —dijo levantándose para estrecharle la mano, dejando la comida que no había dudado en empezar sin esperarles—. Así que nos vemos de nuevo. ¿No te sorprende?

Hake se sentó y se extendió la servilleta sobre las piernas, antes de responder. Cuando vio a Yosper por última vez estaban en Múnich, le acompañaban Mario y Dieter y otros dos jóvenes matones. Ninguno de ellos

había querido responder, con palabras o hechos, a las múltiples insinuaciones que él les había hecho para saber si trabajaban para la Agencia.

—En realidad no —le respondió al fin.

—Claro que no —aceptó afablemente Yosper—. Sabía que, en Alemania, te diste cuenta de que éramos parte de la banda.

—Entonces, ¿cómo es que no me dijeron nada?

—¡Oh, vamos, Hake! ¿Es que no te han enseñado nada en Tejas? La información debe suministrarse únicamente cuando es necesario suministrarla... ¡es la doctrina! No había ninguna necesidad de que supieras nada, lo estabas haciendo maravillosamente. Y revelar información siempre está desaconsejado cuando puede poner en peligro una misión. Y esto es algo que pudo haber sucedido: ¿quién sabía cómo hubieras reaccionado, si hubieses sabido lo que estabas haciendo? Lo más importante de aquella misión consistía en que eras un simple siervo del Señor, haciendo el trabajo que Él te había encomendado en Europa. ¿Y qué mejor cobertura podías tener que creértelo tú mismo? —Alzó una mano para impedir que Hake le interrumpiese—. Y además, claro está, aquélla era tan sólo tu primera misión, de entrenamiento. Todos hacemos al principio una a ciegas, eso también está en la doctrina. No ibas a esperar un tratamiento especial, ¿en, Horny?

—¿Puede esperar Dieter un tratamiento especial? —inquirió hoscamente Mario.

—Oh, Mario, por favor. Sabes que nos ocuparemos de Dieter en unos días. Dentro de una semana a lo sumo... lo sacaremos de allí. ¿No es eso lo que siempre hacemos?

—No siempre le meten a uno en una cárcel napolitana —insistió acerbamente Mario.

—¡Ya basta! —Se produjo un incómodo silencio y luego Yosper prosiguió, todo él una sonrisa—: Bueno, yo ya voy muy por delante de los dos. ¿Por qué no pedís? Aquí hacen un pescado excelente. Naturalmente, el pescado no es local.

Tras un momento, Mario comenzó a pedir, metódicamente, los platos más caros del menú. No alzó la vista hacia Yosper, pero el viejo parecía divertido. Hake se conformó con un *fritto-misto* y una ensalada, pues no estaba dispuesto a cargarse el estómago con aquel calor. Cuando el camarero se hubo marchado, preguntó:

—¿Se puede hablar aquí?

—Ya lo hemos estado haciendo, ¿no? No te preocupes, si alguien nos apunta con un micrófono, Mario nos lo hará saber.

—Entonces, déjame explicarte lo que he estado haciendo respecto a nuestro proyecto. Ya le he dicho a Mario que la pasada noche hallé algunas pistas interesantes en los diarios. He ido a la Biblioteca Americana y he hecho un poco de investigación. Hay muchas cosas que nos sirven. La más interesante es un nuevo culto islámico que predica una vuelta a la pureza, nada de relaciones sexuales con los infieles, cuatro esposas para cada hombre, el divorcio al momento... para los hombres, claro está, y todo lo demás. Exactamente tal como lo decía Mahoma. No está aquí en Capri; principalmente se encuentra en un lugar llamado Taormina, sea donde sea eso, pero también hay otro foco en una ciudad llamada Benevento y, según el mapa, eso está en las montañas, no muy lejos de Nápoles.

Yosper iba asintiendo con la cabeza, al tiempo que rebañaba la salsa verde con un trozo de pan.

—Sí, eso suena interesante —aceptó.

—¡Suena exactamente a lo que se supone que yo debo buscar! —le corrigió Hake—. O casi. No estoy totalmente seguro de que Cascarrabias quisiera que me liase con el islam. Tengo la impresión de que él pensaba, más bien, en algún tipo de secta cristiana fundamentalista... ¿Qué es lo que sucede?

Yosper había dejado el pan y le estaba mirando con ojos que lanzaban chispas.

—¡No quiero oír blasfemias! —resopló.

—¿Qué blasfemias? Es la operación a la que me han asignado, Yosper. Mis órdenes dicen...

—¡Que le den por culo a tus órdenes! No vas a tomar el nombre de Dios en vano. Quédate con tus mahometanos, porque, ¿a quién le importan sus falsos ídolos? ¡Pero no lées a nuestro Redentor!

—Hey, espera un minuto, Yosper. ¿Qué infiernos crees que estoy haciendo aquí?

—¡Siguiendo órdenes!

—¿Las órdenes de quién? —preguntó sofocado Hake—. ¿Las tuyas, las de Cascarrabias? ¿O se supone que debo ir haciendo mis propios truquitos de feria, como Mario, haciendo saltar plomos y prendiendo fuego a los buzones?

—Se supone que tienes que hacer lo que te diga el funcionario al mando de la operación, y en este caso ése soy yo.

—Pero esta misión... —Hake se interrumpió cuando apareció el camarero, que traía rodando una mesita en la que había un calentador a alcohol bajo un gran bol cromado. Para cuando el camarero y el *maître*

hubieron terminado de colaborar en la preparación de los *fettuccini Alfredo* que había pedido Mario, Hake ya había logrado dominarse.

—De acuerdo —dijo—. Vamos a ver qué te parece esto: supongamos que yo encuentre a algún revivalista cristiano dispuesto a predicar la abstinencia sexual, para que así baje la población. Sé que sería una cosa lenta, pero...

—¿Aquí, en Italia? —Se carcajeó Mario.

—Sí, en Italia. O en cualquier otro lugar. Quizá no debería ser la abstinencia, sino el control de nacimientos, o la homosexualidad...

Mario ya no se reía.

—Eso no es divertido —espetó.

—¡No pretendo ser divertido!

—Entonces —exclamó Mario—, es divertido. Incluso grotesco. No hablo de la homosexualidad, sino de tu actitud, llena de prejuicios y pasada de moda, respecto al amor entre hombres.

Había dejado de comer y la expresión de su rostro era hostil.

Yosper intervino.

—¡Dejad de pelearos! —ordenó—. Comeos lo que habéis pedido.

Y, al cabo de un instante, inició una conversación con Mario en italiano.

Hake comió en silencio, evitando mirar a sus compañeros de mesa. No les pareció importar. Su conversación era, al parecer, sobre la comida, el vino, las modelos que se movían por el restaurante mostrando pieles, joyas y trajes de baño... en realidad hablaban de todo, menos de Hake. Era muy parecido a lo que había sucedido en Alemania y aquello comenzaba a darle mala espina. ¿Qué estaba sucediendo? De nuevo las cosas no parecían concordar: la misión que había parecido de la máxima prioridad, allá en Tejas, no parecía importar un comino en Capri... ¿Qué le harían hacer esta vez?

De hecho ¿qué estaba haciendo en Italia? No pegaba en aquel elegante restaurante, lleno de ricos holgazanes y ricos corrompidos: los exjeques del petróleo con sus albornoces, los negros americanos reyes de la droga, los dueños de las míseras viviendas en que vivían los pobres de Calcuta y las estrellas de cine de la Europa Oriental. Hake nunca había soñado con que hubiese tanto dinero en el mundo. Los *fettuccini* de Mario costaban tanto como las compras de una semana en el supermercado de Long Branch, y la botella de *Château Lafitte* con la que los estaba acompañando hubiera representado un considerable pago inicial para el repintado del porche de la casa parroquial. Y no sólo era el dinero: ¡la energía! Ya no era tan sensible al derroche de energía, visto todo el combustible de reactor que llevaba gastado desde que estaba en la Agencia... ¡pero aquello! Sólo el letrero iluminado que

había delante del restaurante podría haber mantenido en funcionamiento, durante semanas, su estufa eléctrica. ¡Y ni siquiera era de buen gusto!: la escena móvil del cristal líquido mostraba a un hombre, vestido como un campesino de la Roma Clásica, que o bien estaba tratando de darle un bocado a un enorme pez, o bien estaba tratando de evitar que éste se lo diera en la cara; el pez se movía hacia la cara del hombre, éste la echaba hacia atrás, luego el revés, y así una y otra vez.

Yosper se inclinó hacia él y le preguntó:

—¿Ya se te ha pasado el mal humor? —No esperó una respuesta—. ¿Sabes? Hay toda una historia detrás de ese cartel.

—Estaba seguro de que tenía que haberla —le respondió Hake.

—¡Oh, basta ya! Tenemos que trabajar juntos; hagamos que las cosas nos resulten más fáciles.

Hake se alzó de hombros:

—¿Qué historia es ésa?

—Hum. Bien, resulta que uno de los viejos emperadores romanos acostumbraba a vivir por estos parajes, y daba largos paseos por este acantilado. Un día, un pescador subió desde la playa para regalarle al emperador un pez que acababa de pescar. No resultó ser una buena idea: al emperador le cabreó mucho que le diera un susto al aparecer por el borde del precipicio, así que ordenó a su guardia que le frotasen la cara al pescador con el pez.

—Por lo visto era un maldito hijo de perra —comentó Hake.

—En realidad, eso es lo menos que se podría decir de él: era Tiberio. Fue él quien crucificó a Nuestro Señor, o al menos el que nombró a Poncio Pilatos. Pero no acaba ahí la historia. Parece ser que aquel pescador no era demasiado inteligente, y después de que la guardia le soltase no debía de haber mejorado, pues dijo: «Bueno, al menos me alegro de haber tratado de regalarte el pez, en vez de lo otro que pesqué». Así que Tiberio dijo: «Veamos qué es lo otro que has pescado», y cuando la guardia abrió el saco del pescador encontraron un cangrejo gigante. Y Tiberio hizo que la guardia le diera un masaje facial con aquello y el pescador murió.

—Un sitio agradable —comentó Hake.

—Tiene sus compensaciones —le contestó Yosper, contemplando a dos modelos que mostraban ropa interior—. Espero que las hayas estado disfrutando. ¡Bien! ¿Qué me decís de algo dulce? Aquí hacen unas *crêpes suzette* sensacionales.

—¿Y por qué no? —contestó Hake. Pero aquélla no era la verdadera pregunta; la pregunta pertinente era *¿por qué?* Y *¿cómo?* ¿Cuál era el objetivo de toda aquella charada estúpida, y de dónde salía el dinero?

Teniendo en cuenta los comentarios de Mario respecto a la cuenta de gastos, ¿qué era lo que podía justificar la nota que estaban acumulando allí?

Y continuaron acumulándola... y, según parecía, seguirían así hasta que acabase la noche. Ni Yosper ni Mario parecían interesados lo más mínimo en marcharse. Tras acabar las *crêpes*, Yosper insistió en un sorbete de limón «para limpiar el paladar». Y luego pasaron a beber en serio.

Hacia la medianoche, los camareros acabaron su turno y fueron reemplazados por camareras, una distinta para servir cada ronda y todas ellas hermosas. Y hubo una especie de espectáculo. Los humoristas le habían resultado aburridos a Hake, sobre todo porque se veían obligados a repetir sus viejos chistes en media docena de idiomas, pero las chicas que hacían *striptease* eran todas hermosas, una verdadera representación de las Naciones Unidas en toda una variedad de colores y genotipos, y también lo eran las modelos, azafatas y prostitutas que seguían paseando por la sala. De modo provisional, Hake decidió que su suposición sobre las inclinaciones de Mario había sido errónea, visto el modo en que prestaba atención cada vez que una chica nueva se acercaba.

Y él no sólo estaba ya hasta la coronilla de seguir en aquel restaurante también lo estaba de encontrarse junto a Mario. El muchacho se creía obligado a apuntar con el dedo a cada celebridad y personalidad que reconocía:

—Ésa es la chica que hizo de Julieta en el festival de Stratford, el año pasado. Ahí está Muqtab al 'Horash; su padre poseía treinta y cinco concesiones petrolíferas; viene aquí a comprar cosas para su harén, cosas de esas que enseñan las modelos... y de vez en cuando compra a una de las modelos. Ahí está el Presidente de la Cámara de Diputados de Francia...

Aparte de sus viajes, crecientemente frecuentes, al lavabo de caballeros, Hake se sentía condenado a pasar el resto de su vida en aquella alegre y ruidosa sala que ya le producía náuseas, con Mario, al que ya no aguantaba, y especialmente con Yosper al que no podía soportar más. El hombre no dejaba de hablar, y no era el tipo habitual de pesado, que sigue hablando aunque el otro ponga los ojos en blanco, o los mueva desesperadamente de un lado a otro, buscando una escapatoria. No, Yosper deseaba tener la atención total de su interlocutor, y se preocupaba de obtenerla.

—¿Qué es lo que sucede, Hake? ¿Te estás quedando dormido? Te estaba diciendo que esto es Italia y el lema nacional es *Niente e possibile, ma possiamo tutto*. Todo es ilegal, pero si uno tiene el dinero necesario, puede hacer lo que le venga en gana. Es un buen trabajo, ¿no, Mario? ¡Y Dios sabe que nos merecemos...!

¿Qué era lo que se merecía él? ¿Aquel martirio interminable de mover el culo en un butacón de terciopelo, mientras bellas mujeres le iban trayendo bebidas que no deseaba? Hake tenía la misma sensación que en Múnich, la convicción de que estaban interpretando un guión en cuya redacción él no había intervenido. En Alemania la sensación había sido incierta y sólo la había tenido ocasionalmente, hasta que aquella chica, ¿cuál era su nombre...?, ¡Leota!, había aparecido y todo se había tornado muy concreto. Aquí ya le parecía bastante real, pero no comprendía lo que estaba sucediendo.

Yosper había vuelto al tema del emperador Tiberio y cada vez se mostraba más agresivamente discudidor. Y no era lo que hubiera bebido: se había tomado tres botellas de agua Perrier por cada *brandy*, según había observado Hake, pero la verdad era que se estaba calentando con el tema, o temas, en discusión:

—Pensándolo bien —declamaba—, el viejo Tiberio tenía razón respecto al pescador. El muy imbécil no tenía ningún derecho a meterse en un área restringida, ¿no es así? Uno no puede ejercer el poder sin que haya algo de disciplina. Y no se puede mantener la disciplina sin un poco de lo que vosotros llamaríais crueldad. ¡Estudad la historia! Especialmente por aquí, que es donde sucedió todo. Cuando los cristianos y los turcos lucharon por esta parte del mundo no se preocupaban por tonterías como eso de la compasión. Si un turco cazaba a un cristiano, lo más probable era que lo pinchase por el culo en una estaca aguzada puesta junto al timón, para que le hiciera compañía al timonel. Y si los cristianos atrapaban a un turco, lo mismo. Y, ¿sabéis una cosa?, ¡esos pobres desgraciados, empalados, acostumbraban a bromear y reír con el timonel mientras estaban agonizando! Eso es lo que yo llamo moral...

Mario se puso en pie, tambaleante.

—Perdonadme —dijo, dirigiéndose hacia el lavabo de caballeros. Yosper se puso a reír.

—Buen chico —comentó—, pero de vez en cuando tiene alguna dificultad para enfrentarse con la realidad. Es un síntoma de estos tiempos: a todos nos han enseñado que es malo hacerle daño a alguien, y no digamos matarlo. Si quieres saber mi opinión, eso es lo que tiene de malo el mundo actual.

—Lo que tiene de malo el mundo *esta noche* —dijo desesperadamente Hake—, es que ya estoy realmente aburrido de este lugar. ¿No podemos marcharnos?

Yosper asintió con la cabeza aprobadoramente, y luego hizo una seña para pedir otra ronda.

—Eres impaciente —afirmó—. Y eso es lo mismo que ansioso, que es una buena cualidad. Pero tienes aún mucho que aprender. Has de aprender, Hake, que muchas veces lo mejor que puedes hacer es sentarte y esperar. Siempre hay una razón, ¿sabes? Quizá no la sepamos, pero existe.

—¿Estás hablando de Dios o de Cascarrabias? —De ambos, Hake. Y aún más, de lo que estoy hablando es del deber. Mi familia siempre ha cumplido con su deber, y de esto es de lo que estoy más orgulloso. Hemos dado lo que nos correspondía. ¿Sabías que a mi padre lo gasearon en Verdún? Lo quemaron por dentro. Le costó luego doce años cumplir con mi madre, para que yo pudiera nacer; pero al fin lo logré. ¡Vaya si estoy orgulloso de papá! No, escúchame, Hake, lo que estoy diciendo es importante. Estoy hablando del deber. Esto significa que, si a uno se lo piden, ha de entregar lo que le corresponde. Y quizá eso signifique que le metan a uno una espada corta romana en las tripas, o la flecha de un arco largo inglés en Crecy. Plomo fundido. Trampas con estacas de bambú. Lanzallamas... Te asombraría la mucha grasa que sale de un cuerpo humano. Cuando abrieron las puertas de los refugios después del bombardeo incendiario en Dresde, el suelo estaba cubierto por tres centímetros de sebo.

—O quizá —resopló Hake—, signifique estar sentado en un bar de lujo en la isla de Capri, escuchando a alguien que hace todo lo posible por alterarle el estómago.

Yosper hizo una mueca aprobadora.

—Ya lo has cazado. Es el deber: uno hace lo que le mandan. Se calló, mientras la camarera les servía su nueva ronda. Tras ella había otra chica, delgada y bronceada, que se ataviaba con un surtido de joyas de moda y bien poco más.

—¿Hablan inglés? —inquirió, y al ver que Yosper asentía con la cabeza les dio a cada uno una tarjeta, tras lo que les mostró anillos, pendientes, broches y brazaletes; luego se retiró con una sonrisa, dejando un reguero de perfume.

—Spalducci's Botheca —leyó Yosper en la tarjeta—. Esos lugares son antros del diablo, pero tengo que admitir que esa chica parece salida de un sitio mejor, menos infernal. ¡Oh, no soy uno de esos fanáticos religiosos,

Hake, yo puedo comprender las tentaciones de la carne! ¿Acaso nuestro mismo Señor no tuvo que estar en lo alto de aquella montaña, mientras el Diablo le ofrecía todos los tesoros de la Tierra? Y Él se sintió tentado. Y...

Se interrumpió. Se sentó muy rígido, mirando por entre las mesas. Mario estaba apresurándose hacia ellos, subiéndose la cremallera mientras llegaba, con el rostro agitado. Tan pronto como estuvo a distancia de grito dijo algo en italiano, al tiempo que se golpeaba su brazalete de plata; Yosper le hizo una seca pregunta en el mismo idioma, y ambos corrieron hacia las puertas.

Hake se quedó allí sentado, contemplándolos marcharse. Cuando se hubieron perdido de vista dio la vuelta a la tarjeta. En la parte trasera había un mensaje escrito a lápiz:

Encontrémonos

Gruta Azul

Mañana a las 8 de la mañana.

Era lo menos que se había esperado cuando vio que la modelo era la chica de Múnich, Leota.

No fue sino hasta las tres de la madrugada cuando llegó por fin a su hotel, con Yosper y Mario sentados en silencio y cara hosca junto a él, negándose a contestar sus preguntas, ordenándole secamente que se quedase tranquilo hasta que lo llamasen. Pero no necesitaba esas respuestas, al menos no las necesitaba de ellos.

Y no se quedó tranquilo. Puso el despertador y, a las seis, ya estaba camino del muelle.

Las únicas palabras con que contaba Hake para comentar sus intenciones eran Gruta Azul y *quanto costa*. Tendrían que bastarle. No tuvo problemas para hallar el muelle adecuado: todos los muelles eran adecuados, pues mirase donde mirase había carteles en todos los idiomas, urgiendo a los turistas a visitar la Gruta Azul. La dificultad estaba en el tiempo, que era húmedo y gris, y la hora del día, que era demasiado matutina para que el propietario normal de botes de Capri estuviera ya dispuesto a recibir a algún turista como cliente. Las grandes lanchas turísticas aún estaban vacías y cubiertas con lonas. Más allá, en la punta del muelle, estaban los botes más pequeños propulsados por la energía cinética almacenada en ruedas inerciales; unos pocos tenían gente trabajando a su alrededor, pero ninguno de ellos parecía estar a punto de ponerse en marcha. Si el *signore* quería esperar una hora... si el *signore* se dignara a contener su impaciencia hasta que empezaran a llegar los autocares con turistas... Pero Hake no se atrevía a esperar. Si Leota quería

verle en privado, se habría marchado para cuando empezase a haber multitudes.

Le costó tiempo y paciencia, pero Sergio sugirió que quizá Emmanuelle, quien pensó que Francesco podría ayudarle, quien envió a Hake a hablar con Luigi, y al final de la lista estaba Ugo, que acababa de quitar el freno de su rueda. Y salieron a la mar.

El bote, de forma de diamante, resonó a lo largo de la costa, con la espuma que lamía las bases de las rocas sólo a unos centenares de metros a su izquierda. La plana rueda inercial que estaba en el centro no sólo era la fuente de energía para la hélice, sino que también servía a modo de giróscopo, aminorando parte de los movimientos de las olas. Eso no era tan bueno como podía parecer en un principio, como Hake descubrió en cuanto las primeras salpicaduras comenzaron a saltar por encima de la proa. Para cuando giraron en dirección a las altas rocas que rodeaban la gruta, estaba empapado por el agua salada y bastante manchado por la gran cantidad de petróleo que flotaba sobre las olas.

Ugo le explicó, con signos y gestos, que la única entrada estaba en el mar y que ahora tenían que atracar el bote a una boya y pasar a la canoa de goma que llevaban arrastrando detrás.

—No, Ugo, no tan deprisa —dijo Hake, y comenzó a hacer sus propios signos y gestos.

Cuando el botero se dio cuenta de lo que Hake deseaba, estalló en un acceso de furia napolitana: Hake no entendía ni una palabra de italiano, pero comprendía perfectamente ambas premisas y la conclusión de su silogismo. Premisa principal: el ritmo de las olas y la apreciación de las corrientes en la entrada de la caverna requerían hasta el último ápice de la habilidad y entrenamiento de un marinero genial, como era su caso. Premisa secundaria: estaba claro que aquel turista no tenía ni la habilidad de hacer navegar un barquito de papel en una bañera. Conclusión: lo mejor que podía salir de aquella loca proposición era que él perdiese el pago de su trabajo, la propina y una muy valiosa canoa de goma. Lo peor era que le condenasen por asesinato a sangre fría. Así que aquello quedaba fuera de toda discusión. Pero el dinero habló. Hake lo arregló con el botero para que le dejase volver una hora después y se metió en la canoa de goma.

La canoa apenas si tenía calado, y por tanto apenas si servía para su propósito. Hake no tenía habilidad en aquello, así que entrar en la caverna se convirtió en una cuestión de fuerza bruta y tozudez. En una cornisa rocosa casi inexistente que había junto a la caverna dos delgados jóvenes estaban

tostando sus ya morenos cuerpos, y la pelea de Hake con la mar tuvo lugar ante sus divertidos e interesados ojos. Justo bajo ellos una poderosa pero pequeña lancha fuera borda a hidrógeno estaba golpeando contra sus amarras. Hake hubiera deseado poder tomar prestada aquella lancha, pero no sabía cómo. En cualquier caso ya no había vuelta atrás. Los bordes rocosos de la baja entrada de la caverna parecían amenazadoramente cortantes. Tratando de evitar un pinchazo, Hake casi perdió un remo. Al recuperarlo, calculó mal la llegada de una ola y se golpeó un lado del cráneo contra el bajo techo de la gruta. Pero entonces ya estaba dentro... y se halló flotando en el espacio.

Desde el exterior, la gruta no parecía ni azul ni invitadora, pero desde dentro era increíble. El sol que penetraba por la pequeña entrada pasaba por una ruta submarina. Para cuando iluminaba el interior de la caverna todas las frecuencias cálidas habían quedado atrapadas bajo el agua y lo que brillaba dentro de la caverna era puro celeste. Más aún, toda la luz estaba bajo la superficie. Unas manchas de petróleo marcaban la línea divisoria entre el aire y el agua, pero donde no había petróleo no parecía haber nada bajo el nivel de la canoa de Hake: estaba flotando en el espacio azul, boca abajo, desorientado... y encantado.

También estaba solo.

Eso no le resultó una sorpresa en sí mismo; era aún demasiado pronto para las barcas de los excursionistas, pero ya eran más de las ocho. Hallar una embarcación y las discusiones con su dueño le habían llevado más de lo previsto. ¿Dónde estaba Leota?

Una hilera de burbujas que se acercaba desde la entrada de la gruta le respondió. Bajo ellas había una forma pálida y fluctuante que podía haber sido un pez grande, pero que comenzó a parecerse a una sirena y acabó siendo Leota, con bombonas de aire sujetas a la espalda y gafas y respirador en la cara. Subió a través de la brillante agua y salió a la superficie a unos metros de distancia. Se quitó las gafas y el respirador y se quedó allí colgada por un momento, contemplándolo, antes de nadar para agarrarse al borde de la canoa.

—Hola, Hake —jadeó, con su voz diminuta en el enorme espacio húmedo.

Hake la miró desde arriba, casi azarado. Aparte de las correas de las bombonas de aire, la chica vestía bien poco... *la mínima*, llamaban a aquello: un retazo diminuto y brillante que cubría lo que había debajo de su ombligo, sostenido por delgados cordones, y nada encima.

—¡Sube, vamos! —dijo él.

—Te mojaré y te mancharé de petróleo.

—¡Entra, entra! —Él se inclinó hacia estribor mientras ella subía por babor, y consiguieron que estuviera a bordo sin volcar el bote. Se miraron en silencio, antes de que él preguntase—: ¿Qué es lo que haces en Italia?

Ella echó su cabello hacia atrás y se limpió petróleo de la cara.

—Al menos estoy haciendo mejores cosas que tú. Nunca pensé que te metieras en asuntos de drogas.

—¿Drogas? —Se extrañó pero, mientras hacía esta pregunta, sabía que no dudaba de lo que ella le decía.

—Así es, Hake. En eso es en lo que anda metida tu gente. Estoy dispuesta a creer —le concedió— que tú no lo sabías, pues me parece que éste no es tu estilo. Pero así son las cosas.

Se volvió por un momento hacia la entrada de la cueva.

—Tengo diez minutos, no más —le explicó—. Luego tú te quedas aquí un rato y yo me iré. No trates de seguirme, Hake. Tengo amigos que...

—¡Oh, por todos los santos! Veamos, primero lo primero: ¿estás segura acerca de las drogas?

—Absolutamente segura —le contestó ella—. Ayer los policías italianos le echaron el guante a uno de vuestros chicos. Lo cazaron en aquella galería de Nápoles, con un saquito lleno de fotocopias de las instrucciones para hacer polvo de ángel.

—¡Nunca he oído hablar de esa cosa!

—También lo llaman PCP. Es una droga vieja, que vuelve a surgir cada veinte años o así... cuando aparece una nueva generación que no sabe los efectos que tiene. Una o dos dosis te pueden hacer un revoltillo con los sesos para siempre. Lo malo es que es la cosa más fácil del mundo de hacer. Si tiene las instrucciones, cualquier chico de bachillerato puede prepararlo en la cocina de mamá. Y vuestro chico les estaba vendiendo la receta a los *ragazzi* de Nápoles... hasta que uno de ellos lo denunció a la pasma.

Estaban derivando hasta cerca de la pared de la caverna. Torpemente, Hake remó para llevar el bote a unos metros de allí, mientras Leota le miraba divertida.

—No quiero llamarte mentirosa —le dijo testarudo—, pero no creo que el, bueno, grupo en el que estoy quisiera hacer algo así. ¿Cómo sabes que ese chico trabajaba para nosotros?

—Oh, lo sé. ¿Quién crees que les dio el aviso a los de narcóticos italianos para que pusieran a un chico de gancho en esa galería?

¿Quieres todos los detalles? —Se recostó hacia atrás, sobre sus botellas de aire, y recitó—: Dietrich Nederkoorn, nació en un pequeño pueblo de

pescadores en Holanda, desertó del Ejército holandés hace tres años, ha trabajado desde entonces para tu gente en un asunto sucio tras otro. Tendrá unos veinticinco años. Marica. Con el pelo cortado a lo Beatle, ojos azules, cabello negro, pecas, estatura media.

—Ajá —admitió lentamente Hake—. Le conocí en Alemania. Pero ¿para qué íbamos a querer hacer una cosa así?

—Esto es lo que llevo preguntándote desde el principio, Hake. No me refiero a por qué ellos iban a querer hacerlo, sino por qué lo ibas a querer hacer tú. Seguro, para los gorilas con los que trabajas es una bicoca. Da unos grandes resultados para lo poco que cuesta. Es como un mordisco a la manzana de la sabiduría del árbol del bien y del mal del Paraíso. Una vez uno lo ha empezado, se acelera por sí mismo. En estos momentos deben correr un millar de esas circulares por Italia. Si Nederkoorn no fuera tan tonto, no estaría ahora en la cárcel, pues el proceso ya estaba totalmente en marcha. No hay modo alguno en que los de narcóticos italianos, ni cualquier otra fuerza, puedan parar todos esos folletos y las copias que se están haciendo. Y así se va al diablo toda otra generación de chicos italianos. Millares de ellos, quizá millones, van a ir a trabajar completamente pasados por algo que se tomaron hace un par de semanas... y eso si aparecen en el trabajo. Es todo un éxito, Hake. El gobierno ha lanzado un programa total de lucha contra la droga: asambleas en las escuelas, anuncios en la televisión, los astros del *rock* haciendo giras por el país para hacer campaña en contra... ¡Para lo que va a servir todo eso! —exclamó amargamente—. ¿Qué clase de ser humano hace una cosa así?

—Me gustaría poder contestarte a eso —dijo disgustado Hake. Bueno, en parte podría habérselo contestado. La obsesión que llevaba a Mario y a los otros a perpetrar sus pequeños hostigamientos con saltataponés e inundaciones en miniatura era suficiente para explicar el motivo por el que Dieter no había podido parar en lo de la droga. Pero...—. La verdad es que tampoco sé lo que estoy haciendo yo en todo esto. Lo único que he hecho es esperar sentado.

Ella le observó.

—¿Es que no lo sabes? ¡Diablos, Hake, te han traído aquí para que me delates a ellos!

—¡Jamás dije una palabra...!

—No, Hake —aceptó ella, sin ira en la voz—. Estoy segura de que no has dicho nada; no estaría aquí si no lo creyese. Eres tonto, pero no un traidor. Claro que no has tenido que hablar; tu chivato ya ha hablado por ti.

—¿Y qué demonios es un chivato?

—Lo llevas puesto en este mismo momento, Hake. —Señaló el brazalete de plata—. Funciona de modo similar a un detector de mentiras. Lo único que tuvieron que hacer es aguardar hasta que marcaste *boing* en el chivato y entonces ver quién era la causante. Que era yo, claro. Sabía que andaba cerca, pues tenían idea de que yo estaba trabajando en uno de tres o cuatro lugares de Capri, y lo único que tuvieron que hacer es plantarte en cada uno de ellos hasta que yo aparecí. ¡Oh, Hake! —exclamó, incluso sonriendo—. ¡No pongas esa cara de culpa! Me tenían que descubrir tarde o temprano.

Hake contempló al traidor que llevaba en la muñeca, estaba brillando con frialdad azul a la difusa luz.

—Lo lamento —dijo.

—Vale. Bueno, escucha. No pueden hacerme mucho: estoy en territorio italiano y no he vulnerado las leyes de aquí... o al menos no demasiado. Además, les ayudé a atrapar a Nederkoorn.

—Creo que mi expresión no es tan culpable como estúpida —dijo Hake—. ¿Qué harás ahora?

La cara de ella se tornó opaca.

—Tanto no me fío de ti, Hake. —Y luego añadió—: La verdad es que no tengo muchas opciones: aquí me han descubierto y, por el momento, estoy desenmascarada. Me iré a otro lugar, hay otros que se quedarán y proseguirán... —Dudó, miró su reloj y prosiguió, con más rapidez—. Y por eso quería verte: ¿quieres unirme a nosotros? —¿A quiénes?

—¡A los buenos! Podrías reparar muchos errores, si te decidieses a afrontar tu parte de responsabilidad.

Hake dio una palmada al agua, salpicando a la chica y sobresaltándola.

—¡Maldita sea, Leota! —exclamó furioso—. ¿Y cómo sé que vuestras estúpidas payasadas son mejores que las de ellos? ¡Todo esto es repugnante!

—¡Entonces, no hagas que aún lo sea más! Vamos, Hake, no espero que caigas rendido en mis brazos en este mismo momento; quiero que te lo pienses. Tengo que irme, pero te daré tiempo... hasta mañana. Por la mañana llamaré a tu hotel. Muy temprano. Estoy segura de que tienen pinchado tu teléfono, así que no digas nada.

Limítate a decir *aló*: una vez para decir sí, dos para decir no, tres para quizá... —Y añadió irritada—: que es justamente todo lo que espero de ti: un quizá. Luego ya entraré en contacto contigo de algún modo. Y, Hake, no intentes tenderme una trampa ni nada por el estilo. No estoy sola y hay gente en mi bando que juega mucho más duro que yo.

Tomó su mascarilla, pero hizo una pausa antes de colocársela.

—A menos que ya estés dispuesto a contestarme ahora... —inquirió.

Él no respondió, porque desde la boca de la caverna llegó un sonido como el de una pequeña pistola detonadora disparando rápidamente. Ambos se volvieron. El pequeño fuera borda movido a hidrógeno entró saltando y luego se lanzó como una flecha hacia ellos, pareciendo suspendido en el espacio azul.

Hake aferró un remo. No conocía a los dos hombres que se les acercaban, pero lo más probable era que trabajasen para Yosper.

—¡Lárgate de aquí, Leota! —gritó—. Trataré de entretenerlos...

Pero ella estaba agitando la cabeza.

—Oh, Hake —dijo con tono de pena—. No son de los tuyos... No, son algo mucho peor.

Hake tenía el remo ante él como una lanza, pero resultaba claro que no le iba a ser de mucha utilidad. Aquellos dos no eran ningunos hombretones y, desde luego, no vestían como para impresionar. Como Leota, ambos usaban *minima*; a diferencia de Leota, ambos empuñaban armas. El que estaba al motor una pistola, el otro lo que parecía ser una carabina automática, apuntada directamente a Hake. Era obvio que eran los dos que estaban holgazaneando en aquel repecho del exterior; lo que es más... tenían un aspecto familiar, como de alguien que uno ha visto antes, y se parecían mucho el uno al otro.

—Baja el remo, Horny —dijo Leota—. Yo no quería que esto sucediese, puedes estar seguro.

Los dos hombres no sólo se parecían: eran casi idénticos. Tenían que ser gemelos: pequeños cuerpos oscuros, de no más de metro sesenta, largo y liso cabello negro, ojos negros. Desde debajo de las lonas, Hake los podía ver sentados en los sillines anamórficos de cada lado de la tartamudeante fuera borda, con Leota tendida a través. Dos ricos caballeros del Oriente Próximo disfrutando del Mediterráneo en compañía de una chica hermosa: no había nada en aquel cuadro que pudiera llamar la atención de nadie. Pudo oír al primero de los barquitos de turistas llegando con el gemido de sus dos ruedas inerciales, pero uno de los dos tenía el pie sobre el cuello de Hake.

—Tranquilo, soplapollas —le dijo, con una sonrisa convencional—. No trates de sentarte, sólo conseguirías que toda esa buena gente muriese.

—Haz lo que te digan, Horny —le advirtió Leota. Él no contestó... ¿Cómo iba a hacerlo con un pie en el cuello? Y, además, ¿había algo que decir?

Rebotaron sobre las suaves olas durante unos veinte minutos o más. Luego la ametralladora que era el motor fue disparando más lenta, uno de los hombres vendó los ojos de Hake, le dieron una patada entre los omoplatos, lo sacaron de debajo de las lonas y le obligaron a subir por una escalera de gato. Oyó cómo una puerta se cerraba tras de él y uno de los hombres le dijo:

—Ya puedes quitarte la venda. Y siéntate.

Hake se quitó el trapo que le cubría los ojos y parpadeó. Estaba en una sala de techo bajo, con literas a cada extremo y un arcón acolchado contra una pared, bajo un ojo de buey cubierto por un portillo metálico cerrado con llave. Apenas si cabían los tres a la vez. Se sentó sobre el arcón, no tanto porque se lo hubieran dicho, sino porque era el mejor modo de establecer una distancia entre ellos y él. Pero uno de ellos tomó sillas plegables de debajo de una litera y las colocó a ambos lados, enfrente de él.

Entonces recordó dónde los había visto antes, o mejor dónde había visto a uno de ellos:

—¡En Múnich! Pensé que era usted un doctor...

—Sí Hake, era yo. Soy Subirama Reddi —dijo el de la izquierda—, y éste es mi hermano Rama. Puedes distinguirnos porque yo soy zurdo y mi hermano diestro. Nos resulta útil. Además, Rama tiene una cicatriz sobre el ojo izquierdo, ¿la ves? Se la hizo un americano en Pekín, y eso le dio muy mal carácter.

—¡Oh, no, no tengo mal carácter! —afirmó Rama—. Nos llevaremos bien, Hake, muy bien... siempre que hagas exactamente lo que te digamos. De lo contrario...

Se alzó de hombros, con una expresión que estaba entre la sonrisa y la mueca. Hablaban en perfecto inglés, coloquial y rápido, aunque a veces sonara algo extraño. Y no era que no tuvieran acento; lo tenían, pero Hake no sabía identificarlo. Le parecían británicos, pero pensó que a un británico le hubieran sonado a estadounidenses... como si provinieran de algún lugar situado en mitad del Atlántico, o quizá se hubieran educado en Yale. Sus voces eran altas y puras como las de los primeros tenores de un coro infantil, aunque lo que estaban diciendo no tenía nada de infantil.

—Lo que tienes que hacer —proseguía Rama Reddi—, es hablarnos enseguida y con todo detalle de lo que sepas de las operaciones de tu Agencia y darnos la lista de todos los agentes con los que hayas trabajado.

Hake se dio cuenta de que no iba a pasar un rato agradable. ¡Y todo esto era estúpido, porque sabía tan pocas cosas! Se volvió hacia Rama y empezó a decirle:

—No hay mucho que pueda contar...

La siguiente palabra le fue arrancada de la boca cuando el puño de Subirama le golpeó la oreja. Hake se volvió, ciego de ira, hacia él, y entonces el puño de Rama le golpeó en el otro costado. Ahora quedaba claro por qué les era útil el emplear cada uno una mano.

Subirama echó su silla hacia atrás unos centímetros, y pasó la pistola que empuñaba de su mano libre a la que usaba normalmente. Habló con urgencia a su hermano, que asintió con la cabeza y tomó una cuerda. Mientras Rama Reddi ataba las manos de Hake, Subirama dijo:

—Vosotros los yanquis siempre confiáis mucho en vuestro tamaño y corpulencia. En realidad, no creo que pudieras ganarnos a ninguno de los dos en una lucha cuerpo a cuerpo, y desde luego no podrías nada contra los dos. Pero creo que eres capaz de intentar algo que nos obligaría a matarte, así que vamos a evitarte esa tentación.

Esperó hasta que su hermano hubo asegurado las manos de Hake y luego le clavó el puño en el estómago.

—Ahora —dijo en tono coloquial—, empezaremos con los nombres de las personas con las que, hasta el momento, has entrado en contacto aquí en Italia.

Antes de que hubieran terminado con él, Hake les había contado todo lo que le preguntaron. No intentó resistirse, tras los primeros minutos. Si se limitaban a golpearle, quizá pudiera sobrevivir e incluso recuperarse. Pero le dejaron bien claro que si seguía callado eso le costaría primero las uñas, luego los ojos y después la vida, en ese orden. Les dio nombres que ni él creía recordar. Los de los cuatro ayudantes de Yosper. Cada uno de los miembros de su clase allá bajo el alambre. Incluso les dio una descripción física de la mujer que le había acompañado a su primera entrevista, en la Lo-Wate Bottling Co., y del pastor de ovejas que le había llevado en su vehículo hasta el autobús del aeropuerto. No podía discernir qué partes de la información eran las que les interesaban. Cuando algún nombre o acontecimiento les llevaba a solicitarle más información, no lograba entender el motivo de ello. ¿Por qué les interesaría la esposa de un granjero que tenía una plantación de aguacates en Hilo? Pero lo cierto es que le interrogaron incesantemente sobre Beth Hwa. Les dijo todo lo que sabía, algunas de las cosas las llegó a repetir cinco veces. Luego le dejaron descansar. Hake no creía que fuera por consideración hacia él; más bien le parecía que ya debían de dolerles los puños.

Se dijo a sí mismo que hubiera resistido más, si hubiera tenido algo por lo que resistir. Pero la charla con Leota le había vuelto a dejar confundido: en primer lugar, ¿por qué estaba trabajando para la Agencia? ¿Por qué había abandonado una vida personalmente satisfactoria y socialmente útil como ministro religioso en New Jersey, para meterse en aquellos juegos desesperados de adolescentes? Se tendió en una de las literas, hambriento y exhausto, sintiendo dolor y mareos. No creía que le fuera a ser posible dormir, por lo mucho que le martilleaba la cabeza. Pero se despertó con Leota sentada en la litera junto a él, y entonces se dio cuenta de que, después de todo, se había quedado dormido.

—Esto son aspirinas, tómatelas.

La apartó y se alzó, con la cabeza atronándole terriblemente.

—¡Piérdete! —resopló—. Esto es el truco del policía bueno y el policía malo, ¿no? Ya lo he visto en la televisión.

—¡Oh, Hake, eres tan ignorante! Esos chicos *son* malos, lo bastante malos como para matarte, y lo más probable es que lo hagan. Y yo soy buena... básicamente buena —se corrigió, tendiendo las pastillas. Le aguantó la cabeza por detrás con uno de sus brazos mientras bebía el agua para tragarlas, y luego dijo—: Tienes un aspecto lamentable.

No le contestó; siguió sentado al borde de la cama por un instante, luego fue tambaleándose hasta el pequeño lavabo y cerró la puerta tras de él. En el espejo se le veía aún peor de lo que se sentía. Tenía la cara tumefacta desde la barbilla hasta el nacimiento del cabello; sus ojos estaban hinchados, por lo que no podía acabarlos de abrir, y le zumbaban los oídos. Se salpicó con agua fría, pero cuando trató de secarse la cara con la toalla le dolió. Movié los músculos de los labios y las mejillas, en plan experimental. Podía hablar y quizá también pudiera masticar; pero iba a pasar bastante tiempo antes de que pudiera disfrutar con ello.

Cuando salió, Leota se había ido, pero reapareció al cabo de un momento con una bandeja. Cerró la puerta tras entrar y Hake oyó cómo alguien echaba la llave desde fuera.

—Tus amigos se están cuidando mucho de mí —dijo amargamente.

—¡Oh, Hake! No son amigos míos, ya te dije que yo no quise que sucediera esto. —Dejó la bandeja y se sentó junto a él—. Te he traído un poco de sopa. Después de que hayas comido, te pondré una bolsa de hielo en la cara.

No podía forzarse a darle las gracias. En lugar de hacerlo gruñó, y le dejó que le diera unas cucharadas de la espesa sopa. El movimiento del barco le

echó la mitad por encima, así que le quitó la cuchara y el bol para tomarla él. La sopa era minestrone, solamente estaba tibia, pero no era mala; y además estaba muerto de hambre. Vació el bol mientras ella hablaba:

—¡Yo no soy responsable de lo que hacen los Reddis! Desde luego, a veces trabajamos juntos, pero ellos son mercenarios. Y matan. Hacen todo aquello por lo que les pagan. Y a mí me dan miedo.

—¿Y qué les has encargado que me hagan a mí?

—¡No he sido yo, Hake! Nosotros no les hemos pagado esta vez, trabajan para... —dudó echando una ojeada hacia la puerta y al cabo dijo—: No importa para quién estén trabajando.

Pero sobre su cadera desnuda, bajo la corta bata playera de toalla, su dedo escribió la palabra *Argentina*.

—Tu propia gente los ha contratado de vez en cuando. Esta vez han sido otros... ¿Qué importa? Pero cuando mi grupo necesita ayuda, a veces nos la dan. Si no se hubieran ocupado del guardaespaldas de tu amigo Dieter, nunca lo hubieran arrestado. Así que, con su ayuda, he impedido que tu grupo siguiera asesinando a chicos.

—¿Y cómo se ocuparon ellos del guardaespaldas?

Ella se alzó de hombros.

—También era un mercenario. ¿A quién le importa?

—Eso es algo que dices a menudo. A mí me importa.

—Bueno, la verdad es que a mí también me importa —dijo ella tristemente—. Pero ¿qué es peor, Horny? ¿Qué clase de gente es la que difunde una droga asesina?

Él tomó la bolsa de hielo que ella le ofrecía y se la aplicó con mucho cuidado en la barbilla. Su cabeza seguía martilleando, pero era a un ritmo más lento, menos demoledor.

—Bueno —dijo—. Aceptaré que en ambos bandos hay culpa. Sólo por curiosidad, ¿qué era lo que *tú* creías que iba a pasar allá en la gruta?

—Creía que te íbamos a reclutar para nuestro bando —le contestó ella, muy simplemente—. Y no te rías.

—¡Dios mío! ¿Es que crees que tengo algo de qué reír?

—Bueno, pues así son las cosas. Yo quería hablar contigo y se suponía que los Reddis tenían que limitarse a permanecer fuera y avisarme si llegaba tu gente o ayudarme si, y perdona que lo pensase, Horny, tratabas de capturarme o alguna cosa así...

—Hum —Hake, pensativamente, se pasó la bolsa de hielo de la mejilla derecha a la izquierda. Lo que ella decía tenía sentido, pero no alteraba el

hecho de que habían pasado tres horas golpeándole y de que ahora lo mantenían cautivo, con unas posibilidades futuras que no podían ser calificadas de demasiado brillantes. Al fin dijo, con resentimiento—: Ahora ya sé lo que siente el espectador inocente al que atrapan en una de estas situaciones.

—¡Inocente! —Leota cerró la boca con fuerza como para no dejar salir las siguientes palabras y luego, más cuidadosamente, añadió—: Yo no diría que seas exactamente un espectador inocente, Horny.

—¡Bueno, de acuerdo, he cometido algunos errores!

Ella agitó la cabeza, como con pena.

—Realmente no sabes lo que está sucediendo, ¿no? ¿Te crees que todo esto ha sucedido por puro azar?

—¿No ha sido así?

—¡Tan al azar como la trayectoria de un proyectil dirigido! Tu gente va directo a la yugular, cada vez.

—No... eso es ridículo, Leota. He estado el bastante tiempo con ellos como para haberlo visto. Son la gente más incompetente, falta de eficiencia que...

—¡Ojalá tuvieras razón!

—¡La tengo! Para empezar, a mí me eligieron por puro azar. Sin motivo alguno.

—Lo que significa que tú no sabes la razón de que te eligieran, pero puedes creerme si te digo que seguro que tenían un motivo.

Probablemente te tuvieron vigilado durante meses, antes de dar el primer paso. Alguien te descubrió y consideró que eras potencialmente aceptable...

—¡Imposible! ¿Quién iba a ser?

—No lo sé. Pero alguien debió ser, sé cómo trabajan. Primero comprobaron tu ficha, luego efectuaron toda una investigación en tu propio ambiente. Debiste de parecerles bien, pero tenían que estar seguros, así que te llamaron para una entrevista. Tú podías haberlos mandado al infierno, pero...

—¡No! ¡No pude! Estaba en la reserva del Ejército: simplemente, me hubieran llamado a filas.

—¡Oh, sí! ¡Sí que hubieras podido. Horny! Siempre les podrías haber dicho que no... ver lo que hubieran hecho. ¿Qué te crees, que te hubieran llevado a juicio? Pero el caso es que no lo hiciste, de modo que pasaste la primera prueba y ellos te soltaron un poco de pasta y te asignaron una misión (de camelo) para probarte. ¡No me mires de ese modo, Horny, así es como fue! Cualquier niño de dos años la hubiera podido cumplir y posiblemente

mejor que tú. El caso es que la llevaste a cabo y también pasaste esa prueba, y luego, cuando descubriste de qué iba todo, pasaste una nueva prueba... pues no dijiste nada sobre lo que están haciendo.

—¡No podía!

La mujer apartó la vista.

—Bueno, no. No podías, Horny, porque aunque lo hubieras intentado, probablemente no habrías logrado llegar con vida a hablar con un periodista; alguien se hubiera asegurado de eso. Pero el caso es que tú no lo sabías, Horny, y ni siquiera lo intentaste, de forma que superaste otra prueba. Siguiendo estadio: te envían al campo de entrenamiento y pasas el cursillo con todos los honores. Te mandan aquí a que me descubras... No me vuelvas a decir que no sabías lo que estabas haciendo, porque si hubieras pensado un poco lo podrías haber descubierto; hay coincidencias que no pueden ser tales coincidencias. Y, en cuanto me viste, tendrías que haber sospechado.

—Pero en ese momento ya era demasiado tarde.

Hubo una larga pausa.

—Ajá —aceptó ella, y se echó a llorar. Al fin, pudo decir—: Es demasiado, demasiado tarde.

Tardó un tiempo en captar el significado de sus palabras.

Cuando Leota lo hubo dejado otra vez solo, Hake se sentó al borde de la litera, con la vista clavada en el cubrecamas de terciopelo rojo de la litera superior del otro lado del camarote. No lo veía: su mente, todo su cuerpo, estaba en posición de pausa. Casi era un estado de parálisis. En todos los años pasados en la silla de ruedas jamás había tenido tan poco control sobre su propio destino como en aquel momento.

Si es que alguna vez había tenido algo de control sobre su destino. Todo lo que Leota le había dicho sonaba a cierto. Había ido a remolque, por un camino que no creía que pudiera ser de su propia elección. Pasivo, obediente, incluso cooperativo: el cómplice voluntario de una gente a la que despreciaba, haciendo cosas que le repugnaban. Hake no estaba muy seguro de quién era en realidad: no podía reconocerse en el matón que había disfrutado en su pelea con Tigrito.

En el pequeño camarote el ambiente era espesa y criminalmente cálido y, con todos los ojos de buey cerrados, no entraba ni gota de aire. Por lo menos le dolía menos su maltratada cabeza. Incluso le resultaba soportable el dolor: las aspirinas que le había dado Leota habían hecho efecto. O lo que sucedía era que sus dolores habían disminuido en su nivel consciente, ante las implicaciones de lo que ella le había dicho. Hake tuvo entonces la idea de que

quizá aquel lugar cálido y maloliente fuera el último que fuese a ver en su vida, así que se dedicó a estudiarlo. Aquella idea no le resultaba aterradora, pero sí paralizante. De nuevo no podía ver ningún agarradero por donde poder asir su propia vida, nada que pudiera hacer para cambiar el estado de las cosas.

Cuando Leota se había marchado, en respuesta a tres secos golpes que habían sonado en la puerta, había recogido el bol, la cuchara e incluso la bolsa de hielo y se los había llevado. Si le hubiera dejado aunque hubiese sido un simple cuchillo de mesa... pero no tenía nada así. No había nada utilizable en el cuarto.

Se secó el sudor de la cara, se puso en pie, se quitó la camisa, tiró los zapatos a un rincón y, a pesar de todo, siguió asándose. Ni siquiera podía decir si era de día o de noche. La paliza y el interrogatorio le habían parecido interminables, pero en realidad debían de haber durado una hora o dos; el corto sueño podía haber sido sólo de unos minutos, pero también podría haber durado mucho más. No entraba luz alguna por los cierres herméticos que cubrían los ojos de buey. Por no saber, ni siquiera sabía si el pequeño buque estaba viajando o sólo se movía mecido por las olas anclado en algún puerto.

Lanzó sus pantalones sobre una de las literas del otro lado y se tendió. En la total impotencia de su situación había algo que casi resultaba satisfactorio. Como no había nada que pudiera hacer, tenía permitido no hacer nada. Incluso se fue apagando el tamborileo en su cabeza; lo sensibilizado de su cara y el dolor de su tripa eran ya los únicos fenómenos que observaba. Mientras dormitaba, con un brazo tras la cabeza, casi se sentía en paz, y le divirtió comprobar que la impotencia no se extendía a la totalidad de su persona.

Durante todo el tiempo que había estado hablando con Leota, una parte de él había tenido muy en cuenta el torneado de sus morenas piernas y el suave aroma femenino que le llegaba de ella. Aún podía olerlo y esto, unido quizá al suave balanceo del barco y quizá a algún rasgo no identificado de la personalidad del nuevo Hake, le hacían tener unos grandes deseos de hacer el amor. Y cuando al cabo de un tiempo Leota volvió, llevando una nueva bolsa con hielo, una aspirina y agua, después de que cerró la puerta tras de sí y se sentó al borde de la litera, él tendió la mano para asirla. Asombrada, ella dijo:

—Heeeeyyyy... —Y luego, apartando los labios de los de él—: Al menos espera a que deje el vaso.

Fue como el hacer el amor en sueños: fácil, sin prisas y con seguridad, y ni siquiera le sorprendió comprobar que ella estaba tan deseosa como él.

Cuando se hubieron separado, él resiguió el suave borde del hueso que sobresalía de su cadera izquierda con los dedos y dijo:

—¿Sabes? Realmente no esperaba esto, pero estoy muy contento de que haya sucedido.

Sus ojos estaban a sólo unos centímetros y ella miró cuidadosamente en los de él, luego le besó, agitó la cabeza, se sentó y miró su reloj.

—Tómate la aspirina —dijo—, y luego vamos a hablar. Me quedan veinticinco minutos para tratar de convencerte.

—¿De qué tienes que convencerme? —preguntó, mientras se tomaba obedientemente la pastilla.

—De que te conviertas en un agente doble, Horny —contestó ella.

Él se deslizó hasta el borde de la litera y se sentó a su lado. Pensativo, le rozó el desnudo hombro con los labios.

—¡Oh, sí! —aceptó—. Volvemos a mi problema.

—En realidad es un problema común a los dos, Horny. Pero la oferta es la siguiente: si aceptas trabajar con ellos te dejarán marchar. Tienen un plan, van a pedir un rescate por ti... cambiarte por alguien que la Agencia tiene oculto en Tejas. No me preguntes de quién se trata, no lo sé.

—No sé si la Agencia dará mucho valor a mi cabeza —dijo dubitativo.

—Bueno, para ser franca, te diré que los gemelos no creen que le den mucho valor, así que aceptarán que les regateen a la baja... Naturalmente, siempre que tú aceptes su plan, de lo contrario no hay trato para ti. Y quizá tampoco para mí —añadió—. Si... deciden eliminarte, no creo que quieran dejarme ir por ahí, siendo una testigo potencial para un juicio por asesinato.

Aquella era una noción nueva que, además, a Hake le resultaba desagradablemente molesta. Puso su brazo en derredor a la cintura, húmeda y cálida, de ella, pero Leona no cedió.

—Así que tenemos que hablar, Horny. Supongo que no tendrás ningún problema de tipo moral, pues no creo que desees seguir siendo fiel a un grupo de locos destructivos. No sólo está la cuestión del PCP, o lo de sobornar a la mitad de los *disc-jockeys* de Europa para que pongan música pasota alabando las drogas, o falsificar la libra esterlina, o interferir en las redes de los ordenadores de todos los demás países. O extender enfermedades, o plagas de insectos, o hierbas alergizantes, o...

—No sabía nada de esa música dedicada a las drogas —intervino Hake—. ¿Y qué es lo que hacen con los ordenadores?

—Los interfieren constantemente, Hake. ¿Cómo crees que se financian? O, hablando del tema —añadió honestamente—, ¿cómo crees que me

financio yo? No estoy diciéndote con ello que me agrade el modo en que trabaja mi bando. Ellos te espían a ti, y yo también te espío. Ellos te engañan, y yo también te engaño.

—Me gusta más el modo en que lo haces tú —observó él—. ¿Qué quieres decir con que me espías? ¿Fue así como averiguaste que iba a hacer aquella primera visita a la Agencia?

—Desde luego. No tenemos los recursos con los que cuenta la Agencia —dijo amargamente—, pero hacemos todo lo que podemos. Tengo una vieja compañera de escuela que... no, no te importa saber quién es. No tenemos más tiempo: tengo que convencerte para que te pases a nuestro lado.

—¡Oh! —exclamó Hake—. Pensaba que te habías dado cuenta... ya me he pasado. Ella lo miró. —¿Estás seguro?

—¿Seguro? —Se echó a reír—. De lo único que estoy seguro es de que estoy harto de que *me utilicen*. Pero estoy dispuesto a intentarlo a tu manera.

Ella lo estudió detenidamente durante unos instantes y luego agitó la cabeza.

—De acuerdo. Ahora confiemos en que los Reddis no cambien de opinión. Y... —Miró su reloj—, aún tenemos veinte minutos.

Él trató de atraerla hacia sí, pero no había entendido lo que ella había querido indicar, por lo que otra vez se le resistió.

—Espera, Horny. Ahora ya debo hacerte esa pregunta.

—¿Qué pregunta?

—La que te dije que un día te haría: ¿por qué has hecho todo lo que has hecho?

—Creí que ya lo habíamos hablado —dijo él, un tanto molesto—. No lo sé.

—Pero quizá yo sí lo sepa. Tengo una teoría, y no te rías...

De lo que menos tenía él ganas era de reír.

—Tendré que empezar por el principio: ¿qué es lo que sabes de hipnotismo?

Hake apartó la mano del cuerpo de ella y dijo:

—Leota, no soy un hombre impaciente, pero si tienes algo que decirme, lo mejor será que vayas directamente al grano.

—Bueno, pues el grano es éste: actúas como si estuvieras hipnotizado. ¿Comprendes lo que quiero decir? Sea lo que sea lo que cualquiera te diga, tú lo haces. Eres muy sugestionable, justo como quien se halla en un estado de trance hipnótico.

—¡Oh, mierda! —Él estaba exasperado—. ¡No me pueden hipnotizar para hacer cosas que en mi estado normal no hubiera hecho... y eso está más que comprobado! Todo el mundo lo sabe.

—¿Todo el mundo lo sabe? ¿Y cómo lo sabes tú? ¿Has hecho algún estudio sobre el hipnotismo?

—No, pero...

—No, pero desde luego actúas como si lo supieras todo sobre el tema. No me vengas con lugares comunes, Horny. Piensa un poco en ello.

—Bueno... —pensó por un momento y luego añadió, con cautela—: Admitiré que no acabo de comprender del todo lo que he estado haciendo en el último par de meses. Me he interrogado mucho al respecto. Acepto cualquier cosa que me sugieran, en seguida y sin poner objeciones... como tú muy bien señalas.

—No es una crítica, Horny. Sino todo lo contrario. Si estabas hipnotizado, no hay nada que tú puedas hacer para oponerte.

Él la miró:

—¿Estás segura de todo esto que estás diciéndome?

—Bueno, no mucho —admitió ella—, pero tiene sentido, ¿no? ¿Hay otro modo en que explicarlo? Ni siquiera se puede atribuir a un acto reflejo de patriotismo... Cuando yo te dije que no me denunciaras, también me obedeciste.

Él alzó la vista, mirándola con un espasmo de esperanza.

—¡Pero... eso fue en contra de la Agencia!

Leota agitó la cabeza.

—¡Hombres! Vuestro peor enemigo es el ego masculino. Preferirías creer que eres un hijo de mala madre por tu propio albedrío que una marioneta manipulada. Pero resulta que ése es un signo muy claro del estado de trance. Se le llama «la tolerancia de las incongruencias». Y quiere decir que uno actúa como si cosas mutuamente en conflicto fueran ambas buenas o representasen la verdad.

—¡Eso es imposible! —protestó él—. ¡No han podido hipnotizarme sin que yo me acuerde de nada!

—¿Y cómo lo sabes?

—No lo sé, pero...

—Podrían haberte implantado una sugerencia posthipnótica para que lo olvidases todo —le dijo ella—. O quizá ni lo supiste desde el principio. Quizá te suministraron una droga, o te colocaron una cinta magnetofónica bajo la almohada. No lo sé; de lo único de lo que estoy segura...

La interrumpió el ruido de la cerradura de la puerta al ser abierta. El Reddi que tenía la cicatriz sobre la ceja los miraba, con una mano apoyada sobre la funda de una pistola. Sonrió.

—Ah, veo que estás haciendo grandes progresos, cariño —observó mientras Leota tomaba apresuradamente su bata de playa y se tapaba con ella.

—Hemos hecho un trato —le contestó ella, fríamente—. Ahora os toca a vosotros preparar un acuerdo para el canje.

—Ya veo —dijo él, estudiándolos con aire divertido—. Sí, quizá se pueda hacer algo. Cuando vuelva mi hermano podremos seguir hablando de esto. Pero ¿cómo sabemos que el reverendo Hake mantendrá la palabra que nos dé?

Ni Leota ni Hake le respondieron; no había ninguna respuesta obvia que dar.

—Sí, es una dificultad. Bueno, había pensado que quizá te apeteciese subir a cubierta, querida..., aunque posiblemente prefieras quedarte aquí.

Sonrió y la suya fue una sonrisa que casi era amistosa, como le asombró descubrir a Hake. O al menos tolerante. Luego salió y cerró la puerta tras de sí.

Hake y Leota se miraron el uno al otro.

—Esto... —inquirió Hake—, respecto a lo que ha dicho, ¿cómo crees que van a asegurarse de que cumplo con mi parte del trato?

—No tengo ni idea, Horny, pero sí sé que probablemente será de un modo que no te gustará. Lo más fácil sería matándote si no lo haces. Si la Agencia puede ponerte a alguien que llegue hasta ti en el momento en que les interese, y yo también puedo hacerlo, entonces no veo por qué los Reddis no van a poderlo hacer. O quizá podrían optar por algo realmente peor.

—¿Como qué?

—Lo peor que se te pueda ocurrir. O mucho peor aún, lo peor que se les pueda ocurrir a ellos. ¿Hacerte adicto a una droga? ¿Infectarte con una enfermedad mortal contra la que sólo ellos tengan el remedio y tengas que írselo pidiendo? No lo sé, pero ya se les ocurrirá algo —dijo ella muy irritada.

El futuro empezó a resultar algo dudoso para Hake.

—Pero quizá no sea tan malo —añadió, tratando de animarlo un poco—. De todos modos no hay nada que tú puedas hacer en contra, ¿verdad? Y, sea lo que sea, siempre será mejor que el aparecer flotando junto a los muelles de la Bahía de Nápoles.

—¿Nápoles? Pensaba que estábamos en Capri, ¿para qué hemos venido a Nápoles?

—Eso tendrás que preguntárselo a ellos. Lo último que vi fue que estábamos atracados a algún muelle industrial, cerca de los astilleros. Si escuchas podrás oír los trenes en las vías del muelle.

Escuchó, volviendo a poner el brazo alrededor de su talle, pero no pudo oír nada que lograra identificar.

—Bueno —dijo al fin—, como parece que todavía nos queda algo de tiempo...

—Espera un instante, Horny —ella seguía escuchando, con expresión de asombro. Se oía un rápido golpear de pies en cubierta, y luego algo que casi fue un chapoteo.

Se incorporó y se puso la bata.

—Está pasando algo —anunció, y entreabrió la puerta. Fuera no se veía a nadie—. Voy a echar una ojeada, será mejor que te quedes aquí.

—No. Yo voy también.

—Entonces quédate detrás.

Cruzó hasta la puerta que daba a cubierta, que estaba totalmente abierta, y miró en derredor. Hake se puso tras ella y miró por encima de su hombro. Estaban amarrados a unas viejas pilastras de madera, junto a un muelle. Un agua grasienta lamía la madera y, más allá del muelle, se veían unos inmensos tanques bulbosos. Era por la noche, pero los tanques estaban brillantemente iluminados, y Hake vio varias figuras que se movían cautelosamente por entre ellos. No había ni rastro de ninguno de los Reddis.

—¡Oh, diablos! —susurró ella—. Parece que los chicos de tu bando vienen a rescatarte. O, lo que es más probable, a cazarnos a los Reddis y a mí. Rama debe de haberlos visto y se ha largado.

—¿Y qué es lo que puede pasarte a ti? —inquirió Hake.

—Nada bueno —afirmó ella—. Me voy a largar de aquí, Hake. Tú te quedas, todo te irá bien. Si puedes, entreténlos un poco.

Corrió hasta un camarote y volvió de nuevo atándose apresuradamente los depósitos de aire.

—¡Espera! —protestó él—. ¡Quiero volver a verte!

Ella hizo una pausa momentánea, mientras le miraba.

—¡Oh, Horny! —exclamó—. ¡Eres tan tontamente ingenuo!

Le dio un beso rápido y fuerte y se metió en el agua por la borda más alejada del muelle. Minutos más tarde, cuando el primero de los hombres que se acercaba hubo llegado a la corta plancha que subía al barco, Hake salió a cubierta con las manos en alto.

—¡Soy yo! —gritó—. ¡Gracias a Dios que habéis llegado! Se han escapado por allí todos, no hace más de cinco minutos... Si os dais prisa aún podréis atraparlos.

Y señaló muelle abajo, al punto que le pareció más oscuro y menos probable.

IV

Yosper se lo estaba pasando de maravilla. Se hizo con el mando del pequeño buque como un corsario de antaño, envió a su tripulación pirata en todas direcciones y él se dedicó a pasear arriba y abajo por el puente. No se olvidó de los requisitos de la conquista: halló tres botellas de Piper-Heidsieck convenientemente frías en un camarote de popa y las compartió con Hake, mientras supervisaban la búsqueda.

La persecución en tierra no dio resultados. Dietrich, recién salido de la cárcel napolitana, informó que no había nadie a la vista; había pagado a los matones contratados y los había enviado a casa, pues las presas se habían escapado. Me alegra, pensó Hake; al menos me alegra por uno de los tres. Pero los brillantes y viejos ojos de Yosper estaban clavados en él.

—No pongas esa cara tan feliz —le dijo—. Tienes muchas cosas que explicar. ¿Sabes lo que hemos tenido que hacer para sacarte de esto? Primero tuvimos que hallarte... debimos encontrar al barquero y luego a un testigo de uno de los barquitos turísticos que van a la gruta. Más tarde tuvimos que mandar un mensaje a Washington para que un satélite espía hiciera una foto con la que identificar este barco. Y luego tuvimos que contratar a media docena de matones para venir por ti.

—Lamento haberos causado tantos problemas.

—¡Ya lo creo! ¡Dietz! Ve abajo y échale una mano a Mario para registrar el barco; después lo celebraremos todos juntos.

Hake no le estaba escuchando, estaba haciendo cálculos. Lo peor de deberle la vida a alguien era que se hacía difícil mostrarse desagradable con él. Pero ¿por cuánto tiempo? ¿Una semana? Bueno, por lo menos durante dos o tres días. El caso era que, por muchas ganas que tuviera de enviar a Yosper

al infierno, ahora no podía hacerlo. El hombre era un imbécil arrogante y estaba demostrándolo a las claras:

—... ya me lo puedes devolver...

Hake volvió a la realidad.

—¿Perdón?

—Te decía que ya podías devolverme el brazalete —repitió Yosper, señalando la pieza de plata que llevaba Hake en la muñeca—. Ya no necesitamos que sigas llevándolo: sirvió para su función. Sabíamos que irías a verla, después de que no pudimos atraparla en el *Pescatore*, así que te tuvimos vigilado con eso; no podías hacer unos metros sin que supiésemos dónde estabas. Pero lo de la barca fue una sorpresa, y para cuando pudimos seguirte ya estabas más allá del radio de acción de nuestros detectores.

En silencio, Hake se quitó el brazalete y se lo entregó, al tiempo que Mario y Dieter salían de la bodega. El italiano llevaba una caja metálica plana y ambos parecían preocupados.

Yosper se puso en pie de un salto.

—Está desactivada —le dijo Mario, jadeando. Se la entregó a Yosper, que la aceptó con mucho cuidado.

—Ajá —dijo—. Habría hecho volar este barco sin problemas y luego... —Atisbo hacia los enormes depósitos, que se hallaban sólo a unos metros de allí, y a Hake le asombró ver que el viejo empezaba a sonreír—. ¡Cincuenta mil toneladas de hidrógeno líquido! —Dejó escapar el aire de los pulmones—. ¡Vaya una explosión que hubiera sido! ¿Ves ahora con qué clase de gente se mezcla tu amiguita, Hake?

—Además son listos —intervino Dieter—. Ésa es de las nuestras.

Yosper frunció el ceño y luego agitó la cabeza.

—Son un par de tipos retorcidos, y tienes razón... si los italianos hubieran hallado trozos de la bomba, encima nos hubieran echado la culpa. ¡En qué lío nos hubiéramos visto metidos! Debieron conseguirla cuando estuvieron trabajando en aquel asunto del mar del Norte.

Hake se incorporó en el asiento.

—¡Hey! ¿Quiere eso decir que han trabajado para nosotros?

—Ya no trabajan para nosotros. Se toman su trabajo demasiado en serio, Hake. Asesinar está fuera de lo que nos permite nuestro reglamento —dijo con aire virtuoso—, excepto en circunstancias excepcionales. Pero a ellos *les gusta*. Tienes suerte de seguir con vida. Si los contratas y no quieres que haya asesinatos, te cobran un recargo, ¿te lo hubieras podido imaginar?

—No os comprendo —exclamó Hake.

—¿Por qué, porque usamos mercenarios? ¡A ver si despiertas ya, chico! No confundas los medios con los fines. Estamos haciendo lo que es justo. Los Reddis son tan sólo unas herramientas, que empleamos cuando resulta necesario. Uno no le pregunta a un arma si cree en la democracia, lo único que quiere de ella es que dispare cuando se aprieta el gatillo. —Le entregó la bomba de nuevo a Mario, luego siguió, severo y magistral—: Eso era algo que entendíamos en los viejos tiempos. No os culpo porque hoy en día estéis hechos un lío... ¿Cómo vais a poder dar todo lo que tenéis dentro, si se os dice que nunca debéis lanzar una bomba o disparar un cohete, pegarle un tiro en la rodilla a un enemigo o volar un puente? Pero ésas son las reglas y nosotros no las hemos hecho. Tan sólo nos limitamos a cumplir lo que nos ordenan... y empleamos lo que tenemos a mano.

Hake se recostó, dejando que las palabras le entraran por un oído y le salieran por el otro. La moral de Yosper no era un asunto que le concerniese, se dijo. Tenía otras preocupaciones y no estaba muy seguro de cómo iba a enfrentarse a ellas, o qué era lo que iba a resultar de aquella situación. Se encontró estudiando a Mario y a Dieter, que estaban sentados escuchando embelesados al viejo. Justo como si nunca antes hubieran oído aquellas cosas, aunque las hubieran escuchado mil veces. Era muy extraño que todo el mundo al que conocía: Yosper, Dieter, Mario, Leota, incluso Jessie Tunman, hasta los Reddis, todos estaban muy seguros del papel que tenían que jugar en el mundo y de lo justo que era continuar desempeñándolo. Mientras que él no estaba seguro de nada.

Y Yosper seguía hablando:

—... en los viejos tiempos en las Naciones Unidas, ¡vaya una mierda! ¡Sabíamos quién era cada quién! Y también sabíamos cómo ocuparnos de ellos. ¡Metías a un encargado de negocios rumano en la cama con un chico negro, luego le enseñabas las fotos y hacía lo que querías! O lograbas que el encargado soviético del gabinete de cifra se convirtiera en un adicto a la heroína y luego lo tenías cogido con el suministro. Si queréis saber mi opinión, el mundo era entonces mucho más simple, y mejor. Entonces estábamos haciendo el trabajo del Señor y lo sabíamos. Claro está, aún seguimos en ello, pero a veces... —Parpadeó—. Te aburre escucharme, ¿no es así, chico? Esos moretones de la cara no deben de estar haciéndote ningún bien, y además debes de estar hambriento. Dietz, tú deshazte de esa cosa — señaló a la bomba— y tú, Mario, trae el coche. Se ha acabado el *champagne* y ya es hora de comer.

Todas las preguntas que había en la cabeza de Hake querían ser la más importante y no dejaban de chocar entre ellas mientras trataban de ocupar el lugar central. Por ejemplo, ¿cuán en serio debía de tomarse su trato con los Reddis de cambiar de chaqueta? La verdad era que no lo habían soltado, su gente le había rescatado. Pero quizá aún tuvieran sus métodos para obligarle a cooperar. Y antes de que hubiera acabado con esa pregunta, y desde luego sin haberla podido responder, ya había otra: ¿había logrado realmente escapar Leota? ¿Y dónde estaba ahora? Y ésta a su vez fue apartada por: ¿qué pasaba ahora con su proyecto sobre las religiones? ¿Qué pasaba, cielos, con su propia iglesia? ¿Cómo se las estarían arreglando sin él? ¿Qué había de verdad en aquella loca conjetura de Leota acerca de que le hubieran hipnotizado? Y de nuevo, ¿estaría Leota a salvo?

La ventaja de una cabeza llena de ideas no formuladas del todo y preguntas sin respuesta era que eso le tenía distraído de la cháchara interminable de Yosper. Que prosiguió mientras se movían por entre las grandes esferas de doble pared que contenían el hidrógeno, se hizo más fuerte cuando acortaron por entre los martilleantes compresores que mantenían el hidrógeno líquido, hizo una pequeña pausa cuando se hallaron junto a las inmensas salidas de aire caliente que escupían calor residual al ya cálido cielo napolitano, pues había el riesgo de que alguno de los no demasiado alerta guardianes les oyese, y se reinició a todo tren dentro del Cadillac que Mario conducía, deportivamente, a lo largo del barrio portuario, subiendo por una maraña de empinadas callejuelas, hasta llegar al aparcamiento de un enorme hotel que había en la cima del Vomero.

Le dieron a Hake veinte minutos para limpiarse un poco, ponerse agua en los moretones y mudarse con ropa limpia de las maletas que Mario, amablemente, le había traído desde Capri, tras lo que hubo una repetición de la noche en el restaurante *La morte del pescatore*.

De nuevo tenían la mejor mesa del local. Miraba sobre la bahía, con el cráter del Vesubio iluminado por reflectores rojos, blancos y verdes.

Yosper estaba diciendo:

—¡Ternera, Hake, ternera! Si no quieres pescado, escoge ternera; es la única clase de carne que entienden los italianos, pero ésa la entienden bien.

Hacía ya rato que había pasado el efecto de las pastillas que le había dado Leota, y notaba la mandíbula y la tripa como si una manada de ganado le hubiera pasado en estampida por encima. Estaba exhausto... había sido un verdadero *shock* el descubrir, cuando llegaron al hotel, que sólo eran las nueve de la noche... Y le parecía que le estaba subiendo la fiebre. Pero de lo

que estaba más harto era del sonido de la voz de Yosper. El viejo había iniciado una larga discusión con el camarero acerca de la cantidad de queso parmesano que debía de entrar en la composición de sus *Scallopine a la Vomero Cordón Blau*, y con el sumiller acerca de si el *Lacrima Christi* realmente provenía de las viñas del Monte Vesubio, o era algo que el *bottigliere* había combinado esa misma tarde, empleando pieles de uva y ácido clorhídrico.

Hake pidió al azar, deseando sobre todas las cosas acabar con aquello e irse a la cama... Y, tan pronto como le resultara posible, volver a Long Brach, New Jersey. Y cuando Yosper trató de aconsejarle una especialidad de la casa, resopló:

—¡Cualquier cosa! ¡No me importa! ¡Yo no he venido a Italia a gastar el dinero de los contribuyentes en bacanales!

Yosper le lanzó una mirada de advertencia y ordenó al camarero que se retirara. Cuando lo hubo hecho, el viejo dijo:

—Hay dos cosas que debes recordar, Hake. La primera, que no tienes que hablar de que trabajas para el Gobierno cuando alguien que no conozcas te esté escuchando. La segunda, que esto no les cuesta ni un centavo a los contribuyentes. Al menos, no a los nuestros. Dieter, ¿a quién le vamos a cargar esta cuenta?

—Iba a emplear mi tarjeta Barclay —dijo el holandés—. Así que le irá a parar a la KLM.

Yosper asintió, sonriendo.

—Se lo cargamos a esa compañía aérea, que a su vez lo carga a una cuenta especial que resulta ser los fondos no sometidos a auditorías que emplean los agentes secretos holandeses. No hay modo de que puedan seguir la pista hasta nosotros. Veamos, en Capri creo que usamos la tarjeta de crédito del Banco di Milano, que a través del sindicato hidroeléctrico italiano va a parar al servicio secreto de su Fuerza Aérea. Si sabes cómo manejar los ordenadores lo puedes tener todo... ¡y el enemigo lo paga! Así que come a gusto, chico, cada lira que gastes se la quitas al otro bando.

Hizo una pausa y le dijo a Dieter:

—Eso me hace recordar algo, ¿quieres ver cómo anda el otro asunto?

El muchacho asintió y se marchó, mientras el camarero llegaba con la ensalada y los entremeses.

Masticar el crujiente apio y el palmito resultó toda una tortura para Hake. Parecía tener la mitad de las muelas sueltas y la mandíbula le protestaba a cada esfuerzo. Comió hoscamente, mirando al otro lado de la bahía. Con las

iluminaciones festivas de los barcos de crucero atracados en los muelles, los coches que pasaban por el barrio del puerto y las lejanas casas del Portici y la Torre del Greco, todo se veía al mismo tiempo hermoso y terrible... Terrible por tanta energía malgastada. No sabía cómo autorizaban aquello, ni cómo no acababa de hundir la economía italiana. Desde luego, las granjas y los pueblecitos agrícolas estaban sujetos a unas restricciones mucho más estrictas que nada de lo que se sufriera en New Jersey, eso lo sabía. Pero tal cosa aún hacía que aquel despilfarro resultase más inmoral. Había algo que olía mucho a podrido en aquel mundo en el que vivía. Y si los que tenían que eliminar el mal olor eran todos como Yosper, ¿qué esperanza había siquiera de sobrevivir? El viejo estaba de nuevo pontificando sobre la religión. Estaba diciendo que Dios había planeado para este mundo que los justos prosperasen y dominasen, y las palabras chocaron contra las ideas que había en el interior de Hake, provocando en él aún mayor confusión. Luego le sobresaltó una frase de Yosper y preguntó:

—¿Qué es lo que dices?

—Tendrías que prestarle más atención —le dijo acusadoramente Mario—. Yosper es un gran hombre y además te ha salvado la vida.

El viejo dio unas palmadas tolerantes en el brazo de Mario.

—Decía que no estoy de acuerdo con Darwin.

Hake se atragantó; era exactamente como si hubiera dicho que creía que la Tierra era plana.

—Pero... pero justamente acabas de decir que crees que los más aptos deberían sobrevivir.

—He dicho los justos, Hake, pero estoy de acuerdo en que son la misma cosa. Dios nos da la fuerza para hacer Su voluntad. Pero eso no tiene nada que ver con tu Darwin; él va contra la Biblia, así que está equivocado. Y —añadió, animándose—, si contemplas la totalidad del cuadro con los ojos de la comprensión, verás que también va en contra de la ciencia. De la verdadera ciencia, Hake. De la ciencia del sentido común. Lo de Darwin no tiene ni pies ni cabeza, chico. ¡En nombre del cielo, muchacho, límitate a abrir los ojos a este maravilloso mundo en el que vivimos! Anguilas eléctricas. Colibríes. Semillas en el desierto que son lo suficientemente listas como para no prestarle atención a un simple chaparrón, pero que brotan en cuanto hay una buena lluvia de verdad... ¿Y vas a decirme que todo esto sucedió por azar? ¡No, muchacho! tu señor Darwin no da pie con bola. Mira a tu propio ojo: tu señor Darwin dice que algún bicho de hace mil millones de años empezó con algunas escamas en su piel que respondían a la luz, ¿tengo razón? Y yo,

¿tengo que crearme que durante todos esos años se limitó a estar intentando convertir esas escamas en algo con lo que leer un libro o contemplar la pantalla de un televisor y acabó logrando los músculos y nervios más maravillosos que jamás se haya empleado para ver, llorar y aumentar imágenes y...? ¡Pero vaya, si vuestros científicos ni siquiera pueden fabricar una máquina tan sofisticada como el ojo humano! ¿Y quieres que me crea que todo esto sucedió por casualidad, empezando a partir de las escamas de un pescado? ¡Eso es una locura tan grande como...! Un momento.

Dieter había regresado, seguido por un camarero que llevaba un teléfono. Mientras enchufaban la clavija, el muchacho holandés susurró algo al oído de Yosper.

—Hum hum —gruñó éste; parecía satisfecho—. Bueno, dejemos correr ese tema, que está poniendo nervioso a nuestro amigo. Creo que el vino ya se ha aireado bastante, digámosle al camarero que nos lo sirva.

Hake agitó la cabeza incrédulamente. Pero ¿de qué servía aquello? Estaba llegando su pollo al marsala; esperó impaciente que el camarero se lo deshuesase y limpiase junto a la mesa, y luego se lo comió con rapidez.

—No quiero postre —dijo tras haber acabado mientras los otros aún estaban disfrutando de la parte principal de sus comidas—. Creo que me iré a la cama.

—Seguro —le dijo hospitalariamente Yosper—. Has tenido un día duro. No obstante, aclaremos lo de mañana. Tienes un vuelo a las ocho de la mañana al Leonardo da Vinci. Cuando llegues allí, ve al depósito en Roma, el lugar donde recogiste tu ropa en el viaje hacia aquí; allí te entregarán todos los documentos y billetes que necesites. Creo que tomarás el vuelo de las dos de la tarde a Nueva York... Mañana por la noche dormirás de nuevo en tu propia cama... Pero ya te lo aclararán todo. Di que te despierten a las seis; Mario te recogerá a las seis y media para llevarte al aeropuerto.

—Haré que te suban un café antes de que nos marchemos —le dijo amablemente Mario—. Si quieres algo más antes del vuelo podremos tomarlo después del chequeo en Capodichino.

Hake escuchaba y se removía nervioso. Sus instintos deseaban decir algo que su boca se mostraba remisa a pronunciar. Finalmente logró articular:

—En cualquier caso, gracias. A todos. Creo que me habéis sacado de un buen aprieto.

—No fue más que lo que te merecías, muchacho. Nos has sido de una gran ayuda. Tu amiga la loca y ese par eran una gran molestia, y ahora ya nos hemos ocupado de ellos.

—¡Pero si se escaparon!

—Los mellizos lo lograron, sí. Pero eso no es tan malo, Hake. Son una pareja muy desagradable y atraparlos es como cazar serpientes de cascabel con una red. Además, mi querido amigo, no tengo nada personal contra ellos. No quería castigarlos; uno no quiere castigar a una bomba, simplemente se limita a asegurarse de que no estalle.

Todos le sonreían, Yosper aún comiendo y los muchachos recostados en sus sillas y dándose la mano. Hake esperó a que llegase el golpe para el que se estaba preparando, pero no llegó. Así que dijo con voz ronca:

—La chica también se escapó.

—No fue muy lejos —dijo placenteramente Yosper.

—¿De qué estás hablando?

Yosper suspiró.

—Bueno, veamos lo que podemos averiguar —dijo, y tomó el teléfono. Habló unos segundos en un idioma que Hake no entendía y luego colgó, con una sonrisa de oreja a oreja—. Exactamente se encuentra en la Regina Coeli. Estará una buena temporada fuera de la circulación.

—¿En la cárcel? ¿Por qué? ¿Aquí no ha cometido ningún delito!

Yosper movió la cabeza mientras se reía a carcajadas.

—Cometió el peor de los delitos. Mira, su pequeña banda de aficionados hace lo mismo que nosotros, sólo que no tan bien. Estaba trabajando con identidad y créditos falsos. Pero una vez la descubrimos en el *Pescatore* y el bueno de Mario puso patas arriba su habitación... bueno, pues supimos lo que estaba utilizando. El resto fue fácil: nos cargamos su crédito. Logró llegar hasta Roma, y allí la atraparon por utilizar tarjetas de crédito falsas. Ahora está en bancarrota, Hake. La subastarán para pagar sus deudas. Pasará mucho tiempo antes de que pueda volver a molestarnos.

Veinticuatro horas más tarde Hake salió de un taxi en el lado del Trastevere del Ponte Sant'Angelo. No había perdido el tiempo en Roma. Había empleado tanto el entrenamiento que le habían dado bajo el alambre como las habilidades prácticas que había descubierto en los últimos días. Del depósito de seguridad de la Agencia en Roma había obtenido un nuevo pasaporte y su billete de regreso a los Estados Unidos, así como algunas piezas del equipo estándar que había requisado al momento; entre ellas, las tintas y papeles para cambiar su billete, así como las tarjetas con las que financiar algunas actividades fuera de programa. El resto del día lo había empleado averiguando lo que necesitaba. Dejó su bastón y su bolsa en la acera, bajo el enorme pastel que era la Tumba de Adriano, y pagó

cuidadosamente al conductor, añadiendo monedas según el volumen y el tono. Cuando las palabras se fueron apagando y el tono llegó al barítono, se dio la vuelta, tomó sus cosas y cruzó hasta al parapeto que había junto al puente. En aquel punto el Tíber era un arroyo que hacía suaves meandros, entre orillas llenas de césped, aquí ensanchándose en un estanque, allí volviéndose estrecho y rápido. No parecía artificial: se diría que hubiera estado allí siempre.

—*Siete pescatore?* —Hake no se había dado cuenta de que se le acercaba un policía romano—. *Pesca* —repitió el hombre, imitando una caña y su sedal con su porra eléctrica—. ¿Pesca, usted pesca? ¿Tiene permiso?

—Oh —exclamó Hake, comprendiéndole al fin—. No, no voy a pescar. No pescado, sólo mirar. Mirar. *Voyeur*.

—*Ah, paura!* —dijo el policía con simpatía, tocando el hombro de Hake antes de alejarse.

Éste se recostó descuidadamente en la balaustra, dándole tiempo de perderse de vista. Tenía razón en lo que le había estado comentando: había pescadores en el Ponte Sant'Angelo, que hacían colgar sus anzuelos hasta el río que fluía bajo el puente, incluso a aquella hora. Y, en el río propiamente dicho, mujeres mayores con botas de goma hasta las caderas estaban rebuscando algo en los bajos. Hake no podía ver si estaban pescando algo, pero les deseaba suerte, porque servían para apartar la atención de él.

Caminó rápidamente veinte metros por el puente y allí, tal como el mapa decía, había un disco metálico incrustado en la acera. Usando el bastón como palanca, levantó la tapa y atisbo hacia dentro. Estaba totalmente a oscuras y hedía. Esto también era algo a esperar, aunque no le resultase nada atractivo. Dejó caer la bolsa y la oyó golpear cemento a algunos metros por debajo; lo siguió, bajando por una resbaladiza escalerilla de metal y dejando caer de nuevo tras él la tapa de la cloaca.

Tan pronto como la hubo cerrado el hedor se hizo abominable y la ausencia de luz total.

Estaba en la mayor y más antigua de las cloacas de Roma. ¿Que estaba polucionado el Tíber? *Va bene!* Se le hacía un techo por encima, que cumpliera con su función. Y ahora el río, de hecho, era una cloaca que fluía bajo un terreno ajardinado, convertido en un parque, que contaba con su propio río artificial que corría a todo lo largo, para justificar los mapas y los puentes. Se mejoraba la eliminación de los desperdicios y se mantenía el atractivo estético. Y la *cloaca massima nuova* fluía sin problemas hasta el mar.

¿Sin problemas? Quizá, pero resultaba preocupante. El mal olor era, por lo menos, de una magnitud muy superior a cualquier otra cosa que Hake hubiera experimentado en su vida. Apresuradamente tanteó en el cemento para encontrar su bolsa, localizó la cuerda de apertura y tiró de ella. Se oyó un sonido silbante, como cuando se pincha un neumático, y el saco se desplegó. En diez segundos habían surgido la proa y la popa y se había alargado hasta ser como un kayak, la canoa esquimal. Tanteó para orientarse y encontró lo que andaba buscando: dentro del hueco para el remero había una bolsa de plástico que contenía una linterna, un remo doblado y una máscara respiratoria.

Cuando Hake se hubo colocado la máscara hizo la primera inspiración profunda que se permitía desde que entrara por el agujero de la calle. Era soportable, pero apenas. Era como encontrarse dentro de un matadero descuidado, mientras que antes había sido como ser una de las reses degolladas.

Encendió la linterna y miró a su alrededor. El agua del Tíber no tenía tan mal aspecto. Flotaban cosas en ella y el hedor era innegable, pero en realidad sólo parecía fría y húmeda... hasta que mantuvo la luz con el brazo lo más extendido posible desde el borde de la acera de la cloaca y vio la iridiscencia oleaginosa. El techo era metálico, con una simple capa de yeso, que ya se había pelado en la mayor parte de los sitios. Bajo el mismo el río corría más de lo que parecía. Cuando Hake se encontró dentro del kayak descubrió que remar resultaba más trabajoso de lo que había supuesto.

Se dio cuenta de que hubiera sido más inteligente haber bajado río arriba de su destino, en lugar de río abajo. Pero no había sido lo bastante inteligente. Cada palada le llevaba un metro adelante y, mientras alzaba el remo para clavarlo de nuevo, la corriente le echaba un palmo hacia atrás. La necesidad de cambiar de lado de vez en cuando complicaba aún más las cosas, y además tenía que ir con cuidado: no quería que el agua de la cloaca salpicase al interior del kayak, sobre todo porque el mal olor le hubiera convertido en sospechoso allá donde se dirigía. Aun así no pudo evitar que le cayeran encima algunas gotas. Al cabo de un minuto había empezado a sudar, y no más de dos o tres minutos después jadeaba tratando de respirar. Si la teoría de Leota sobre el hipnotismo era acertada, ahora le vendría bien un poco de aquel estado de trance, pensó amargamente. Cualquier cosa... lo que fuese con tal de apartar su mente de aquel hedor, y el calor, y la fatiga que estaba empezando a hacer arder a sus ya doloridos músculos.

Había esperado emplear unos diez minutos en remar los cuatrocientos metros por el Tíber subterráneo. Le costó media hora, y para cuando encontró el lugar que buscaba estaba agotado. Mal olor o no, se arrancó la mascarilla para darle más aire a sus pulmones.

Pero había llegado. Estaba bajo el gran pabellón que habían edificado encima del río, destinado a la música y al baile. Y, si su información era correcta. Leota debía de hallarse en algún lugar de allá arriba.

Había un cerrojo en la puerta, pero de nuevo quedó demostrado lo válido de su entrenamiento bajo el alambre. Lo abrió en un minuto, emergiendo a un pozo vertical de cemento con una escalerilla metálica. Tras subir seis cortos niveles se halló ante una puerta y, abriéndola con rapidez, la atravesó.

Estaba en una cámara redonda, no muy grande, en lo que parecía el anfiteatro de un aula de cirugía. En el centro había una especie de foso, como de una sala de conciertos preparada para un espectáculo de música pop. Estaba rodeado por hileras de bancos, circulares y en pendiente ascendente. Y, por alguna razón, parecía recordarle algo, a pesar de no serle familiar. Distribuidas por el foso se veían tarimas de madera cubiertas de tela, como las que los domadores de leones emplean para hacer sus números, pero no estaban ocupadas. Había ido justo de tiempo, pero la subasta todavía no había comenzado. Unas pocas docenas de personas estaban paseando por el foso, otras estaban sentadas en los bancos de encima. Unos camareros de *smoking* y camareras con cortas faldas de cóctel estaban pasando entre ellas con bandejas con vasos de vino y naranjada, y nadie se había fijado en él cuando había entrado. Tomó un vaso al azar y descubrió el falso recuerdo que había estado tratando de entrar en su mente: aquel lugar era exactamente tal como se había imaginado que debía haber sido el teatro Globe de Shakespeare. Una mujer de vestido largo y corsé se le acercó.

—*Una carta, signore?* —Tomó el programa y le dio las gracias y luego, cuando le pareció que esperaba algo más, también le dio una propina de cien liras. Le estaba mirando de un modo raro, así que él se apartó como si necesitase urgentemente un lugar en el que dejar el vaso.

La mitad de la gente que había en el local parecían hombres y mujeres de negocios occidentales. Los otros vestían albornoces, algunos deshikis, y Hake captó frases en viejos y familiares idiomas. No hizo ninguna pausa para escuchar. Se sentía fuera de lugar y estaba ansioso por evitar llamar la atención. Unas gafas de sol cubrían sus ojos aún amoratados, pero las señales en la cara eran visibles y se daba cuenta de que llevaba con él un débil olor a cloaca. Además era más joven que la mayoría de los demás hombres y estaba

vestido mucho menos lujosamente. Pero cuando observó con más detenimiento cambió de idea: no sería fácil destacar en aquel grupo, por lo dispares que eran unos de otros. No todos los jeques eran árabes y probablemente no todos eran jeques. Hake reconoció a beduinos y turcos, así como a los familiares pakistaníes y libaneses de su juventud. Algunos de ellos eran negros, de facciones más anchas y chatas... Quizá sudaneses, quizá nada de eso. O cualquier cosa que tuviera dinero. Ésa era la característica que los unificaba a todos, ya llevaran un albornoz o una camisa deportiva de cuello abierto o, como la mujer que le espetó algo en francés cuando Hake tropezó con ella, un traje de seda. Algunos de ellos iban peor vestidos que Hake, pero había en ellos un aire que decía que, si iban así vestidos, era porque les daba la gana; y todos tenían el aspecto de ser personas que compraban lo que les gustaba.

Hake tendió la mano hacia otro vaso, asegurándose en esta ocasión de que era vino y no zumo de naranja lo que contenía, tras lo que se retiró al borde del foso para estudiar la *carta*. No era exactamente un programa, sino más bien un catálogo. Una cubierta de suave papel mate cubría una lista de cuatro páginas, perfectamente fotocopiada, que reseñaba los quince endeudados criminales del crédito que iban a ser vendidos en aquella velada.

Había tomado un ejemplar en italiano del catálogo, lo cual quizá explicase por qué la que se lo había dado le había mirado de aquel modo. El nombre de Leota no estaba en la lista. Bueno, naturalmente no debía estar. Buscó cuidadosamente y decidió que *Joanna Sailtops, signorina di 26 anni, degli Stati-Uniti, L 2 265 000*, tenía que ser ella. Y si la cifra de más de dos millones representaba su precio de venta, estaría perfectamente dentro de los límites de las tarjetas de crédito que había falsificado.

No había nada en la lista que le pareciese de ayuda; en el interior de la portada había un escrito repetido en ocho idiomas, como el francés, el alemán y el japonés, pero también el inglés y el árabe. En todos decía lo mismo y era una descripción de las condiciones de la venta. Todas aquellas personas se habían reconocido culpables de fraude en el crédito y habían aceptado prestar un servicio en pago de su deuda, en lugar de cumplir una condena de cárcel. Las cantidades recibidas en la venta serían empleadas para pagar las pérdidas causadas y los gastos judiciales; se deducía un porcentaje para cubrir los gastos de la subasta. Cada persona estaba totalmente garantizada contra cualquier daño permanente. Cada una de ellas había sido sometida a un completo examen médico aquella misma tarde y sus fichas serían guardadas; un examen similar sería efectuado al final del período de servicio, y si la

persona había sufrido algún daño permanente tenía derecho a poner una demanda por perjuicios, así como a iniciar una querrela criminal contra el comprador. No era una esclavitud total, aceptó Hake, pero, no obstante, se le parecía mucho... ¡Demasiado!

Alzó la vista; estaba pasando algo. Los posibles clientes que se habían sentado estaban dejando los bancos y descendiendo al foso, y al cabo de un momento vio el motivo. Unos empleados con el mismo *smoking* que los camareros estaban haciendo entrar una procesión de personas que vestían delgadas capas y los *minimi*. Los sujetos para subastar. Y la quinta en entrar fue Leota.

La vestimenta que le había parecido un tanto extremada pero altamente atractiva en la gruta, aquí le parecía tremendamente escasa. Aunque estuviese cubierta por la apretada pero casi transparente capa. Y no le gustó el modo en que la miraban los otros clientes... No todos la estaban estudiando a ella, seguro, pero incluso el hecho de que los otros catorce artículos de mercancía estuvieran llamando la atención, algunos mucho más que Leota, le parecía realmente repugnante. Se abrió camino entre una de las camareras con su traje de cóctel y un pequeño y oscuro hombre con *képi* y traje con pantalón corto para llegar hasta ella. Sus ojos se desorbitaron.

—¡Hake! ¡Lárgate de aquí inmediatamente!

Él negó con la cabeza.

—Voy a liberarte. Pagaré tu factura...

—¡Que te den por culo! —siseó ella, echando una mirada en derredor. En la plataforma más cercana a la de ella, uno de los empleados estaba mostrando los músculos de un quinceañero campesino con el torso cubierto de tatuajes. Sólo les estaba mirando el árabe de pantalón corto. El hecho de que Leota tuviera allí a un amigo la hacía más interesante, descubrió airado Hake. Ella se le acercó y le susurró—: Tú no te puedes permitir esto. Y a mí no me va a suceder nada. Si quieres hacer algo para ayudar, recuerda todo lo que hablamos en el barco.

—Lo recuerdo. Pero voy a comprar tu libertad, Leota. Tengo... los medios.

—¡Idiota! ¡Usa una tarjeta de crédito falsificada y te encontrarás también tú aquí arriba! ¿Cómo puedes ser tan estúpido. Horny? Si saliera de aquí contigo, ¿cuánto tiempo crees que tardarían en ir tras de mí tus amigos?

Mientras él trataba de pensar una respuesta, ella añadió:

—Sólo van a ser unos treinta días o así. Pujan por contratos por día y yo debería lograr un precio de seiscientas mil o setecientas mil liras diarias. —

Miró al saudí, que se estaba acercando, estudiando la forma de su cuerpo bajo la capa—. ¡Y ahora esfúmate...! Te... agradezco que lo hayas intentado, Horny, pero no necesito tu ayuda. Estaré mucho más segura si algún fabricante de pasta me lleva a su casa por un tiempo, hasta que las cosas se hayan calmado.

—Perdóneme —dijo el saudí educadamente, pasando junto a Hake para estudiar el rostro de Leota.

Hake se sintió temblar. La idea de que vendieran a Leota a... a lo que en realidad era una forma de prostitución... como si fuera una quinceañera campesina a la que un chulo obliga a hacer la calle cuando la encuentra perdida en la gran ciudad... aquello le puso todos los nervios de punta, excitándolo de un modo que jamás hubiera imaginado. Se daba cuenta de un extraño cosquilleo en el bajo vientre. No era algo figurativo, sino muy real, como si sus testículos estuvieran respondiendo a una amenaza a su masculinidad, tratando de hundirse hasta desaparecer. Y, al mismo tiempo, era consciente de un fuerte deseo de darle un buen puñetazo al árabe.

Y todo aquello le resultaba a Hake tan asombroso como poco placentero, porque jamás había pensado en sí mismo como un defensor de las damas. Eres un maldito anacronismo, le estaba diciendo una parte de su cerebro, tendrías que estar en la vieja corte de Aquitania. Y otra parte de su mente... o quizá un trozo de Horny Hake que no vivía ni siquiera cerca de su mente, tensó los músculos que movían los tendones que movieron los miembros que le dieron un manotazo al saudí, agarraron a Leota de la mano y la arrastraron a través de la gente que se apartaba a su paso, hacia la salida... La salida en la que uno de los empleados estaba cogiendo un teléfono, mientras otros tres se le acercaban amenazadores. Dos se cogieron de los brazos de Hake, mientras el tercero enarbolaba un puño siseando furiosamente algo en italiano. Desde detrás, algo golpeó el hombro de Hake; giró la cabeza y vio que era el saudí, con sus delgados labios crispados en una mueca bajo la aguileña nariz y el bastón de empuñadura de marfil alzado para golpearle de nuevo. Uno de los empleados se colocó diplomáticamente entre ellos. El árabe se echó hacia atrás, suspendiendo el ataque ante la posibilidad de verse tocado, al tiempo que declaraba en un inglés con acento de Oxford muy marcado:

—Este... ser vulgar... ha cometido la grave imprudencia... de atacarme.

—¡No he hecho tal cosa! —El empleado le retorció el brazo, pero Hake prosiguió a gritos—: ¡Miente! ¡Lo más que he hecho ha sido darle un empellón!

—¡Sugiero —gritó con tono agudo el árabe— que permitamos que las autoridades se ocupen... de este *gangster*!

Y sólo entonces se dio cuenta Hake de que un par de *carabinieri* habían aparecido detrás de los empleados. Uno de ellos, al que Hake creía recordar haber visto antes, estaba hablando en italiano, con tono apenado y grandilocuente, mientras los empleados asentían con sus cabezas.

—Dice —le tradujo el otro policía— que ya le ha confesado usted antes ser un pervertido sexual... ¿O lo va a negar ahora? ¡Qué vergüenza... un *voyeur*! ¡Y se ha atrevido a colarse aquí!

El cada vez más disminuido yo racional de Hake aún tenía el bastante dominio sobre él como para obligarle a decir, con aire bastante razonable:

—Parece ser que hay un pequeño error —pero, al mismo tiempo, su yo irracional estaba hinchándose contra el cada vez más débil control. Pensativamente, el árabe alzó de nuevo su bastón. De un modo analítico, Hake debería de haberse dado cuenta de que no era muy probable que pensase en golpearle. ¿Por qué iba a hacerlo? El derecho estaba a su favor, así como la majestuosidad de la ley. Pero el Hake analítico no tuvo nada que ver en aquello. El Hake glandular, el Hake quijotesco y el Hake aquitano sobrepasaban en número y dominaron al analítico. Se liberó de los brazos del policía. Alarmado, el saudí le golpeó con el bastón mientras su otra mano iba instintivamente a la empuñadura de la daga ceremonial que llevaba al cinto.

Y, eso quedaba fuera de toda cuestión, el árabe jamás la hubiera usado para matar. Y cuando Hake, instintivamente, trató a su vez de agarrar la daga y se la encontró en su asombrada mano, tampoco él la hubiera usado para matar. Pero el Hake reflexivo no sabía lo primero. Ni el árabe, policías y empleados lo segundo; y de repente allí estaba: la imagen perfecta del loco pervertido, acosado y con una hoja desnuda en la mano.

—¡Oh, Horny! —gimió la voz de Leota—. ¡Tendrías que haberme escuchado!

Y todos cayeron sobre él a la vez y lo derribaron a golpes.

V

—Cuando yo era un chico con muchos huevos como tú —dijo Yosper, haciendo girar el *whisky* en su vaso mientras esperaban el avión de Hake—, era tan jodidamente estúpido como tú. No, no tan estúpido, pero sí bastante. Podría haberme metido en un buen lío por cualquier pelandusca que se me abriera de patas, lo mismo que tú. Sólo que no lo hice, no señor, porque ya entonces era un chico listo. Pero podría haberme sucedido, ya lo creo.

Y era como si estuvieran representando de nuevo la misma escena. Los escenarios eran un poco diferentes: ahora estaban en el vestíbulo del aeropuerto de Roma en lugar de un restaurante en Vomero, o un club nocturno de Capri, o una pensión de Múnich. Pero los actores eran los mismos y estaban interpretando los mismos papeles. Sólo que el único actor secundario, que era Hake, estaba maquillado de un modo distinto: tenía una venda de compresión sobre la oreja izquierda, para proteger los puntos aún tiernos que la sostenían. El resto... los ojos amoratados, la mandíbula hinchada, el modo rígido e inseguro en que se movía... eran el equivalente a una de esas anotaciones en los libretos «algún tiempo más tarde». Pero la obra era toda ella un reestreno, el monólogo de Yosper apoyado por el coro: el valiente Mario, el dulce Dieter, incluso el risueño Carlos, que acababa de llegar volando de Dios sabe dónde para unirse a Yosper y hacer Dios sabe qué.

—... naturalmente, hay algunos casos en los que yo no metería esa cosa... ni aunque la tuviera prestada. Al menos ahora ya no. Ni siquiera lo hice cuando era tan joven como tú, Hake, y casi igual de estúpido. ¿Te la tirabas?

Hake le lanzó una mirada asesina por entre sus semicerrados párpados. El viejo agitó una mano.

—Supongo que sí, y eso hace que tengas los huevos fuera de su sitio y en el lugar en que deberías tener el cerebro. Es un asunto feo, muy feo, Hake. Pero les ha pasado a hombres mucho mejores que tú, y no te lo voy a tener en cuenta. Así que parece que has salido bien librado, sin contar algunos dolores y moretones, naturalmente. Los polizontes dejaron correr las denuncias, lo cual no está mal. Supongo que pensaron que ya se habían divertido bastante con la paliza que te pegaron camino de la *questura*. Así que no hay nada en los archivos, y no lo habrá a menos que le hayas arreado al jeque mucho más fuerte de lo que creo que hiciste. Pero lo dudo, porque se ha marchado. Así que no hay denuncia... no hay problema. Los muchachos y yo no diremos nada. ¡Y, chico, eres un tipo de cuidado para una pelea en una taberna! ¡Siete contra uno y te metes de cabeza en ello! Nunca lo hubiera imaginado de ti.

—Para un momento —logró decir inteligiblemente Hake.

Yosper había sido interrumpido, muy desconcertado, en pleno vuelo de su verborrea.

—¿Cómo?

—Digo que pares un momento, por favor —dijo esto último por quedar bien—. Quiero saber lo que le pasó a Leota.

—Bueno, pues ya no está aquí, Hake. El jeque árabe se largó a su tienda del desierto, en el Sahel o donde sea que la tenga, y naturalmente se la llevó con él para que le dé lo que desee. ¿Sabes? —dijo con aire de científico—, por lo que he oído, esos jeques quieren cosas muy extrañas en cuestión de sexo. Es una pena que no puedas preguntárselo algún día a ella... Sería interesante y, ¿sabes?, quizás aprendieses algo.

—¡Yosper, maldito seas...!

Alrededor de la mesa los tres jóvenes alteraron mínimamente sus posturas, sin mostrar ni ira ni amenaza, simplemente colocándose en posición de «preparado». Yosper alzó la mano:

—Hake no va a intentar nada. ¿No es así, Hake? No, y no deberías maldecir; a Dios, del que eres ministro, no le va a gustar. Pero Él tiene tanto sentido común como yo, y sabe que estás muy cabreado.

Hizo una pausa, mirando a Hake con unos agudos ojos azules en los que, para su sorpresa, Hake halló algo que sólo podía identificar como compasión.

—Has de superar eso, muchacho —le dijo—. Nunca volverás a verla. Y ahora —añadió, mirando su reloj—, ya casi es la hora. Acabad los tragos y meteremos al señor Hake en el gran pájaro blanco.

Mientras esperaban que realizasen el displicente control de pasaportes, la ira de Hake se iba enfriando. Le dolía todo el cuerpo, eran dos buenas palizas en dos días, pero el dolor interior que le había llevado a la furia estaba comenzando a desaparecer. O estaba cambiando: de la ira a la determinación, de un ciego deseo de golpear a una decisión calculada de planear.

En la puerta de embarque, los tres jóvenes se adelantaron solemnemente para estrechar la mano de Hake. Yosper tuvo la última palabra:

—Eres un buen hombre, Hake. Un poco testarudo, pero eso también es bueno. Voy a escribir una recomendación para ti. Y si alguna vez tengo un trabajo importante en el que puedas colaborar, voy a solicitarte personalmente.

Mientras se abrochaba el cinturón de seguridad, Hake no podía recordar si le había dicho «gracias» o no. No era importante. Lo importante era que Leota tenía razón: lo estaban preparando para trabajos más complicados, y estaba ganándose la confianza de la Agencia. Mientras el reactor se lanzaba sobre el

mar Tirreno y las playas de Ostia quedaban por detrás y abajo, la resolución interior que había en el corazón de Hake se estaba clarificando fríamente. Era bueno que confiaran en él; contar con su confianza significaba tener la posibilidad de traicionar.

ISAAC

3

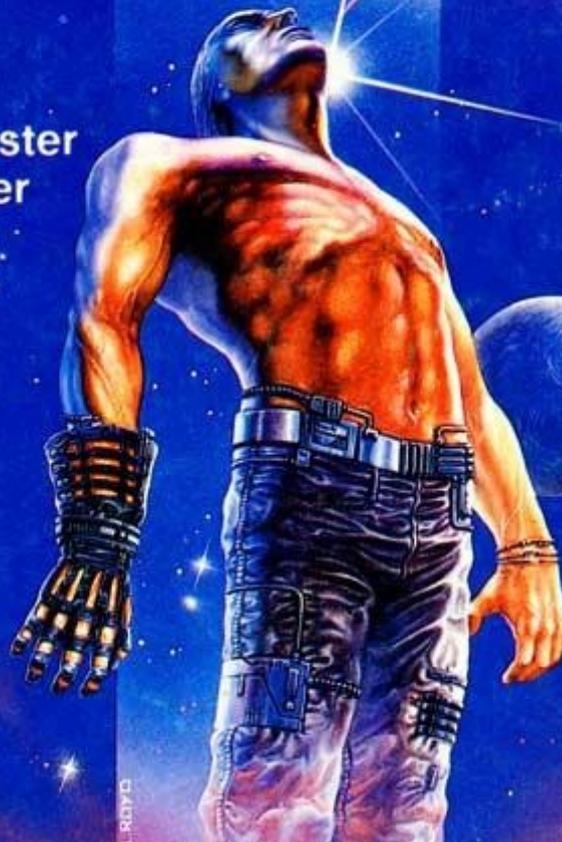
ASIMOV

Magazine

250 PTAS.
(IVA Incluido)

Guerra tibia
por Frederik Pohl

- Alan Dean Foster
- Martin Gardner
- Sharon Webb



Lectulandia